




3 1761 09544620 9

UNIV. OF  
TORONTO  
LIBRARY







A decorative border of black ink, featuring a repeating pattern of stylized leaves and small circular motifs, possibly berries or buds, arranged in a slightly wavy line. The border frames the central text.

EL ENCANTO DE BUENOS AIRES

Copyright by E. Gómez Carrillo, 1921.

LS

G6331e

<sup>BRITISH</sup>  
E. GÓMEZ CARRILLO

EL ENCANTO  
DE  
BUENOS AIRES



357798  
28. " 38.

TOMO XIX DE LAS OBRAS COMPLETAS

ADMINISTRACIÓN:

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

MADRID



---

ES PROPIEDAD

---



Dedicatoria.

*A Enrique Garcia Vellaso,*

E. G. C.



## ADVERTENCIA DEL AUTOR

---

*Después de corregir las pruebas de esta edición definitiva del ENCANTO DE BUENOS AIRES, un escrúpulo invade mi ánimo.*

*«¿Escribiría yo hoy estas páginas» — me pregunto.*

*Fué en 1914, durante mi primer viaje al Plata, cuando, en treinta días de labor febril, tracé estos cuadritos.*

*Luego he vuelto varias veces a la Argentina y he permanecido cerca de un año en Buenos Aires.*

*¿He visto mejor la gran ciudad hispanoamericana?*

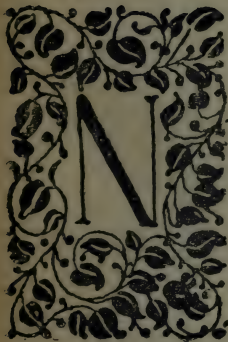
*Lo ignoro.*

*Pero lo que sí puedo asegurar, no sin profunda melancolía, es que ya no he logrado volverla a contemplar con los mismos ojos ingenuos y algo pueriles de hace un septenario...*

Marzo de 1921.



## EL ENCANTO DEL MAR



No importa que sea la realización de un ensueño acariciado durante largos días... No importa que estemos seguros de un regreso pronto... No importa que ninguna despedida tierna nos desgarre el alma... En el instante en que la línea gris de la costa comienza a hundirse en el mar, una infinita melancolía invade siempre nuestros sentidos. Hay algo que llora dentro de nosotros. Del fondo del pecho suben suspiros que sacuden todo nuestro ser un instante... Y es que, como dice la estrofa francesa, «partir c'est mourir un peu...» Sí; es morir, y más aún: es ver morir «un peu», ver morir y sentir morir, siempre «un peu», nada más que «un peu»...

Insensiblemente, a medida que el barco se aleja,

nosotros nos acercamos a la popa, como para acercarnos a la tierra. Sin entreabrir los labios, nos murmuramos frases que deben alentarnos, palabras de esperanza, bellas sílabas sonoras que evocan los países adonde el deseo nos lleva. La razón nos dice: ¿Qué más queréis, puesto que, al fin, vuestro anhelo se cumple? Sed felices, cantad, reíd. Pero, en realidad, más ganas tenemos de llorar, porque el verso famoso y obsesionante sigue murmurando a nuestro oído:

«Partir es morir un poco...»

Es absurdo, bien lo sabemos... Un barco, hoy, no pasa de ser un gran hotel de lujo, con todas las comodidades, y la más larga de las travesías apenas merece el nombre de paseo. A Nueva York se va cual hace un siglo se iba a La Granja, y El Cairo no pasa de ser un arrabal de Europa. Buenos Aires está a un paso de París, y este paso millares de seres lo dan tres o cuatro veces al año.

No importa...

Hasta esos que van y vienen experimentan en ciertos instantes, cuando están a bordo, impresiones tristes y nostálgicas. ¡Qué digo! Los marinos mismos, para los cuales la existencia ordinaria es la del mar, no pueden nunca embarcarse sin que un parpadeo de sus ojos responda al parpadeo del último faro de la patria.

Por todas partes, en la cubierta, en los salones, en los comedores, algo, en las primeras horas, nos acongoja. Sabemos que, entre todo ese lujo, vamos a pasar semanas deliciosas. No importa, no

importa. El famoso y falso verso sigue diciéndonos:

«Partir, c'est mourir un peu...»

\* \* \*

Luego, en el camarote, una pequeña angustia nos oprime el corazón. Esa estancia minúscula, en la cual vamos a dormir quince noches, nos hablará a cada instante, con la desnudez obligatoria de sus muros blancos, de todo lo que en nuestro hogar, en nuestro cuarto preferido, constituye la familia muda de nuestras incesantes evocaciones. ¡Ah! ¡El alma de los muebles familiares, el alma de los objetos que nos rodean! ¡Quién tuviera la sencillez fraangélica de un Francis Jamme para cantarla en toda su trágica y fraternal ingenuidad! Yo me acuerdo de una butaca florida y clara, una *bergère* de esas en que las bellas damas de antaño tomaban bellas actitudes, y ante la cual nunca pude detener la vista sin sentir una impresión de aventura galante. Ninguna marquesa, de seguro, habíase sentado en ella. Era, a juzgar por su precio, una miserable copia de un original principesco. Pero el anticuario, al vendérmela, me había dicho:

—Aquí leyó Mme. Recamier as cartas de Benjamín Constans.

Y esta frase, casi risible, daba a mi fresca *bergère* un perfume de amor que sólo yo percibía. Otros muebles nos hablan de nosotros mismos.

¿Quién no siente al poner el brazo en una mesa el recuerdo de un día en que las lágrimas mancharon la tinta fresca en un papel?... Y los relojes de chimenea, Dios mío, esos relojes algo pesados y algo indiscretos, ¡cuántas cosas exquisitas y dolorosas nos dicen, de cuántas citas nos hablan, cuántas desesperanzas nos recuerdan! ¡Ah! ¡Y los espejos, los terribles, los divinos espejos, en cuyas aguas flotan siempre imágenes amadas!...

Aquí, a bordo, el vacío sentimental es absoluto. Dormiremos semanas sin que nada nos llame la atención. Y si un día, en un minuto de abandono, tratamos de buscar un objeto cualquiera que pueda, más tarde, servirnos para situar nuestro recuerdo, la vista cae involuntariamente sobre la enorme cintura de corcho, al pie de la cual un rótulo, un siniestro rótulo, dice: «En caso de naufragio, póngase este aparato...»

\* \* \*

El inmenso barco apenas se mueve. A no ser por la palpitación lejana de las máquinas, en los salones del centro ni siquiera se daría uno cuenta de que está en el mar. Por una absurda fantasía, los arquitectos navales se proponen, desde hace muchos años, hacer olvidar a los que se embarcan que se han embarcado. Nada de lo que constituye la antigua forma marina se descubre en los bien llamados palacios flotantes. El famoso comedor de *Des Esseintes*, con sus ventanillas redon-



## EL ENCANTO DE BUENOS AIRES

das y su techo bajo, con sus maderas lucientes y su olor de brea, hay que buscarlo ahora en aguas de segunda clase, allá muy lejos, en el Pacífico o en el océano Indico; pero no en rutas de lujo, como esta que va de París a Buenos Aires, ni como la otra que de Nueva York va a Londres. Aquí, en efecto, comemos entre columnatas de simili mármol, bajo altísimos artesonados. Por todas partes se encuentran muebles que nada parecen temer del desorden de los rudos oleajes. Amplias mamparas de cristal ponen en comunicación los salones de música con los salones de lectura, los jardines de invierno, pavimentados de mosaico, con las galerías artísticas, llenas de objetos preciosos. Y todo es tan amplio, todo produce un efecto tan absoluto de calma, de quietud, de seguridad, que al cabo de poco tiempo llega uno a perder el recuerdo de que se halla en el mar, y al percibir en ciertos instantes el movimiento, experimenta extrañas sensaciones de cuento fantástico y se figura que está en un edificio que anda...

\* \* \*

Que todo lo nuevo contribuya al *confort* y hasta al placer de los viajes, nadie puede negarlo. Ir en un trasatlántico de 200 metros de largo, en el cual hay cafés, *restaurants*, bazares, salas de juego, salas de concierto y salas de baile, y hasta un periódico, es casi continuar la vida que se lleva

en una playa, entre el Hotel-Palace y el Palace-Casino. Todo lo que sirve para hacer pasar el tiempo y para halagar la vanidad se encuentra a bordo lo mismo que en tierra. La cena es una ceremonia orquestal y suntuosa, durante la cual las damas ostentan cada noche un nuevo traje. Después de la cena, el sarao comienza. Así, cuando los pasajeros se separan, a eso de media noche, piensan, llenos de regocijo, que el tiempo corre para ellos con una rapidez de muchas millas por hora.

\* \* \*

Y, sin embargo, yo no sé si esta navegación de lujo, esta vida de perpetua fiesta, este quieto y magnífico existir entre músicas y flores, entre *flirteos* y bailes, entre banquetes y conciertos, puede considerarse como más agradable que las antiguas y lentas navegaciones, durante las cuales hasta los menos aficionados a meditar y a sentir acababan por darse cuenta de la belleza de la contemplación. ¿Dónde están, en efecto, en las actuales travesías del Atlántico, las dulces horas silenciosas de los periplos de antaño? Dos días hace que hemos pasado la línea del Ecuador, y entre los numerosos compañeros que nunca han visto este hemisferio, no hay uno solo, así, literalmente, ni uno, que haya mostrado interés por contemplar las prestigiosas constelaciones del Sur. ¡Buenos están ellos para pensar, cual los ar-

gonautas de Heredia, en que surgen *du fond de l'Océan des étoiles nouvelles!*...

Verdad es que la arquitectura misma del barco nuevo, en su previsoramente tutela de *confort*, ha suprimido, como perfectamente inútiles, los lugares que antes servían para mirar el cenit, y los ha reemplazado con *restaurants* a la carta, servidos por Ritz, o con galerías de *five-ó-cloc*, a cargo de Rumpelmeyer, o con salas de gimnasia para las damas que temen engordar. Además, ¿a qué hora vamos a entretenernos en esas mudas contemplaciones celestes?... El día lo pasamos ocupados en juegos apasionadores, o en suaves y lánguidas soñaciones, o en charlas que, no por ser tan filosóficas cual las del famoso viaje que Ferrero relata en su admirable libro titulado *Entre dos mundos*, carecen de interés. Desde por la mañana hasta por la tarde, hay, para cada hora, un empleo *chic*, muy *chic*. Y lo que es por la noche, después de la cena, en los divinos instantes en que las estrellas llenan de puntos luminosos el espacio, ¿cómo queréis que vayamos a exponernos a las corrientes de aire de proa, vestidos nosotros de *smoking*, vestidas nuestras compañeras con trajes descotados? El tango que toca la orquesta bastaría, por lo demás, para quitarnos la tentación de abandonar los grandes salones.

De lo que se trata—dicen hombres y mujeres—es de no aburrirnos.

\* \* \*

Nadie se aburre, en efecto. El más nuevo de los grandes juguetes, la telegrafía sin hilos, nos tiene, hora por hora, al corriente de lo que en el mundo pasa. Sabemos que Belmonte estuvo admirable en la corrida del domingo, que D'Annunzio pronunció un discurso soberbio el lunes, y que el consolidado inglés bajó un décimo el martes. El periódico de a bordo nos lo dice todo. Porque, hoy por hoy, el mar, el vasto mar, es un país de ciudades flotantes en el cual cada tarde y cada mañana algún barco que acaba de comunicar con un puerto nos envía las noticias necesarias para que no ignoremos lo que sucede en el mundo. ¿Cómo no extasiarnos y cómo no admirar?... Desde su camarote, un banquero puede continuar, durante la travesía, sus operaciones de Bolsa. Dos o tres hay a bordo que reciben a cada instante largos despachos que nadie ve. También Fernando Díaz de Mendoza, el comediante gran señor, tiene, día por día, una crónica artística que le viene desde Madrid por el aire, de antena en antena, y que pasa luego de mano en mano. Hasta lo que produjo anoche la representación de *L'Aigrette*, en la Princesa, sabemos. Y con esto, y con las mil distracciones de nuestra existencia de playa lujosa, y con la atmósfera de elegante coquetería y de suave intriga que se respira en todo gran hotel, y con la alegre puerilidad que se apodera aquí de las almas, tenemos lo bastante para divertirnos monótonamente sin cesar.

¡Ah! ¡La dulce, la suave monotonía de la vida

de a bordo!... El ansia misma que sentimos por llegar al puerto donde nos esperan las ilusiones y las desilusiones, se estompa en una resignación gris y beata que no se atreve siquiera a protestar contra la lentitud de la hélice. No sabemos ni el día en que estamos, ni la hora que es. Como niños nos dejamos gobernar por las campanas que tocan a comer, por las luces que se apagan por las voces que nos llaman. «Es el sitio ideal para trabajar»—piensa uno. Pero hay tanto encanto en el lánguido aniquilamiento de la voluntad, que hasta los más laboriosos acaban por abandonar la pluma y los libros, para sumirse en la modorra del *far niente*. Lo que en tierra nos parecería pueril, aquí nos ocupa y nos preocupa. Aquí todos nos sentimos hermanos. Todos somos íntimos. Todos nos interesamos por lo que no es nada. Vivimos de ilusiones momentáneas.

—Hoy—acaba de decirme una actriz deliciosa—no he tenido tiempo de bajar a mi camarote en el día.

Si yo le hubiera preguntado lo que ha hecho, no habría sabido contestarme. No ha hecho nada. No ha pensado en nada. No ha vivido siquiera. Pero se ha dejado vivir, y eso basta. Ha ido, de silla en silla, felina y risueña, oyendo lo mismo que oyó ayer, lo mismo que en París se le antojaría *fade*, y así ha gozado.

Y así gozamos todos durante dos semanas, dejándonos mecer cual en una hamaca, monótonamente.

\* \* \*

¡Ojalá nos divirtiéramos algo menos!... ¡Ojalá tuviéramos un poco menos de tranquilidad de espíritu!... ¡Ojalá pudiéramos sentir esos dos sublimes factores de la poesía de los antiguos periplos que se llamaron la inquietud y el aburrimiento!... ¡Pero vaya usted a experimentar la menor sensación de temor en uno de estos formidables castillos, que parecen más insubmersibles que las rocas de las islas! Con sólo leer los prospectos en que las Compañías navieras anuncian sus magníficos leviatanes, basta para tener una confianza absoluta. Y si alguien, haciéndose pájaro de mal agüero, dice el nombre del *Titanic*, no falta quien le conteste en el acto, con tono desdeñoso, que la ciencia moderna ha hecho más difícil una catástrofe que un cataclismo.

\* \* \*

Pero es el aburrimiento, el divino y fecundo aburrimiento, el que más falta hace en las travesías, para embellecerlas. Todo lo que debemos de poesía, de imágenes y de evocaciones a los hombres que navegaron antaño por estos mares y a los que aún navegan por otros mares menos elegantes, se encuentra en el aburrimiento. Aburriéndose, buscan los hombres los celajes, las estrellas y los ensueños. Aburriéndose, evocan la dulce imagen de una Penélope que se queda siempre en alguna Itaca ideal. Aburriéndose, aburriéndose mucho, se llega hasta a los sublimes

## EL ENCANTO DE BUENOS AIRES

monólogos, de los cuales surgen, fantásticos y grandiosos, los ensueños, los sistemas, las imágenes. Mas aquí, ¿quién puede aburrirse? Y sin aburrirse, nadie se vuelve hacia sí mismo para sondear su alma, que es una hermana procelosa del Océano...

\* \* \*

El espectáculo más misterioso, en estas largas navegaciones, no es el del mar... El espectáculo más cambiante no es el del cielo... El espectáculo más cambiante y más misterioso es el de los ojos de las mujeres. Día por día, las constelaciones de las pupilas se iluminan de nuevos fulgores, se tornan fosforescentes, titilan con más fiebre, adquieren efluvios desconocidos bajo los cielos del norte.

Con ingenuidades casi infantiles, las más jóvenes, las más bellas viajeras, confiesan que hay «algo» en el aire que llena sus almas de languidez, de congoja, de ternura. Y los hombres acostumbrados a las travesías mueven la cabeza con aire malicioso, para hacer comprender que ese fenómeno no les extraña.

—No hay nada que haga dudar tanto de las teorías espiritualistas—me dice un médico—como estas variaciones de lo que se llama el alma. Nos pasamos la vida atribuyendo los sentimientos a causas psíquicas, y de pronto notamos que basta con un cambio de clima para trastornar todo el

sistema sentimental de un ser consciente. Al llegar a cierto grado de latitud la responsabilidad se transforma de tal modo, que yo no me atrevería a condenar a nadie por lo que piensa en el trópico. Hasta las nociones de estética se metaforfo-sean aquí...

Nuestro sabio está en lo cierto. No tengo más que analizar mis propias sensaciones para darme cuenta de ello. ¿Qué era para mí, el día que nos embarcamos en Cádiz, esta rubia del moño de oro? Una simple muñeca de París, sin gran belleza, sin gran atractivo. Y he aquí que ahora no puedo verla sin sentirme emocionado por su encanto de andrógina. Su mirada, su sonrisa, sus líneas mismas, han cambiado para mí. Y por las tardes, a la hora en que la «cosa terrible» que hacía temblar al rey Salomón, comienza a pasearse por la penumbra, tengo que evocar otros ojos y otros labios para no caer en tentaciones.

\* \* \*

El único momento en que la gente suele acordarse en nuestro magnífico palacio flotante de que hay mar y cielo es en los breves minutos del crepúsculo austral. En la penumbra, a la hora misteriosa y fugaz en que todo calla, en que todo medita, en que todo sueña, las sensaciones de nostalgia parecen invadir hasta las almas de los que apenas tienen alma. Los mismos viajantes de comercio, y los jugadores de *poker*, y los galanes



de las damas millonarias, suelen dejar algún día, unos minutos, sus músicas, sus galanteos, sus risas y sus cálculos, para asomarse al mirador que da al Poniente y sentir, sin darse cuenta de ello, que existe una cosa deliciosa, casi divina, que se llama melancolía. Entonces los rostros más vulgares se ennoblecen. Entonces las mujeres jóvenes, quietas y misteriosas cual esfinges, abren los ojos sin coquetería, y, haciendo como que miran los celajes lejanos, se entregan a una intensa contemplación interior. No hay coqueterías, no hay ilusiones en tales ratos. No hay más que recuerdos, no hay más que fantasmas, no hay más que remordimientos. La más cruel, al llegar la crisis, tiene, para sus imágenes atormentadas, un poco de dulzura religiosa. Ahora mismo, al lado del velador en que escribo, una delicada imagen me hace pensar en una alegoría de la nostalgia pintada por un artista picaresco del siglo XVIII. Es una rubia de grandes ojos de ámbar y de labios de esmalte. Hay en ella algo de muñeca, algo de ídolo y algo de flor y de joya. Dos enormes pendientes de esmeraldas acarician sus mejillas blancas. Sus trajes son poemas de invenciones grotescas y encantadoras. ¿Es una española? No lo creo. Es más bien una parisiense, quizás una vienesa, en todo caso un sér acostumbrado a reír, a *flirtear*, tal vez a algo peor. En los días que llevamos a bordo ha cambiado ya treinta veces de *toilettes*. Los jóvenes argentinos la respiran con voluptuosidades indiscretas, mientras ella, sin-

tiendo el poder de su gracia, entorna los párpados y se pasa por los labios la puntita deliciosa de la lengua. En todas partes se la encuentra, examinándolo todo, sonriendo de todo, tomando posesión de todo. La gente grave que la ve, murmura frases en la cuales las palabras «ligereza» y «frivolidad» abundan. Ligera y frívola: eso es ella, en efecto. Eso es desde que se levanta hasta que se acuesta. Pero a esta hora, ella misma se ha quedado, hoy, quieta, ella misma ha dejado de sonreír, ella misma ha abierto los bellos ojos ante el infinito, ella misma ha permitido que en su frente se refleje la penumbra de la dulce melancolía evocadora y patética...

Y es que este instante, que en el hemisferio Sur tiene la rapidez de un espejismo, es el del Ave-maría de la gran religión del sentimiento.

\* \* \*

Fuera de tales minutos, lo único que aún nos queda de tradicional en los viajes actuales es el poder constructor que nos permite formarnos, en las dos semanas que pasamos sobre las tablas de los puentes, un universo nuevo y una familia improvisada. Riendo, bailando, *flirteando*, charlando, llegamos poco a poco a crearnos, lejos de todo lo que dejamos en nuestra patria, un grupo de amigos, a los cuales les encontramos, por un milagro que no dura sino lo que duran las travesías, virtudes y encantos extraordinarios, y a ve-

ces también un grupo de amigas en las cuales descubrimos bellezas infinitas. ¡Ah! ¡Las aventuras galantes de a bordo!... ¡Ah! ¡Las rápidas cristalizaciones que ningún Stendhal ha analizado aún!... ¡Ah! ¡Los entusiasmos, las esperanzas, los propósitos locos!... ¡Ah! ¡Las ídolas rubias que nos parecen sonreír seráficamente y que nos atormentan el alma sin saberlo, sin quererlo y, lo que es peor, sin creerlo!...

Un amigo que va y viene a menudo del Plata al Sena decíame anoche:

—Cuando uno ha pasado una semana en un barco, ya no tiene una noción estética exacta. Las mujeres más vulgares le parecen diosas. Yo he estado a punto de enamorarme diez veces, y siempre de damas que en Buenos Aires no me habrían parecido merecer ni un piropo. Por eso al desembarcar nos sentimos tan tristes.

¿Es cierto esto último?

No lo sé y no quiero creerlo. Pero de lo que sí estoy seguro es de que hay en los últimos momentos de todo viaje por mar la tristeza que produce una familia al dispersarse.

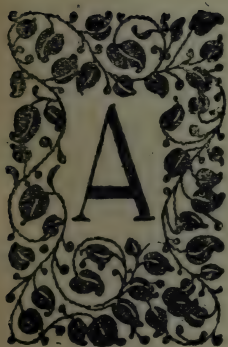
\* \* \*

Hay también en el angustioso estado de alma de los instantes que preceden al desembarque, un poco de miedo de la vida, del trabajo y de la actividad. Durante dos semanas, nada serio nos ha preocupado. De las agitaciones del mundo, sólo lo

agradable ha llegado hasta nosotros. Lo que representa la gran palpitación de la existencia, casi lo hemos olvidado. Y he aquí, que, de pronto, la perspectiva de que el dulce nirvana en que vivimos va a terminar, nos hace ver amontonados en un haz amenazador los motivos de inquietud que representa la vida de los hombres en general. «¿Qué noticias personales nos esperan?», nos preguntamos. Y, como antes de romper el sobre de ciertas cartas que nos parecen portadoras de catástrofes, nos detenemos un punto, turbados, y tardamos algo en poner el pie fuera del barco...

## LA AVENIDA DE MAYO

### Al abrir mi ventana.



L abrir mi balcón esta primera mañana, singulares sensaciones invaden mi espíritu. Todo lo que he hecho desde el día que abandoné París se desvanece de pronto cual un sueño. Cádiz, un sueño... El barco, un sueño... La escala de Canarias con sus vendedores indios y su perfume exótico, un sueño... Montevideo, un sueño... Y la realidad aparece ante mis ojos, obligándome a notar que no me he movido, que no he salido de mi casa, que no he abandonado mi rinconcillo habitual. Lo que veo, en efecto, es lo de siempre: cielo, calle, gente, coches. Ya antes de salir de la cama, el ruido que desde la calle subía hasta mi estancia habíame sorprendido con sus notas familiares. Porque, así como los ciegos de El Cairo reconocen cada barrio por el

murmullo de sus mercaderes ambulantes, así yo sé de memoria las orquestaciones del bulevar parisiense, con sus motivos que cambian según las horas del día. En la mañana, sus ritmos, caros al alma de los futuristas, están hechos de mugir de automóviles, de pasos de caballo en el asfalto y de repiques lejanos de tranvías que pasan por las calles vecinas. El murmullo humano no es aún bastante intenso para volar hasta un segundo piso. Ya volará por encima de los techos un poco más tarde. Y yo oía, al despertarme, a mi ciudad como la he oído siempre. La oía rodar, vibrar, trotar, gemir. Y en la modorra del lecho, decíame: «Es una ilusión, puesto que no estoy en París, sino en Buenos Aires.» Pero he aquí que al abrir la ventana me convenzo de mi error. Es en París en donde estoy, no en Buenos Aires... Ahí, en la esquina, veo la terraza de mi café, de mi café de siempre, en el cual, dentro de un rato, he de encontrar a mis amigos de siempre, hablando siempre de lo mismo... Enfrente, bajo una marquesina de cristales, se distinguen los grandes carteles que anuncian el espectáculo de esta noche en la Opera. Otro cartel, más grande, dice: «Odeón»; otro, «Apolo»; otro, «Royal»... ¿Y los inmensos rótulos de oro que corren sobre las fachadas grises anunciando hoteles, *restaurants*, cafés, almacenes?... Entre los que puedo leer desde mi mirador no hay uno solo que no me parezca familiar. Esos «Cecil», esos «Excelsior», esos «Albión», esos «Savoy» que resplandecen a lo lejos, son los mismos.

## EL ENCANTO DE BUENOS AIRES

Pero ¿qué no es lo mismo, al menos en esta hora temprana?... En ese quiosco lleno de ilustraciones francesas es donde todos los días compro mis periódicos favoritos; esos automóviles que ostentan en un inmenso escaparate sus severas carrocerías son los que, desde hace años, me obligan a meditar en los inconvenientes de ser pobre; esa tienda llena de objetos tentadores e inútiles es la que, allá hacia fin de año, me ayuda a salir de compromisos con las damas que me invitan a sus fiestas.

¿Y la gente?... Desde aquí, claro que no oigo lo que habla. Pero estoy seguro de que la lengua que emplea es el francés. ¿No estamos acaso en París? Los chiquillos que pasan con sus paquetes de periódicos bajo el brazo y que gritan títulos que nadie comprende; los carritos de panaderos que llevan un cesto lleno de dorados *croisants*; los carrioches tirados por jamelgos flacos, en cuyo interior brillan, con sus tonos de oro y de esmeralda, las frutas y las hortalizas; los hombres que van de prisa, con las manos metidas en los bolsillos del gabán; los niños que se encaminan hacia la escuela con sus libros atados en una correa; los barrenderos, escrupulosos y apacibles, que recogen un papel, luego otro papel, luego una hoja seca, y que sonríen beatamente; los camareros de café que van corriendo; todo lo que significa vida, actividad, movimiento, es de París. Y si alguna duda me cupiese, no tendría más que ver los lindos desfiles de obreritas que marchan, ligeras y

rítmicas, en busca de alguna cercana rue de la Paix. En ellas sí que no cabe engaño. Son las mismas de todos los días, son las de ayer, son las de siempre; son las que, con sus gentiles coqueterías, alegran las horas en que las damas ricas duermen aún; son las tentadoras humildes que van acariciando visiones de amor y de alegría hacia la cárcel de los talleres. Menudas, esbeltas, andando con un poquito de petulancia, ondulan bajo los árboles de otoño y dejan detrás de sí, ya que no un rastro de esencias embriagadoras, como las criaturas de lujo, por lo menos una huella de frescura, de ingenuidad y de gracia, que perfuma voluptuosamente las mañanas bulevarderas...

### En una terraza.

Después de haberme sonreído, desde lejos, con una sonrisa familiar, la gran avenida, que tiene un nombre de primavera y de libertad, me acoge cuando llego a ella y penetro en la corriente de su circulación vital, con una confianza que me encanta y me desconcierta. Nada en sus detalles me parece desconocido. Nada me choca. Nada me sorprende. Las impresiones de esta mañana continúan, y al sentarme en la terraza de un café para ver desenvolverse ante mis ojos la palpitante e interminable película de la existencia callejera, experimento de nuevo la sensación de que ya he estado aquí, no un día, no, sino muchos días, mucho tiempo. Los ocultistas y los budistas ex-



## EL ENCANTO DE BUENOS AIRES

plican estos singulares estados de alma diciendo que en una existencia anterior hemos podido vivir la vida que de pronto nos aparece como ya conocida. Sólo que en el caso presente tal teoría es absurda, puesto que en las etapas anteriores de mi existencia, cuando, hace tres siglos, fuí pirata en el Mediterráneo, o cuando, doscientos años más tarde, fuí monje en un monasterio verde de Colombo, Buenos Aires no era sino una aldea, y la maravillosa avenida no existía ni siquiera en estado de vaga esperanza. Yo me figuro, en efecto, lo que habrían pensado los buenos compañeros de Juan de Garay si alguien les hubiera dicho: «Aquí se levantará dentro de poco tiempo una capital tan grande y tan hermosa, que Madrid y Barcelona y Sevilla juntas cabrán dentro de ella.» La risa habría sacudido las armaduras en una larga convulsión. ¿Buenos Aires metrópoli del Imperio español?... Lo único que sus fundadores ambicionaban era hacer de él un puerto para comerciar con el ganado. En cuanto a los pueblos de porvenir, los llamados a ser un día rivales de la corte de los Felipes, llamábanse Lima, Santiago de los Caballeros de Guatemala, Méjico, Caracas...

Así, pues, no pudiendo haber sido en una existencia pasada, es en la presente en la que yo he visto la avenida, con su alegría, con su actividad, con su lujo, con su buen gusto. Porque, mal que pese a mi amigo Rusiñol, cuyo libro sobre la Argentina es un ramillete formado con todas las

flores de la injusticia, la característica de esta ciudad es el buen gusto. Bien sé que esto ni los mismos porteños se atreven a decirlo. «Un pueblo hecho en poco tiempo—murmuran excusándose—no puede ser cual una ciudad hecha por los siglos. No tenemos arquitectura, y vivimos de imitaciones o de copias.» Es cierto. Mas ¿dónde está la capital moderna que no se halla en el propio caso? La misma Barcelona es un muestrario disparatado de fachadas belgas y alemanas. Buenos Aires, más feliz, ha ido a inspirarse a Francia, y de Francia, país de medida, de armonía, de elegancia sobria, ha traído estas líneas puras que dan a la avenida de Mayo su gracia severa de gran bulevar parisiense.

### Viendo pasar la gente.

El temor que yo tenía de que por la tarde, a la hora de las lánguidas charlas de café, la magnífica y nerviosa avenida se convirtiera en uno de esos lugares de paseo en los cuales la población se estanca para murmurar, acaba, felizmente, de desvanecerse. No, nada aquí hace pensar en la calle de Alcalá y en sus lentos cortejos familiares; no, nada nos recuerda las galerías de Italia, en las que se estanca la ola de los desocupados. La gente que pasa sabe adonde va, sabe a lo que va. Para el pausado ambular bajo las alas suaves de las quimeras, deben existir otras calles, otras alamedas. Esta es una arteria que palpita con toda

la sangre joven y generosa de la ciudad, y que lleva, de un extremo a otro, en abundante corriente, la fuerza, la riqueza, la alegría, el lujo, la esperanza. El *utile dulci* de los latinos podría ser grabado en sus muros. No hay nada, en efecto, en que la doble preocupación del negocio y de la estética no estén unidos. Imaginar elegancia más robusta, sería imposible. Yo he estado en Nueva York y he visto con admiración y espanto la catarata de vida que arrastra a los hombres por Brodway desde la mañana hasta la noche. La vida ahí es un vértigo, y el hombre, un iluminado o un autómeta, una máquina o un delirio. De arte, de gusto, de armonía, de medida, de distinción, ni siquiera una idea tiene la metrópoli norteamericana en su existir callejero. La gente pasa entre edificios desiguales sin ver y sin pensar que pueden verla. El que se detiene ante un escaparate expónese a ser arrollado por la corriente. *¡Time is money!*... Aquí, en Buenos Aires, donde, sin duda, existe una fiebre de trabajo y de codicia tan intensa en el fondo cual la de Yankilandia, pero mucho más delicada en sus manifestaciones, la vida exterior no pierde nunca su ritmo, su ligereza, su frescura. Las caras que en la Cuarta Avenida se crispan, en la avenida de Mayo sonríen. ¿Será en esto en lo que consiste la superioridad de la cultura latina? La superioridad de Buenos Aires, cuando se la compara con las ciudades nuevas, con Berlín, con Montreal, con Nueva York, está en su gusto, que sabe, tal vez

más por instinto que por estudio, suavizar lo que hay de demasiado luciente y velar lo que hay de demasiado lujoso en su joven belleza. Los árboles que ponen como un encaje móvil ante las fachadas; las altas columnatas de los lampadarios eléctricos, que tratan de romper la monotonía de la perspectiva rectilínea; la suntuosidad de los escaparates, con el perpetuo atractivo de lo lujoso, de lo luciente, de lo femenino; el regocijo pueril de los enormes caracteres áureos que cubren los balcones y animan los muros; la familiaridad de las terrazas de café, con su abundancia de charlas; el murmullo de sus vendedores ambulantes, que ofrecen las cosas más absurdas con la mayor naturalidad del mundo; todo, en fin, tiene aquí un atractivo de que carecen las capitales improvisadas.

### Las sombras de la noche.

Antes de acostarme vuelvo a abrir mi ventana para contemplar el espectáculo de la gran calle expresiva. A la luz de las innumerables lámparas eléctricas, las altas fachadas recortan sus finas cresterías en un fondo negro, formando una fantástica visión de muralla almenada. De trecho en trecho, una cúpula, una torrecilla, un belvedere, sobresale del conjunto, poniendo una alta claridad de faro en la noche. El ruido que sube, ya no es el incesante trepidar de motores y el perpetuo rodar de coches de la mañana. La gente que pasa, destacándose en siluetas negras ante las vidrieras

luminosas de los cafés, parece no llevar prisa ninguna. Todo resulta más lento, más grave, más solemne que algunas horas antes. Hay algo de fantasmal en los seres y en las cosas. Las bocinas de los automóviles, más estridentes que en el día, dispersan notas de angustia en el aire. El ir y venir lento, tan lento como en todas partes, de las vendedoras de caricias, sugiere ideas de infinita piedad. ¡Ah! ¡Las cortesanas de la avenida de Mayo!... ¡Si por lo menos tuvieran algo de provocantes, algo de perversas, algo de diabólicas!... Pero van, las pobres, una tras otra, sin coquetería, casi sin aliento, y cuando, de trecho en trecho, se detienen para atraer a un hombre que pasa precipitado o distraído, nótase que el movimiento de su cabeza, que se yergue, es puramente mecánico. Desde mi observatorio no veo ni sus miradas ni sus sonrisas. Pero bien sé cómo son. bien sé la pena que inspiran a los que saben contemplarlas con ojos sin prejuicios de moral. «Yo la reconocería entre mil, aunque no la contemplara sino un segundo», dice Tomás Quincey hablando de aquella miserable y divina Ann, en cuyo seno reposó una noche su cabeza embriagada de opio y de poesía. Yo también, desde lejos, reconozco en su andar de fantasmas a las innumerables Ann de las grandes capitales. Y como el poeta inglés, piadosamente, beatamente, dirijo con mi alma una plegaria al dios ignoto que debe protegerlas, para que haga menos duro el incesante calvario de sus paseos nocturnos.

¡Ah, la noche, la noche, qué bien la sentía el rey Salomón cuando pedía a Jehová que lo librase de la cosa terrible que se pasea entre sus sombras!

Aquí, a pesar de los infinitos focos eléctricos, las alas del misterio palpitan en el ambiente. Todo tiene algo de extraño, de tembloroso. Las linternas de color de los coches forman singulares cortejos inquietos. A cien pasos de mi hotel, el amplio peristilo de un teatro, iluminado *á giorno*, parece un refugio para los que sienten la zozobra de la hora. Un vendedor de periódicos, salmodiando su eterno clamor, se detiene en plena calle, y de pronto, como si se lo hubiera tragado la tierra, desaparece. Su grito, sin embargo, se oye siempre, y yo me figuro que pide auxilio contra el demonio de las sombras que acaba de arrebatarlo. Era el último ser que parecía ir hacia el trabajo, franco y alegre, pregonando su mercancía. Ahora que él ya se ha diluido, no queda sino la ciudad, que se prepara a gozar, o a orar, o a meditar. Los hombres van de prisa y se esfuman en las esquinas. Sólo las pecadoras, lentas, graves, como vestales de un culto secreto, siguen su procesión silenciosa.

En un reloj han sonado tres campanadas.

De minuto en minuto, lo callado, lo inquieto y lo fantástico va aumentando...

## LAS CALLES DE LA CITY

### Primeros pasos.



o primero que desconcierta a los viajeros en Buenos Aires, en el centro, entre la plaza de Mayo y la plaza del Congreso, entre el paseo de Julio y la avenida del Callao, es lo igual de las calles. «No hay medio de distinguirlas unas de otras», dicen. Y la verdad es que, fuera del gran bulevar y de Florida, las demás vías comerciales son todas idénticas. Tres semanas llevo recorriéndolas, con curiosidades nunca saciadas, cariñosamente, ávidamente, y aún no logro darme cuenta del lugar en que me hallo. Los mismos argentinos, aunque no todos lo confiesan, me parece que cuando alguien les pregunta de improviso: «¿Dónde estamos?», dudan un minuto y buscan con la vista el monumento, o la tienda, o la perspectiva que puede orientarlos de

un modo seguro. Que, hasta cierto punto, esta particularidad sea común a todas las ciudades nuevas, nadie lo niega. En Nueva York, en Berlín, en el mismo París de la Estrella y de Passy, cada vez que nos encontramos entre bulevares recién construídos experimentamos una sensación penosa de uniformidad y de monotonía. La gracia pintoresca de los laberintos antiguos, creados por el capricho de los siglos, no ha seducido nunca a los fundadores de ciudades. Para que una población sea artística, casi puede asegurarse que es preciso que haya nacido del azar. En cuanto los hombres conquistadores o reformadores se proponen hacer algo, no llegan sino a la belleza higiénica y cómoda, que es la peor de las bellezas. Y no me refiero únicamente a las civilizaciones modernas. En la antigua Grecia, los legisladores lacedemonios que, apoyados por los oráculos, trazaban de antemano los planos de sus metrópolis, crearon la fealdad célebre de Esparta, nacida antes que las leyes que debían regirla. Pero la palma de la monotonía urbana estaba reservada a nuestros lejanos abuelos los conquistadores que debían inventar e imponer en todo el nuevo mundo la teoría siniestra del damero con sus cuadros paralelos. ¡Ah, las manzanas, las odiosas manzanas de las Américas!

Los cronistas de la conquista, al hablar de la creación de Buenos Aires, dicen: «El teniente gobernador, en nombre del adelantado, dividió el terreno en diez y seis manzanas de Norte a Sur,



y algunas menos de Oriente a Poniente.» Lo de adelantado, que tanto hace sonreír en otros casos, aquí está bien escrito. Adelantándose a la deliciosa y absurda topografía de su época y de su patria, el Sr. D. Juan Torres de Vera y Aragón, servido por su ejecutor Juan de Garay, contribuyó a crear el tipo de ciudad cómoda que luego había de dar a un continente digno de mejor suerte una fealdad urbana innegable e insuperable.

### El ilusorio "confort".

Por fortuna para Buenos Aires, las calles, trazadas a cordel en otro tiempo, resultan hoy tan estrechas para su tráfico, que todo el centro de la población se ha convertido en un hormiguero humano. Nunca, en ninguna parte se ha visto, en efecto, más gente y más coches en un espacio más reducido. Y en vano el señor intendente, haciendo acto de buena tiranía, impide que después de las doce del día circulen los carros, las carretas y los camiones. Por la tarde, como por la mañana, lo que en lenguaje municipal se llama «congestión» ataca a las treinta o cuarenta arterias principales de un modo tan grave, que el Municipio ha tenido ya que decidirse a iniciar las costosas sangrías de las diagonales. Lo que en París y en Londres constituye el famoso problema circulatorio, y que es más de coches que de personas, se complica aquí del peligro de las aceras, un peligro de muerte a veces. Porque figuraos unas bien

llamadas «veredas», de un metro y medio de ancho, junto a las cuales pasa el tranvía eléctrico tan cerca, tan cerca, que un ademán amplio, cual los que en Marsella se acostumbra, le costaría un brazo al orador callejero...

—Y eso—me dice un argentino—que entre nosotros las mujeres elegantes no salen a pie sino muy rara vez; pero figúrese usted lo que esto será el día en que, imitando a las parisienses y a las neoyorquinas, nuestras porteñas se dediquen al deporte tan gentil del *shopping*...

—Por mi parte—le contesto—, siento en el alma que tal día no haya llegado aún.

Y es que, en realidad, lejos de quejarme de la incomodidad de las calles estrechas, lo celebro cual un presente de la Providencia. ¿Qué sería de este Buenos Aires, tirado a cordel, con sus manzanas todas iguales y sus calles hechas en un mismo molde, si no gozara de la vertiginosa alegría de sus congestiones?

Poco antes de salir de París tuve el disgusto de leer un estudio de Alberto Gerchunoff, en el que hay cosas tan estupendas que no parecen escritas por un artista judío, sino por un maquinista de Nueva York o de Chicago. Oíd, hermanos, oíd:

«Buenos Aires ofrece, respecto a las grandes capitales europeas, ventajas de evidente superioridad. No tiene tradición, se dice, y esto es su beneficio inmediato. ¿Cómo derrumbar una vieja columna, un viejo paredón que impide el desarrollo lógico de una calle, de una ciudad, si esa co-

lumna, si ese paredón revive para el somnoliento erudito y para el turista distraído un sombrío poema o un hecho supuesto? No poseemos por allí columnas antiguas, muros evocadores. Todo es nítido y todo es claro, como sus días de radiante sol. ¡Allá va la constructora avalancha, el alud colosal del progreso, sin tropezar con los nobles obstáculos de la vida extinguida, sin arredrarse ante los espectros, sombras a su vez de olvidados espectros de los siglos remotos!»

Después de esta sinfonía, he aquí la visión de la ciudad:

«Buenos Aires, ciudad populosa, hirviente, industrial, fabril, necesita el orden estricto, que no excluye la infinitud, que no rechaza, sino caracteriza, a la grandiosidad. Es suntuosa porque el progreso, que es aprovechamiento de la acción, es suntuario, como lo demuestra la observación de una locomotora o de un trasatlántico; el adorno de bronce es un remache, es un esfuerzo; sirve a lo primordial siendo ornamento. Empleamos ciegamente la mecánica, canalizamos la elaboración de todos los talleres científicos del mundo, y por esa causa Buenos Aires es tan cómodo, tan elegante, tan airoso en su simplicidad absoluta. ¿Que el automóvil es más práctico que el coche? Buenos Aires se llena de automóviles. Y este detalle es definitivo. ¿No he dicho que el bonaerense ama en lo posible la comodidad? Cada casa alta tiene ascensor. Esto es nimio, al parecer; pero no lo es. El ascensor, de fabricación europea, es ex-

cepcional en París, por ejemplo, y los hoteles que lo poseen lo anuncian en sus letreros como índice sorprendente de su comodidad. Esos pormenores, hueros, según se creería, de importancia, son determinativos de la forma de vivir de un pueblo. Por eso los cito.»

Ya lo veis...

Cuando yo leí esta descripción, hecha por un escritor a quien estimo, estuve a punto de suspender mi viaje, ya arreglado, y de cambiar mi pasaje trasatlántico por un billete para los vapores del viejo Mediterráneo. ¡Ir a ver otro Nueva York, otro Chicago; ir a vivir entre tumultos de hierro, entre vértigos de ascensores, entre vibraciones de rieles!... ¡Ah, no!... Y fué necesario un esfuerzo de voluntad para no volverme atrás. Mas confieso que todavía a bordo del barco en que iba hacia el hemisferio austral, pensando en las palabras de Gerchunoff, entristecíame a veces ante la perspectiva de que, realmente, al llegar a Buenos Aires iba a encontrarme con una ciudad parecida a las famosas «casas eléctricas» de las Exposiciones universales, en las que no tiene una necesidad de hacer el menor movimiento para ser servido.

«Ahí — decíame yo mismo, contándome un cuento de futuras mil y una noches —, ahí todo la tendrá uno a medida de su antojo; ahí habrá ace-  
ras que andan solas; ahí, para atravesar las es-  
quinas sin peligro de ser aplastado por quinientos  
caballos, tendrá uno puentes con escaleras auto-

máticas iguales a la de la estación de Orleans; ahí habrá galerías cubiertas para ir de un extremo a otro sin mojarse ni asolearse; ahí se podrán las familias pasear por las alamedas de los barrios centrales sin miedo de atropellos; ahí las deliciosas terrazas de café abundarán de tal modo, que no habrá una cuadra en que uno no pueda establecer su mirador; ahí nadie molestará ofreciendo billétes de lotería, ni flores, ni periódicos; ahí los coches no se pararán a cada instante para esperar que a un guardia municipal se le ocurra bajar su batuta blanca; ahí, en fin, será una realidad ese mito detrás del cual corren desolados todos los pueblos y que se llama *comfort*.

De todo esto venía yotán seguro, que ni siquiera se me ocurrió preguntarle a mis compañeros de viaje si había en mis esperanzas algo de fantástico. A pies juntillas creía en el Buenos Aires de Gerchunoff, y aquella creencia atormentábame cual una pesadilla a causa de mis amores retrógrados por pueblos que, como París, como Roma, como Sevilla, tienen la osadía de ser menos cómodos que Chicago y Berlín.

«Resignémonos»—murmuré al desembarcar.

¡Cuál no sería, pues, mi sorpresa al encontrarme conque Buenos Aires, a pesar de todos sus esfuerzos, es aún deliciosamente incómodo!

¿Qué hay aquí, en efecto, de todas esas cosas eléctricas de que habla Gerchunoff? Por no verlas, ni teléfonos públicos en las esquinas, cual los de Tokio, descubro. En cambio, encuentro casi todo

lo que dejé en París hace dos meses, a saber: las calles tan llenas de gente que no se puede andar por ellas, a menos de llevar poca prisa y mucha paciencia; el polvo, cuando hace viento, y el lodo, cuando llueve; los coches, que nos obligan a ejecutar prodigios funambulescos para atravesar las calles; los vendedores ambulantes, que no me permiten saborear en paz mis ensueños en la terraza de un café...

Pero confieso que, lejos de quejarme de esto, lo celebro de todo corazón, pensando en lo aburrido que debe ser un pueblo que llega a realizar el ideal que todos los alcaldes, prefectos e intendentes tienen del adelanto y de la belleza urbana en este nuestro siglo detestable.

### La vida intensa.

—Note usted que no tenemos mendigos—oigo a menudo asegurar a los argentinos.

No hay, en efecto, ni mendigos, ni frailes, ni perros, ni ciclistas, en esta villa dichosa. En cambio, parece que las moscas... Pero ¿a qué me meto yo en observaciones a lo Jules Huret?... Lo que me interesa es la vida callejera con su vértigo, los perpetuos cortejos de coches, el ir y venir activo, fuerte, sano, de sus hombres de trabajo; el lujo de sus tiendas, de sus hoteles, de sus cafés; lo que representa movimiento, acción y esperanza, en fin. Y esto, aunque se desarrolle en un marco que nada tiene de cómodo, entre el griterío de

los que venden billetes de lotería, periódicos, flores, y el fracaso ensordecedor de las trompetas de automóviles, y el repique perpetuo de las campanas de tranvía, tiene la belleza, no diré moderna, sino eterna, de las fuertes palpitaciones humanas, la misma que encontramos en las evocaciones de la Roma plétórica de hace veinte siglos y en la Florencia congestionada del tiempo de Médicis, la belleza de París y de Viena, la más envidiable de todas, en suma.

¡Oh, vida intensa de Esmeralda, de Corrientes, de Cuyo, de Maipú, de todos los callejones interminables de la *city*, cuán poco os parecéis a las visiones que en general se forma el mundo de lo que es una gran metrópoli americana! (1) Todos

(1) He aquí un artículo de *La Razón* sobre este asunto:

«La parte central de la metrópoli está congestionada. Se vuelcan sobre ella todas las actividades, y mientras en ciertos lugares Buenos Aires parece una ciudad provinciana, sin tráfico y sin movimiento, vacía de vehículos y de peatones, en otros no se puede dar un paso sin tropezar con el obstáculo de una congestión desesperante.

El tiempo viejo nos recuerda la aglomeración de los edificios públicos en un solo punto. La policía, los tribunales, el Congreso, la municipalidad, los Bancos, la Casa de Gobierno, la Bolsa, la Universidad, el Colegio Nacional, todo estaba ubicado dentro de un estrecho perímetro, de manera que los habitantes del centro y de los suburbios se colocaban durante el día, como una irrupción, sobre ese cuadrado de un limitado número de calles.

Los tranvías de tracción a sangre ocupaban las calles principales y de mayor tráfico; los almacenes mayoristas eran verdaderas trincheras por las que nadie podía pasar; las calles Florida y Rivadavia eran un apretujamiento indescriptible de carros, tranvías, coches y personas. Entonces Buenos Aires no tenía más de 500.000 habitantes, y tanto era el ahogo, que se pensó seriamente en cambiar ese aspecto desesperante de la ciudad.

Se abrió la avenida de Mayo, se llevó la policía a la calle Moreno, se

los que venimos de lejos hacia vosotras traemos prejuicios que han hecho nacer los que, queriendo halagaros, os quitan lo que tenéis de mejor, que es la expresión, el carácter, el temperamento. Os imaginamos eléctricas, y no sois sino nerviosas... Os creemos pobladas de rascacielos de acero, y aún os divertís, cual las viejas aldeas españolas, en poner flores en vuestras ventanas... Os suponemos sólo ocupadas de negocio, y en vuestra estrechez generosa siempre reserváis un espacio para que los desocupados vean pasar a las mujeres... Os tememos positivas, positivas hasta el yanquismo, y os encontramos llenas de frivolidades latinas... Os llamamos *parvenues*, en fin, y luego nos encontramos con que, si lo sois, lo parecéis mucho menos que cien avenidas linajudas de Europa.

### La ciudad prócer.

¿De qué época data este barrio central por donde ahora me paseo? A cada momento, un amigo que apenas ha cumplido los cuarenta años me dice, señalándome la calle del Callao:

---

trasladaron los tribunales a la plaza Lavaile, se hicieron Facultades de Derecho y de Medicina en las calles Moreno y Córdoba, se puso el Congreso sobre su magnífica plaza; en una palabra: se descentralizó todo lo que se pudo, se levantaron líneas de tranvía, se acortó el tráfico de otras, se hizo el subterráneo para aliviar la circulación a nivel, y con todo eso, que eran evidentes progresos de nuestro urbanismo, nos encontramos ahora casi en la misma situación que entonces.

Es que los 500.000 habitantes se han vuelto 2.000.000 en el curso de cuarenta años, y todas las previsiones de entonces respecto de la holgura de la ciudad y del tráfico, han quedado defraudadas.»



—Todo lo he visto yo salir del suelo.

Y vuelvo los ojos hacia las fachadas, y por más que las contemplo nada encuentro que denote en ellas la insolente juventud de los palacios de Barcelona, de Munich o de Nueva York. En ninguna parte brilla la piedra blanca, blanca, blanca, de Broodway y del paseo de Gracia. Verdad es que aquí no hay piedra, lo que hace gemir a Anatole France; pero sean de lo que sean esos muros que se alzan por todas partes, una delicada pátina que parece obra de siglos da al conjunto un tono gris suave, agradable, de muy buen gusto y, si me es permitido hablar el lenguaje del Ateneo madrileño, muy «prócer».

Muy prócer, sí, muy hidalgo, muy caba leresco es el aspecto de este pueblo en sus floridos barrios nuevos. Así, yo lo veo, en una imagen simbólica de su futura grandeza, siempre trajeado de negociante, de industrial y de banquero; siempre preocupado de ganar oro, mucho oro, es cierto; pero no con un continente de Uncle Sam, no, sino conservando la arrogancia gentil de aquellos traficantes florentinos del Renacimiento, que sabían vestir de terciopelo sus esfuerzos y florecer de lises sus codicias.

### El porvenir.

Un amigo que forma parte del Consejo municipal, en el curso de un paseo por las calles, preguntame sacando de la cartera una página arrancada a un libro:

—¿Es feo Buenos Aires?

—Para mí—le digo—no lo es...

—Vea usted, en ese caso...

Y me da la hoja, en la cual leo:

«Buenos Aires produce una impresión penosa. La fealdad de su edificación sonora y multiforme, la carencia de perspectivas y la monotonía de sus calles, rectas e iguales, revelan, en nuestro espíritu colectivo, una falta absoluta de sentimiento estético. Ciudad sin fisonomía propia, desdeñosa de su carácter colonial de antaño, arrogante de civilización y de riqueza, implacable para con los últimos restos de su abolengo romántico, febriciente en su absurda megalomanía que le lleva a buscar la semejanza de Londres y de París, Buenos Aires es apenas una imitación torpe y ridícula de aquellas capitales europeas. Enloquecida por su afán de embellecerse, toma los prestigios ajenos, sin advertir que de tal manera suprime su porvenir espiritual, y que en la gloria aparente de sus bellezas prestadas ostenta su triste condición de pueblo secundario.»

—Eso está escrito por un argentino—me dice con tono triste.

—Ya se adivina. Pero ¿qué importancia tiene ello?... En estas cuestiones de estética se puede asegurar lo que se quiere sin temor de ser desmentido. ¿Dónde está, en efecto, el modelo, el canon de la belleza de un pueblo?... En general, París pasa por la más bella ciudad del mundo, y Nueva York, por la más horrible. Pues bien: el

## EL ENCANTO DE BUENOS AIRES

filósofo Alverighi, en un libro de Guillermo Ferrero, proclama que no hay metrópoli tan hermosa como Nueva York, con sus casas desiguales, con sus rascacielos abominables de veinte pisos; con sus copias de pagodas, de catedrales góticas, de castillos medievales y de cavernas de trogloditas... De Buenos Aires, unos dirán que es bello y otros que no lo es. Lo que nadie jamás podrá pretender es que sea una ciudad rastacuera. Yo oigo hablar mucho de la vanidad argentina, de la «parada» y del «corte» argentinos, del instinto *parvenu* de los argentinos. Pues bien: si todo eso existe, será dentro de casa. Fuera, no. ¿Dónde están aquí las copias grotescas o las invenciones caricaturales? Una gran armonía, y hasta puede agregarse una gran modestia, presiden en general a las edificaciones. No pudiendo inventar nuevas líneas, los arquitectos prefieren copiar las más puras y las más sencillas, en vez de perderse, como los catalanes y los bávaros, en el laberinto ridículo de las invenciones y de las reconstituciones. Hace años, cuando estableció el Municipio el famoso premio a las más bellas fachadas, yo temí que el deseo de sobresalir llevase a algunos propietarios a hacer cosas estupendas. Por fortuna, no fué así. Los treinta o cuarenta edificios que han obtenido el premio podrían ser trasladados a París sin que sus líneas chocaran en el conjunto armonioso de la gran capi al europea. Lo feo, en Buenos Aires, no son las casas, no... Son las calles.

centrales, todas divididas por cuadras y manzanas...

Mi amigo me interrumpe, diciéndome:

—Eso es lo que todos queremos que se corrija hasta donde sea posible... Las primeras avenidas diagonales construídas, rompen ya, en ciertos puntos, la monotonía del damero... Luego vendrán otras... Vendrá la de Norte a Sur, que es la más importante, y que tendrá unos cinco kilómetros de largo... Sólo que, ¿sabe usted lo que costará esta obra?... Doscientos millones de pesos... Para comenzar, la ley no autoriza a negociar sino un empréstito de treinta millones, en la inteligencia de que con esta suma se pueden iniciar los trabajos de expropiación y dar tiempo a que los terrenos destinados a la reventa alcancen un precio que permita continuar la labor. Este cálculo no es exagerado... Antes tenemos que concluir otra diagonal que, partiendo de la plaza de Mayo, donde se halla el palacio de Gobierno, irá hasta la plaza Lavalle... Un empréstito de setenta y cinco millones de francos nos ha permitido acometer ya esta obra, que marcha rápidamente... Y ¿sabe usted a qué precio hemos tenido que expropiar las manzanas necesarias para ella? A mil seiscientos pesos la vara; es decir, a más de cuatro mil francos el metro cuadrado... Pero en Buenos Aires el dinero no nos ha de faltar nunca... Ni el entusiasmo tampoco... Ya verá usted...

## FLORIDA LA BIEN NOMBRADA

### La calle original.



ODO lo que pueda soñarse de lujo, de alegría, de encantadora frivolidad, de buen gusto suntuoso, se halla reunido en esta calle.

—Si fuera algo más ancha — aseguran algunos —, sería una rue de la Paix, un Bond Street...

Cierto. Sólo que ya no sería Florida. Y su belleza, su carácter, su estilo, si puedo expresarme así, está justamente en no ser una copia de ninguna arteria europea. Porque así como en la avenida de Mayo uno se dice, desde luego: «Este es el Bulevar», aquí, aun queriendo encontrar puntos de comparación, tiene uno que preguntarse: «¿A qué se parece esto?»

Y si se parece, hasta cierto punto, a las alegres calles de las capitales italianas; si tiene algo de la deliciosa y bulliciosa Sierpes, de Sevilla; si ri-

valiza en magnificencia con las más ricas vías parisienses, no es nunca posible contestar: «Es un reflejo de tal sitio.»

No, no es un reflejo. Es tal vez una síntesis, hecha con arte exquisito, de todo lo que hay en Europa de más distinguido, de más animado, de más brillante, de más moderno. Pero, o mucho me equivoco, o esta síntesis posee ya una marca peculiar y expresiva que la hace inconfundible e inolvidable. Las calles que la rodean, y que son iguales en trazado y en arquitectura, no tienen con ella punto ninguno de contacto estético. Su animación resulta, si no más intensa, sí más armoniosa, más rítmica que la del resto de la *city*. La gente no corre por sus aceras, ni se codea en sus encrucijadas, ni se atropella en sus esquinas. Mejor que una arteria comercial parece un paseo.

Y, en efecto, eso es, con sus innumerables tiendas de amenas suntuosidades, con sus letreros áureos que corren por los balcones anunciando trajes y mantos, con sus confiterías aristocráticas, con sus escaparates llenos de pedrerías, con sus numerosas exposiciones de arte. Y al mismo tiempo es otra cosa más risueña y más íntima: es casi un salón en el cual nadie tiene prisa.

### Las damas.

En otro tiempo, según dicen, las damas no se atrevían a pasar por estas aceras, temerosas de la juvenil galantería. ¡Cómo me acuerdo de un

famoso artículo publicado hace cinco años por *Le Matin*, de París, y en el cual los peripatéticos de Florida aparecían pintados con colores algo salvajes!

—Exageradísimo es esto—me aseguró entonces un diplomático argentino.

Y agregó:

—Falso del todo, no...

Hoy supengo que los jóvenes aquellos ya han muerto, pues no sólo nada me choca en las maneras de los que se detienen en las puertas de las tiendas para ver pasar a las muchachas, sino que hasta los encuentro mucho más finos, mucho más discretos que sus hermanos de España. ¡Venid aquí, tenorios de la Carrera de San Jerónimo, venid y aprended a admirar sin insolencia y a cortejar sin grosería! Y vosotros también, los morenos señoritos de las plazas de Bilbao, haced el viaje hasta esta tierra si queréis recibir una lección de galanteo sin grosería... Las leyendas son tan tenaces, sin embargo, que en Buenos Aires mismo he oído a más de una persona grave quejarse del poco respeto con que los jóvenes «bien» se conducen en la alegre calle.

—Yo—decía anoche un porteño distinguido—no le permitiría a mi mujer que fuera a pasearse por Florida como se pasean las señoras por la rue de la Paix.

Y como yo le dijera que me parecía injusto, me hizo leer un suelto de *La Razón*, que dice literalmente:

«Las reiteradas quejas que seguimos recibiendo de señoras y niñas contra la ostentación de incultura de ciertos hombres en la calle y en el paseo, evidencian, no sin doloroso desencanto, que el mal se halla más extendido de lo que todos pensamos.

El dato desorienta y entristece. Buenos Aires, en su papel de gran metrópoli sudamericana, tiene obligaciones imprescindibles de ostentar una cultura superior, evidenciada no sólo en los esplendores de su riqueza, en la magnificencia y abundancia de sus institutos educativos e intelectuales, sino en esos pequeños signos urbanos de la corrección callejera, que, con justicia, enorgullece al menos nombrado de los burgos europeos.

Esta ciudad nuestra, que a diario exhibe una alta preocupación espiritual en sus incontables reuniones de carácter literario o científico; que afirma, de continuo, a cada paso, su fama de ciudad de las conferencias; que muestra, hasta en las críticas amargas, suscitadas por su mercantilismo y sus afanes materialistas, una conciencia evidente de su refinamiento y de sus ambiciones en el orden de las ideas, no puede, sin desmedro de su grandeza, asistir impasible a este avance de los bajos fondos, a la ola de incultura que pretende imponer un carácter extraño a nuestra tradicional fisonomía porteña.

La campaña debe extenderse y generalizarse. Peligran con estas cosas vastísimos intereses mo-



## EL ENCANTO DE BUENOS AIRES

rales, y desde la escuela hasta los hogares, desde la autoridad, que tiene en sus manos la represión inmediata de los culpables, hasta los simples particulares bien intencionados, todos deben cooperar a que la reacción se produzca, volviendo por nuestro buen nombre de pueblo culto y respetuoso del bello sexo.

No hace mucho, en Palermo, tuvimos ocasión de anotar un ejemplò del contraste de refinamiento e ineducación que Buenos Aires ofrece. De un lado, el espectáculo de la elegancia, de la finura de costumbres, de los gustos artísticos en las hermosas mujeres que paseaban. Del otro, sobre el espejo del lago, admirable de tersura y de serena belleza con sus márgenes encantadoras de árboles y de suaves follajes, un grupo de remeros en mangas de camisa, gritando y gesticulando como salvajes, y ofendiendo con soeces invitaciones a las damas...»

Después de leer, le pregunté:

—¿No hay exageración en ese modo de generalizar?

—No, por desgracia—, contestóme; usted compara esto con Madrid y con Bilbao. Así, claro, salimos ganando. Pero nosotros queríamos que se nos pudiera comparar, en eso y en todo, con París, con Londres... O somos, o no somos... Y por ahora, todavía no somos...

—¿Qué?...

—Corteses... No digo que insultemos como esos remeros de Palermo cuando nos paseamos por

Florida. Pero ¡con qué insolencia miramos a las mujeres!... ¡cómo reímos!... Ya verá usted... Ya verá cuando no recuerde la carrera de San Jerónimo, sino la rue de la Paix...

—Usted exagera—le dije, abandonándolo a sus amargas reflexiones.

Las porteñas me parece que piensan como yo, pues a ciertas horas se las ve recorrer la vía de todas las elegancias sin dar muestras, ya no digo de tener miedo, pero ni siquiera de sentir el menor recelo. Y esto es justamente lo que adorna, lo que florece a Florida; esto es lo que le da su aspecto delicioso y risueño; esto es lo que, perfumándola, la hace muy distinta de las ruidosas arterias vecinas, por las cuales casi sólo hombres pasan.

### Esplendores.

—¿Ha visto usted algo más rico?—me pregunta un amigo, mostrándome las vidrieras de las joyerías.

Más que la riqueza, lo que a mí me pasma es el buen gusto, el refinamiento, el supremo *chic*. Todas las piedras preciosas están ahí; pero no cual en los escaparates de Nueva York, ostentando sus quilates con la enorme grosería de su precio, no, sino como excusando su valor de mercadería entre las gracias artísticas de sus engarces. Los Lallique, los Brindeau, los Tiffani, los magos de la joyería, parecen haber escogido estas vidrieras para exponer sus más perfectas obras.

Y no son sólo los objetos de oro los que aquí merecen el nombre de joyas. Cada *deventure*, representa un joyel. Esos sombreros, que vienen seguramente de algún Lewis o de alguna Carolina Reboux, son joyas; esos trajes, dignos de Poirer y de Marthe Wingrove, son joyas; esos encajes, en los cuales hay tantos ensueños hilados, son joyas; esos zapatitos minúsculos, que yo querría tener en mi mesa de trabajo para llenarlos de flores como búcaros de seda, son joyas; esos *bibe-lots* menudos, frágiles, translúcidos, son joyas; esas *echarpes* flotantes, con reflejos de cielo y de agua, son joyas; esas medias transparentes, caladas y pintadas, que estiran su garbo tentador en inmóviles pantorrillas de cera, son joyas... Para adornar dignamente al único ídolo que no conoce iconoclastas, al eterno y omnipotente icono femenino, la industria moderna tiene siempre, en todas partes, manos liberales de joyero. Mas aquí a la liberalidad se une la delicadeza. Sólo en la rue de la Paix, en efecto, y en Bond Street, y en el Groben, he visto tanta exquisitez unida a tanto lujo... ¡Y pensar que aún hay, no obstante, en el mundo millares y millones de seres que, si quieren hablar de algo que es caro y sin gusto, dicen con desprecio: «¡Eso está hecho para América!»

América, encarnada en su metrópoli argentina, no tiene hoy, estéticamente, mucho que envidiar. Sólo que ¿cómo hacer comprender tal verdad a Europa? Yo mismo confieso con rubor que cuando, hace años, Rubén Darío me pronunciaba lar-

gos discursos familiares sobre el refinamiento de Buenos Aires, no podía dejar de pensar que todo aquello era una gentil exageración de poeta agradecido.

### Esto es Turquía.

—¿Quiere usted entrar aquí?

Es una confitería. De un lado están los hombres, sólo los hombres; del lado opuesto, las mujeres; entre unos y otros, un inmenso tabique hace imposible la menor comunicación.

—Aquí —le confieso a mi compañero— yo no me siento en París, ni en Milán, ni siquiera en Madrid. Aquí estoy en Turquía, con su harem-lik y su salem-lik.

Mi amigo sonríe.

Yo me siento triste, triste, triste, al pensar en todo lo que representa de prejuicios coloniales esta costumbre argentina, que mantiene aún en algunos teatros la célebre cazuela del tiempo de Quevedo, y que divide ciertas confiterías en dos campos extraños, casi hostiles. Y las líneas de Huret sobre este asunto, que tan fantásticas me parecían hace algún tiempo, acuden ahora a mi memoria como una pintura tristemente fiel.

«Los hombres y las mujeres—dice el viajero francés—se ven, es verdad; pero separadamente. Los hombres se reúnen en el club o en sus tertulias para hablar de los sucesos políticos o de sus estancias, y las mujeres, por su parte, organizan

bailes, tés, *brigdes* y *garden-parties*, de las que son excluidos los hombres. Además, las mujeres se visitan con frecuencia, reuniéndose las amigas por la noche, después de cenar, cuando los maridos se han marchado. Así, pues, fuera de la familia, se desliza divergentemente la existencia de los hombres y la de las mujeres. Por otra parte, las conversaciones de salón son, por lo general, bastante anodinas. Cuando las mujeres han pedido a los hombres noticias de su estancia, dándoselas ellas a su vez acerca de sus hijos, languidece la conversación por falta de tema.»

### La gracia femenina.

Mi amigo me dice:

—Hay, en la idea que usted se forma de las relaciones entre los sexos, un error excusable. Esta confitería es un resto de antiguas costumbres. Entre usted en el *five-o-clok* de al lado, en el mundano Rumpelmeyer, y verá que el tabique no existe. Es más: verá usted que los jóvenes se acercan a las mesas de las señoritas con una familiaridad que en Europa misma no es común. Nuestras niñas solteras viven libres, van a los tés, frecuentan las Exposiciones, y en todas partes forman esos deliciosos grupos gorjeantes, en los cuales las finas siluetas de las rubias se confunden con los airosos talles de las morenas. Las que en nuestra sociedad no salen solas, las que viven en una especie de reclusión, son las casadas jóvenes.

Lea usted bien las líneas de Huret y verá que se refieren a las señoras, no a las señoritas. ¿Quiere usted entrar en casa de Rumpelmeyer? Ahí veremos mujeres bonitas.

—Quiero entrar en todas partes—le contesto, sin grandes esperanzas.

Pero apenas he subido la escalera que conduce al vasto salón del té y de la música, una visión encantadora me hace sentirme a mil leguas de la curiosa confitería de al lado. Ya no estoy en Turquía. Ya he vuelto a París. Por todas partes los más gentiles rostros, los más esbeltos cuerpos, las más elegantes *toilettes*...

—Decididamente—le digo a mi compañero—, no hay en la Argentina nada más bonito que la argentina... Es un don que el cielo ha hecho a este país.

—En efecto—contéstame—; hay en nuestra ciudad muchas chicas lindas, y aun las que no lo son tienen algo que cautiva. Pero no es obra divina, sino obra humana, muy humana, esa seducción. Porque la *joliese* se adquiere, no como algunas damas se lo figuran, por medio de afeites y de adornos, no por arte de coqueterías, no en casa de la costurera, sino por un trabajo de cultivo primoroso, ni más ni menos que la forma de ciertas especies de flores y la fineza de ciertas razas animales... Vea usted, por ejemplo, el caballo angloargentino... ¿Le parece un producto espontáneo de la Naturaleza? Claro que no. Es una obra de arte viva. Cada una de sus cualidades viene de cuidados es-

crupulosos. Pues bien: con la mujer bonita, con la mujer que seduce sonriendo, con la mujer que es un ídolo, pasa lo propio. Sus gracias, sus miradas, sus sonrisas, sus movimientos, sus mismas líneas, sus curvas delicadísimas, son producto de un cultivo exquisito. En otro tiempo, sólo Francia producía estas especies de criaturas de encanto y de seducción. Ahora ya hay, por lo menos, otras dos ciudades que han logrado crear un tipo que llegará, poco a poco, a ser digno de rivalizar con el parisiense: son Nueva York y Buenos Aires. En muchas partes, en España, en Italia, hay mujeres muy bellas; mujeres que, aun sin ser bellas, sean seductoras, no. Nuestras muchachas, casi todas nuestras muchachas, poseen el secreto o el don de la seducción. ¿En qué consiste ese secreto? ¡Vaya usted a saberlo! En todo y en nada. Es un sutil aliento de voluptuosidad espiritual que hace, alrededor de ellas, palpitar las sienas; es un fuego ligero que, cuando ellas pasan, deja una huella de gracia cálida; es un misterio, en fin, un diabólico misterio de esencia ideal. Pero ese misterio ideal es obra de industria casi material. Cultive usted cualquier otro tipo de mujer, y obtendrá el mismo resultado. El ejemplo de Atenas nos lo prueba. Usted sabe que en la antigüedad la ateniense tenía fama de no ser linda y de ser, en cambio, seductora. Las bellezas espléndidas iban al Atica de las islas asiáticas. La tierra de Minerva sólo producía *petites femmes*; mas esas *petites femmes* se llamaban Aspasia, Lais, Friné... En

París, las mujeres que hacen palidecer al mundo entero no tienen la belleza augusta de una Fatma, nacida en Oriente. Lo que tienen es algo de que las otras mujeres carecen: la gracia, la divina gracia moderna, la gracia que nuestras porteñas poseen también, a fuerza de imitar a las francesas, y que nos llena de orgullo a nosotros. Es una flor que cultivamos con amor desde hace un siglo; es decir, desde que podemos pensar en el lujo, en el arte... Quizás hasta hoy sea nuestra única obra de arte nacional...

### Bellas artes.

Al salir de Rumpelmeyer penetro en una Exposición de bellas artes y me encuentro con el más interesante de los cosmopolitismos. Todas las naciones y todas las escuelas están allí representadas. Junto a un paisaje escandinavo de Tawlow se yergue un matamoros napolitano de Mancini; al lado de una gitana de Zuloaga, negra y seca, una parisiense de Heuleu se mira al espejo; Bonnat fraterniza con su enemigo Wislers; el mundo entero, en fin, está ahí mezclado, y en tan ecléctico desorden veo, mejor que en ninguna parte, algo de la futura misión de este pueblo que, después de ser el más vasto jardín para el cruce de razas, tendrá que llegar a convertirse, cuando se halle en el apogeo de su existencia espiritual, en un magnífico crisol de artes.

Dejándonos llevar por la ola suave de los que



caminan sin prisa, venimos desde el Plaza-Hotel en un paseo lento y maravilloso. Tanto lujo, tanto brillo, tanta elegancia, son como un espectáculo perpetuo. Hay algo de *feerie* en este ambiente de sonrisas, de perfumes, de halagos y de resplandores. A veces, hasta la noción de las calles, es decir, de un espacio que pertenece lo mismo a los caballos que a los hombres, se desvanece para sugerirnos la idea de que nos paseamos por una galería en un palacio encantado.

—Aquí—le digo a mi compañero—todo parece estar en las vidrieras.

### El palacio de las tentaciones.

Sonriendo, y deteniéndose ante una puerta, me pregunta:

—¿Quiere usted entrar?

Estamos ya al final de Florida. El ruido de los automóviles de la avenida de Mayo llega hasta nuestros oídos, haciéndonos sentir que dentro de un instante habrá terminado nuestra deliciosa peregrinación por la extraña y admirable calle. Para prolongar el encanto de la hora me dejo guiar por mi amigo y penetro en una tienda que, desde fuera, no me ha parecido sino enorme. ¡Cuál no es mi sorpresa al hallarme de pronto trasladado a la verdadera capital de las elegancias! ¿Es el Printemps, con sus mil empleadas gentiles y su perpetuo frou-frou de sedas ajadas por manos aristocráticas?... ¿Es el Louvre y su

interminable exposición de objetos preciosos?... ¿Son las galerías Lafayette, con sus enjambres gorjeantes de muchachas bonitas que se prueban los sombreros más excéntricos con la mayor naturalidad?... Es todo eso junto; es el alcázar de los ensueños femeninos; es el antro en que las brujas han amontonado lo que hace palpitar el alma de Margarita; es, en una palabra, el palacio de las tentaciones. Emilio Zola llamó a uno de estos almacenes *Au bonheur des dames*. Lo de *bonheur*, cuando uno se fija en ciertas miradas, en ciertas actitudes, en ciertas sonrisas, parece algo irónico. No es la dulzura desinteresada que proporciona un museo, en efecto, lo que en lugares cual éste se nota. Es el temible, el imperioso, el tiránico deseo. ¿Cómo resistir a todo lo que así atrae? En las tiendas, en general, los objetos no aparecen ante la compradora sino a través de los cristales de las vidrieras... Aquí lo más raro y lo más caro, lo más frágil, lo más exquisito, lo más vaporoso, los encajes, las gasas, los velos, las cintas, las pieles, todo lo que constituye el adorno del icono femenino está al alcance de las manos. Y las manos, las pálidas manos, nerviosas, se acercan, tocan, digo, no, acarician, lo que la coquetería codicia, y poco a poco, al contacto de lo que es tibio y suave, una embriaguez verdadera aduénase del ánimo mujeril.

Mi amigo me dice, lleno de orgullo:

—Estos almacenes que a usted le parecen inmensos no son sino una de las secciones de la

Casa... Hace un instante pasó usted ante otros inmensos edificios que forman parte de la misma Empresa... Mayores, más ricos, más suntuosos, no existen en todo Sud-América... ¡Qué digo!... No sé si hay en París o en Londres algo que se le pueda comparar, con sus varios palacios, con sus millares de empleados, con sus formidables introducciones de todo lo que el mundo fabrica, no sólo para el adorno de la mujer, sino para todo lo necesario a la vida... Las cifras...

Mientras mi amigo, con su manía muy argentina de hablar de números y de precios, continúa pintándome la grandeza de la casa legendaria, yo, siempre pueril, sigo el paso rítmico de las mujeres que, como mariposas, revolotean alrededor de las tentaciones. Ahora mismo acaba de posarse ante un amontonamiento de sedas una rubia de grandes ojos ingenuos. Primero contempla sin moverse las telas, y su mirada azul va de los rasos luminosos a los tenues fulares. Pero poco a poco adviértese que su curiosidad se convierte en entusiasmo. Con la imaginación, ella admira, sin duda, su propio cuerpo envuelto en esos tules diáfanos, en esos brocados magníficos, en esos secos tafetanes. Febril y pálida, escoge. ¿Cuál es el tisú que mejor puede convenirla?... Su duda es un tormento. Sus dedos van de una tela a otra tela, poniendo sus blancas manos de marfil entre los esmaltes de la policromía moderna. En sus ojos, que se han tornado oscuros, una llama brilla, que indica la dominación del deseo avasallador.

Como ésta son millares, son millones, todos los días, a todas horas, en las grandes ciudades de lujo.

¡Y qué bien se comprende tal embriaguez ante tanta tentación! Lo que puede seducir, atraer, halagar, se halla en estos alcázares: desde el guante blanco hasta la indispensable y terrible media de seda, desde la camisilla íntima hasta el aparatoso manto de armiño. La casta Verdad, desnuda, al salir de un pozo, podría entrar por la puerta de la derecha, y al cabo de algunas horas se marcharía por la de la izquierda convertida en la tentadora Mentira vestida. No hay mujer, no hay ninguna mujer que resista a esta abundancia, a este lujo, a este derroche, que parece obra diabólica.

Mi amigo, que no quiere fijarse en el perpetuo drama que se representa en estos palacios de las tentaciones, me dice:

—Marchémonos.

Y nos marchamos. Y yo pienso, pero sin decirlo, por miedo a parecer frívolo, yo pienso sinceramente, gravemente, que tal vez, de todo cuanto se llama progreso, lo único admirable de verdad, lo único que significa una perfección completa, es el arte supremo de los que han sabido crear las industrias para embellecer a la mujer, y pienso también que lo que mejor caracteriza a una gran capital son sus palacios de tentaciones.

## EN LOS GRANDES TEATROS



AS noches del Cólón, las noches de los grandes estrenos, de las grandes funciones de gala, de los grandes *débuts*... Como todo el mundo, yo había, naturalmente, oído hablar de todo eso. Sabía por los Huret, por los Baudin, por los Clemenceau, que comparadas con ellas las noches de la Opera parisiense resultan menos luminosas y menos estrelladas. Sabía que sus millares de espectadores representan, en los días de lleno, una de las masas más considerables de níveas pecheras y de brazos marmóreos que se ven en el mundo. Sabía que en el inmenso hemicíclo de la sala se superponen, desde la platea hasta la cazuela, una serie de *corbeilles* de flores femeninas brillantes cual un ensueño de poeta árabe. Pero todo esto, quizás por la misma solem-

nidad de su renombre, parecíame, de lejos, hecho más para sorprender que para seducir, y pensando en ello imaginábame algo como un vano alarde de magnificencia argentina, si se quiere algo *rustacuera*, destinado a *épater* al universo.

¿No había yo leído en algún libro de viajes que las flores humanas de las fantásticas *corbeilles* eran tan inmóviles, tan perfectas y tan iguales, que más bien parecían de seda y de cera que de la arcilla cantada por el poeta?... ¿No me habían dicho que durante los entreactos, por miedo de perder la gracia de las actitudes, las hadas del formidable cuadro no se permitían ni una palabra, ni una sonrisa, ni un saludo?

Tales rumores eran los que, al tomar asiento en mi palco, me asaltaban, llenándome de inquietudes.

\* \* \*

El primer acto de *Parsifal* había comenzado.

La sala, como es de rigor, estaba casi a oscuras. En el inmenso escenario brillaban los mosaicos de oro y de esmalte de una basílica bizantina. Una reja áurea perdíase en el azul de un fondo místico, marcando el límite de los países de ensueño. Un rey de alba vestidura mantenía entre sus manos exangües la copa de la redención. Y yo pensaba que, sin duda, aquel aparato debía impresionar profundamente a las damas graves e inmóviles de que había oído hablar. De pronto, una charla o, mejor dicho, un gorjeo que llegaba

a mis oídos desde el palco vecino sorprendiéndome sobremanera.

—Yo las azules—murmuraba una voz.

—Yo las rojas—respondía otra.

¿Creéis que era de los esmaltes del templo de lo que se trataba? ¡Ay!... Era de las pelucas de color. Esto podrá ser muy doloroso para los wagnerianos, esto podrá dar a los hombres serios una nueva prueba de la universal y eterna frivolidad femenina. Pero confieso que para mí fué como un consuelo, como un descanso, como un alivio. La idea de las muñecas impecables e impasibles, de las muñecas argentinas hechas para enseñarse y no para vivir ni para reír, desvaneciase en un instante. Entonces, ya sin miedo, presté una atención indiscreta a lo que en otro palco se murmuraba, y me enteré, por la charla irreverente de unas cuantas muchachas vestidas como modelos de modisto, de que el *Fausto* anunciado habría sido más grato a casi todas las porteñas que el *Farsifal* dado. «¡Qué aburrido ché!»—exclamó una. Y otra, bajando la vista, murmuró: «Ahí está Luisito... ¿qué me importa, pues, wagner?»...

\* \* \*

Pero fué el entreacto, el primero de los entreactos, lo que para mí constituyó el verdadero espectáculo de la noche. ¡Qué luz!... ¡Qué esplendor!... ¡Qué lujo!... Todos los esmaltes y todos los oros de las decoraciones palidecían ante aquel derro-

che de matices vivos. Y no era un alarde de joyas, no; no era una riqueza fácil y de gusto dudoso lo que constituía tal iluminación. Menos pedrerías creo haber visto en la formidable sala que en cualquier teatro de Montmartre. Eran los esmaltes frescos de las mejillas, eran los alabastros de las manos, eran los zafiros y las turquesas de las pupilas, eran los mármoles de las gargantas, y eran, además, los áureos reflejos de las cabelle- ras rubias, y las sombrías madejas de las cabelle- ras negras, y eran, en fin, las gasas, los tules, los encajes, lo que en realidad hacía el cuadro mil veces más grandioso, y más gracioso, y más rico también, que todos los que hasta entonces había yo visto.

\* \* \*

¿Era una alucinación? Tal vez. Pero sinceramente llegué a creer que ni en la Opera, de París; ni en el Real, de Madrid; ni en el Covent Garden, de Londres; ni en ninguna parte, nunca, pero así, nunca, tan bello, tan inmenso florecimiento había animado ante mis ojos las clásicas *corbeilles* de un teatro. Todo era impecable, y al mismo tiempo todo era amable. ¿Dónde estaba la inmovilidad, la impasibilidad temida? A decir lo cierto, ni siquiera una seriedad excesiva notábase. Como en el jardín de otro ensueño wagneriano, las flores se animaban, las flores vivían, las flores sonreían. Un grande y discreto y dulce soplo hacía



ondular los tallos de mil matices sobre el fondo rosa de los cortinajes y el oro grave de las molduras. Era la vida, era la noble vida de todo un universo femenino.

Y por una especie de milagro que honra a los argentinos, hubiérase dicho que los hombres se habían puesto de acuerdo para desaparecer, poco a poco, hasta no dejar en los palcos sino los ramilletes de damas color de abril, de damas flores, en el gran panorama que habría hecho larga y místicamente palpitar el alma del caballero Lohengrin. ¿Era alucinación?...

\* \* \*

Yo me pregunto, no obstante tantos esplendores, si más tarde, cuando de nuevo en mi rincón parisiense evoque, con algo de nostalgia, las noches argentinas que ahora estoy viviendo, si será la del Colón, con sus lujos maravillosos, con su fasto implacable, con su brillo casi inverosímil, la que más gentilmente me hablará de Buenos Aires. Porque, aun siendo menos vasto y menos rico, el cuadro que vi la noche anterior al asistir al *début* de María Guerrero y las sensaciones que allí experimenté durante los minutos, demasiado cortos, de los entreactos, me quedan en el recuerdo entre lo más grato de mi vida porteña.

Que mis buenos amigos Fernando Díaz de Mendoza y Eduardo Marquina me perdonen, en efecto; pero de los dos espectáculos odeónicos, el más

sublime no es el que se representaba en las tablas, a pesar del genio de María Guerrero, a pesar del encanto de Carmen Moragas, a pesar de los pesares, en fin, sino el que se daba en la sala, en los palcos, entre las luces que sólo se encienden cuando las del escenario se apagan. ¡Ah! ¡Y cómo comprendo ahora esta costumbre de representar a oscuras los dramas, venida, según dicen, de Escandinavia, y que hasta ayer me había parecido, en España, un poquito absurda! Pudiendo ver esos rostros deliciosos, esas sonrisas seductoras, esas frentes olímpicas, esos talles finos y felinos; pudiendo seguir en esas pupilas luminosas las impresiones que causan las peripecias de una tragedia en un alma primaveral; pudiendo embriagarnos con la exquisita gracia dispersa de tantas gargantas adolescentes, pienso ahora que probablemente ni aun la fuerza de Esquilo bastara para obligarnos a no apartar los ojos de la escena. «Tú, que distraes al santo en sus fervores—dice a la blanca Pazmela un asceta—, tú, la que siendo pura haces pecar, maldita seas.» Y yo, a las niñas morenas que brillaban cual iconos de esmalte en la penumbra de un palco, a dos pasos de mi butaca, las digo: «Sed benditas, hermanas, aunque me hayáis hecho cometer el pecado de no enterarme de lo que son los *Pecados del Rey*; sed benditas, aunque me hayáis impedido ver con la devoción de otros días a la sublime y gorjeante María la Candada; sed benditas, aunque hayáis perturbado mi pobre ánimo; sed benditas, porque

me dejáis, para enriquecer el museo de mis visiones, algunas divinas imágenes inmarcesibles.»

\* \* \*

—Y lo extraordinario es que estos seres, que podrían contentarse con ser ídolos, se dignan tener espíritu e ingenio y ser curiosas de todo lo artístico, de todo lo intelectual, de todo lo bello...

Esto ya no lo digo yo. ¿Cómo, sin ser mago, habría de adivinarlo? Esto me lo dice un hombre eminente que debe saberlo. Y este hombre agrega:

—Entre nosotros, las mujeres son superiores a los caballeros, por razones de educación...

—Como en el resto del mundo—voy a contestarle; pero, temiendo una discusión que me distraiga de mis devociones femeninas, callo y contemplo.

\* \* \*

¡Oh, cuadro encantador!... No se ve una figura que parezca tener más de veinte años; no se distingue una sola boca crispada; no se advierte una arruga, por prematura que sea. Yo me sirvo, algo impertinentemente, de unos gemelos prismáticos que me ha prestado un vecino y que me permiten examinar los más nimios detalles. Gracias a ellos descubro, al fin, en el fondo de los palcos a las damas maduras, que deben ser las mamás.

¡Con cuánto pudor se esconden detrás de sus lindas hijas adolescentes! Y pienso en el buen tirano que en Madrid y en París podría, inspirado en esta costumbre, dar una ley ordenando que en todos los teatros parisienses y madrileños se hiciese lo mismo.

—Mi amigo me dice:

—¡Si hubiera usted visto esto hace algún tiempo, cuando sólo nuestra aristocracia ocupaba los palcos!... Entonces sí que podía decirse que no había nada tan distinguido en el mundo.

—Pero, ¿y ahora?—le pregunto lleno de estupefacción.

—Ahora—me contesta—todos nuestros grandes teatros comienzan a ser invadidos por las nuevas capas sociales, que ni en gustos, ni en modales, ni en belleza, pueden compararse con las antiguas. En el Colón, sobre todo, nótase este cambio. Hace todavía cinco o seis años, en las noches de abono, era aquello una verdadera reunión de familia. ¡Ah! Entonces sí hubiera usted comparado cada palco con un estuche de joyas de alto precio... No había sino ojos negros, caras pálidas, cuerpos altos, gargantas admirables, cabelleras de azabache... ¡Y qué recato en todas partes!... ¡Qué silencio tan absoluto durante los actos!... ¡Qué majestad en los movimientos!... Véíase que aquellas eran niñas nacidas en casas patricias y criadas en un medio ambiente de cortesía, de buen gusto, de tacto, de tono, de lujo, de orgullo y de virtud... Hoy, ya usted ve...

## EL ENCANTO DE BUENOS AIRES

—Yo no veo sino grupos exquisitos de muchas enloquecedoras...

—Eso es... enloquecedoras; está bien dicho... ¿Y sabe usted cuáles son las que enloquecen con sus miradas llenas de languidez exótica, con sus labios demasiado rojos, con sus cabelleras teñidas de rubio, con sus talles frágiles y nerviosos?... Pues las intrusas, las que no tienen raíces en nuestro país, las hijas de los emigrantes recién enriquecidos, las que en sus casas oyen todavía hablar italiano, o alemán, o ruso; las que están acostumbradas a no darle importancia sino al lujo, al negocio, a la riqueza, a la vanidad, al oro... Se visten bien, sin duda... Son ricas, son coquetas, van a París todos los años... Pero no tienen la «manera», no, ni tienen tampoco la belleza criolla... Vea usted este suelto de un diario de anoche: «¡Cuánta gente rica! Es la expresión sincera que arrancaba la sala de Colón al espectador del año. ¡Cuántos desconocidos! El abono ha sido tan sólo una tasación. El gremio de la gente adinerada ha usado de él como un talón para entrar; pero no le ha podido servir para presentar a sus poseedores a la consideración de aquel conglomerado ilustre, descendiente de nuestros patricios, las gentes de abolengo, los apellidos históricos, que llenó la sala del teatro de Cano.» Ya usted ve... Y esto, que a los forasteros no les choca porque aun admirándonos siempre nos creen algo rastacueros en el fondo, nosotros lo vemos con melancolía. Aquí, esta noche de es-

treno, yo no podría citarle a usted los nombres de la mitad de las familias que ocupan los palcos. A cada instante mis ojos descubren una fisonomía nueva. «¿Serán extranjeras de paso?», me pregunto. Pero no lo son. Son las metecas invasoras, conquistadoras y dominadoras. Son las enriquecidas de la víspera; las que acaban de llegar de Mendoza, de Tucumán, de Santa Fe, de cualquier ciudad de provincia en la que sus padres han hecho, sin escrúpulos, fortuna.

—¿Qué importa, si son bonitas y elegantes?  
—le digo.

—¡Claro! — murmura mi amigo —. A usted no le importa... A nosotros, los argentinos, sí...

—Pero si eso pasa en todas partes.

—Sí... Sólo que en otras ciudades la promiscuidad termina en el teatro, en el paseo, en la playa de moda. Una vez en sus casas, las diferentes clases sociales recobran su rango. Entre nosotros, donde el dinero representa la más poderosa palanca, el palco del Colón y del Odeón son el primer paso de las *parvenues* para mezclarse con nuestra aristocracia... Dentro de un año, todas las que hoy no conocen a nadie traerán en sus automóviles a las niñas de las familias más ilustres (1).

\* \* \*

(1) Estas palabras constituyen una profecía que se ha cumplido. Hoy no hay argentino que no proclame, lleno de pena, una visible decadencia en la elegancia femenina. Los seis años de guerra han creado una nueva generación de millonarias que ya no han tenido la influencia educadora de París para formarse. ¿Será éste un mal pasajero?... — (Nota de 1921).

Para poner fin a la charla, me callo. ¿Qué importancia puede tener, en efecto, que algunas de estas mujeres sean simples *parvenues*, si saben serlo con hermosura, con gracia, con elegancia?... Renan dijo que la belleza es una virtud. Yo querría decir a mi amigo que también es una aristocracia. Mas, en el temor de provocar nuevas amargas reflexiones de su parte, me callo. Y en silencio, sibarita, me embriago con el perfume de voluptuosidad adolescente que llena la sala.





## LAS SOLTERAS Y LAS CASADAS



ASTA hace poco tiempo, cada vez que alguien me hablaba de la mujer argentina, y de su belleza morena, y de su virtud famosa, y de su elegancia exquisita, yo no pensaba sino en las damas que en París representan gloriosamente a Buenos Aires; y creyendo haber encontrado una fórmula gráfica para expresar una verdad evidente, decía:

— Es una española educada en el Sacré Cœur y vestida en la rue de la Paix...

Mas ahora que he tenido el honor insigne de verla de cerca; ahora que he respirado con respetuosa voluptuosidad el aroma ligero que su cabellera exhala; ahora que, por una gracia especial, debida, sin duda, a mi carácter de confesor laico, he oído algunas de sus confidencias, ya mi

frase resulta, si no falsa del todo, por lo menos algo pueril y algo presuntuosa. ¿Española la argentina? De española tiene, sin duda, los ojos, la palidez mate, el talle nervioso, el hábito de la esclavitud matrimonial y las manos finas... Sólo que, en cuanto uno se acerca un poco, nota que, aun en lo puramente exterior, hay diferencias. Contemplad, en efecto, a las muchachas que ocupan las tribunas del Jockey Club en las carreras, un día de gala, y os sorprenderá el número de cabelleras rubias. Vedlas luego andar por las alamedas de Palermo y notaréis que la elegancia de que todas hacen gala, y que no es sólo una elegancia de trajes, sino de maneras, de ondulaciones, de gestos, no tiene nada de andaluza, ni menos aún de castellana. Y o mucho me equivoco, o en lo moral y en lo sentimental pasa lo mismo. La luminosa gallardía del alma hispana matízase aquí, merced a una educación más refinada, de mil reflejos cambiantes, de mil matices translúcidos.

—Esas son las apariencias—me dice alguien.

Puede que sí... Pero ¿qué es la gracia social sino una apariencia? Muy en el fondo, muy en el fondo, es probable que entre la polaca de ojos de agua y la turca de ojos de fuego no exista diferencia ninguna. Son los detalles de cultura, las menudencias en el modo de comprender los problemas morales, las suavidades más o menos exquisitas al hablar, la mayor o menor coquetería, lo que establece la originalidad del tipo. Y en este

sentido, la argentina, o, mejor dicho, la porteña soltera y de familia distinguida (1) tiene ya un relieve que le permite ser reconocida en todas partes del mundo.

Y si no me refiero sino a las solteras es porque casi puede decirse que son las que componen la verdadera sociedad elegante de Buenos Aires. Después de la norteamericana, despótica reina del hogar, la *jeune fille* más mimada, más atendida, más festejada y más envidiada, es la criolla. «Este país—escribe Jules Huret—está considerado cual el paraíso de las niñas casaderas.» Entre los diez y seis y los veinte años, en efecto, una muchacha de la buena sociedad se halla aquí en la verdadera época de su independencia y de su felicidad. Todo en el seno de su familia parece hecho para halagarla. Las fiestas se dan para que ella luzca sus galas y sus encantos. Ella manda, ella dispone; a veces, ella tiraniza. Ella, libre, altiva, vive entre nubes de incienso. Y, sin embargo, en lo único en que la incauta sueña es en perder su cetro de princesa para dejarse atar al carro de Himeneo.

\* \* \*

La primera noche que asistí a una representación en el teatro de la Ópera hube de observar el cuadro encantador que presentan los palcos, al parecer sólo poblados de muchachas.

---

(1) Hoy más que nunca, a causa del alud de las nuevas ricas, hay que decir: «y de familia distinguida»...

—¿Aquí no hay mamás?—pregunté.

—Sí—me contestaron—, sí las hay; pero no ocupan las delanteras, como en Europa, sino que abdican en favor de sus hijas.

Luego, al conocer mejor la sociedad argentina, he notado que no sólo en el teatro abdican las madres. En cuanto una mujer se casa, hay en ella algo como un gran renunciamiento, como un don de toda su voluntad, de toda su coquetería, de toda su personalidad. El hombre en América, lo mismo que en España, es un árabe en cuestiones de amor. Sariniento, en Argelia, creía ver a cada instante en los bellos caballeros del desierto el rostro y la apostura de los jinetes de la pampa. Por mi parte, es en los caballeros de la ciudad, en los más finos, en los más cultos, en quienes descubro, apenas toco el tema del amor, un destello de ferocidad musulmana. Y no se necesita ser gran psicólogo para penetrar en este secreto nacional. El mismo Clemenceau, con sus setenta años, notó que, en cuanto se quedaba solo con una señora, el marido de ésta acudía a interponerse entre ambos. Y otro viajero que no es francés, sino español, lo que debiera hacerlo menos severo para juzgar esta idiosincrasia criolla, escribe: «El argentino, en su hogar, por más fórmulas que emplee, siempre es el señor y amo, el dueño celoso, el tirano omnipotente, y la mujer, por lo general más culta que él, se inclina ante esta realidad por una sumisión atávica que le viene, a través de nuestra España, de la vieja

morería.» ¿Hay exageración en esto?... No me dirijo a las veinte o treinta damas que viajan y que, a fuerza de energía, han conseguido una independencia como la de las mujeres francesas, alemanas o rusas, no; esas son, por ahora, excepciones. A las que hago mi pregunta es a las infinitas mujeres que viven encerradas en sus jaulas de oro de Buenos Aires, y que, cuando salen, sienten siempre los dos ojos vigilantes del que las cuida con la constancia escrupulosa de un guardián de tesoros.

\* \* \*

Yo tuve el honor de ser invitado a cenar hace pocas noches en casa de un antiguo compañero del Barrio Latino, que es hoy uno de los médicos más distinguidos de Buenos Aires.

—Vivo con mis suegros—me dijo—, porque una de mis cuñadas, la mayor, está siempre enferma y no puede separarse de mi mujer. Para que veas un verdadero hogar argentino, hemos invitado también a las otras dos cuñadas, ya casadas, y a sus maridos. En fin, con decirte que seremos unas quince personas en la mesa...

Cuando, a las siete en punto, como estaba convenido, me presenté en la deliciosa casa de Belgrano que habita mi amigo, una institutriz francesa, muy elegante, ponía flores en los jarrones del salón.

—Excuse usted a las señoritas—me dijo—; pero

están un poco atrasadas... El doctor va a llegar en seguida...

Me senté ante un retrato de Boldini que representa a una encantadora morena de inmensos ojos ojerosos y de labios encendidos como las llamas. «¿Qué puede hacer aquí esta imagen del pecado?», pensé, extasiándome ante aquella tela tan terriblemente parisiense.

De pronto un ruido ligero me hizo volver la vista. Una puerta acababa de abrirse. Mas no era mi amigo, ni eran sus cuñadas quienes acudían. Eran unos cuantos chiquillos de cinco o seis años, todos igualitos, todos risueños, todos curiosos, que me miraban con simpatía y extrañeza.

—Venid—les dije, yendo hacia ellos.

En el acto todos salieron corriendo como pájaros asustados.

Mi amigo llegó en aquel mismo momento, y para hacerme, sin duda, pacientar, me enseñó las obras de arte amontonadas en su salón.

—Mira una cabeza de cera de Zonza Briano, tu escultor... y aquí, para que no se me acuse de parcialidad, un busto de bronce de Irurtia... Este es un Rohegrosse... ¿lo reconoces?... Es uno de los más luminosos del gran pintor... Este es un Anglada, una maravilla, ya lo ves, una vista de España.

—¿Y esto?—le pregunté, señalando el lienzo de Boldini.

—¡Ah, sí!... Es mi mujer antes de casarnos... Ya la verás... Ha cambiado... Los chicos... ¡Fi-

gúrate que llevamos siete años juntos y que ya poseemos cuatro herederos!...

Un momento después, en la mesa, yo había buscado en vano a la dama del retrato. La esposa de mi amigo, muy bella aún, tenía, no una expresión de pecado, no, sino un aire de languidez perezosa. Su hermana la enferma, viuda según supe después, era una imagen del luto y del silencio. Las otras dos hermanas casadas parecían indiferentes a todo y a todos. En cambio, las dos solteras, muchachas de diez y ocho y veinte años, llevaban en los ojos toda la luz de las ilusiones y en los labios toda la miel de los deseos. Estas eran las únicas que hablaban, las únicas que parecían enteradas de las cosas, las únicas que demostraban tener opiniones, ideas, voluntad, vida.

Yo no había visto nunca ni a aquellas damas, ni a sus maridos, ni a los novios de las más jóvenes... Mi amigo no me había hecho jamás la menor confidencia sobre su familia... Y, sin embargo, experimentaba la sensación extraña de conocer a todas las personas que me rodeaban. ¡Qué digo! Hasta la historia de cada una de ellas sabía. Las casadas llevaban una existencia retirada y monótona, sin más paseos que los obligados a Palermo, en el fondo de un automóvil, en compañía de sus hijos. Sus maridos, con excepción de mi amigo, eran muchachos ricos que se pasaban el tiempo en el Club y que, de vez en cuando, para hacer ver que ellos eran los amos, los tiranos, los dueños, tenían una pequeña aventura ga-

lante que hacía algún ruido. En las mejillas de la mayor veíanse recientes huellas de lágrimas... Los dos hermanos, dos chicos fatuos, afeitados, con el pelo muy lustroso, echado hacia atrás, no pensaban sino en casarse con dos niñas muy ricas, muy ricas... Uno de ellos creíalo ya todo arreglado. El otro, Enrique, encontrábase con el inconveniente de que el papá de su novia, un italiano millonario, no tenía gran fe en él.

«¿Dónde — preguntábame —, dónde he entrado yo así en la intimidad de esta familia?» Y por más esfuerzos que hacía no lograba explicármelo.

«No — me decía —, no es cierto, no los conozco.»

Pero en seguida, en una sonrisa, en una mirada, en un gesto, veía que sí los conocía a todos, y que los conocía a fondo. «¿Cuándo os casáis?», estuve por preguntar a las solteras. La mayor de las dos, muy bella, muy clásicamente bella, tenía un novio algo extraño, que aún no la había hablado claro de amor y que, sin embargo, todos consideraban como su futuro esposo. Era un muchacho tímido, rico y de ilustre familia. La menor, enamorada de un empleado público, sólo esperaba el permiso de su madre para casarse...

Ciertas frases hacíanme ver que todo aquello era cierto. No obstante, yo seguía, inquieto, interrogándome interiormente y diciéndome: «¿Es en otra vida donde así he penetrado en las intimidades de la familia de mi amigo?...» Y de tal modo llegó a obsesionarme tal idea, tal convic-



ción, mejor dicho, que cuando, algo más tarde, el doctor me acompañaba hacia la avenida de Mayo, le pregunté:

—¿Hay muchas familias como la tuya aquí?...

—¿Como la mía?—exclamó—. ¿Como la que acabas de ver?... Yo creo que todas, en Buenos Aires, todas, todas, son más o menos iguales... ¿Conoces tú alguna otra?...

—No... nada más que la tuya...

En aquel mismo momento, cual un relámpago, pasó por mi memoria el lugar en que había visto antes a las mujeres y a los hombres con quienes acababa de cenar. ¿Y sabéis dónde era? Entre las páginas de una novela criolla que se titula *Stella*...

\* \* \*

Una cosa me chocó en la realidad, cual antes me había chocado en la novela de César Duayen, y es la docilidad con que una niña argentina pasa de la gran independencia de la vida de soltera a la gran sumisión de la existencia conyugal. Porque las argentinas son, quizás, las que con más absoluta independencia disponen de sí mismas cuando se trata de elegir. Hay en una preciosa obrita de José Luis Cantilo una escena significativa que de seguro chocará a las *jeunes filles* francesas que la lean. Cierta tarde de moda en el Plaza-Hotel, las señoritas Rodríguez Azara ocupan su sitio acostumbrado en el vasto *hall* del té y de la orquesta. De pronto un amigo de ellas acércase al gracioso

grupo y, llevándose a la menor, Clarita, a un canapé, «al abrigo de las curiosidades indiscretas», comienza a hablarla de amor como de la cosa más natural del mundo. Aquí, para no pecar de exagerado, quiero dejar la palabra al delicado psicólogo que nos refiere la aventura:

«Emancipado por fin el joven—dice—no agotaba el tema. Se esforzaba en explicar a Clara cómo y por qué la quería; luego, sin mayor transición, hablaba de sí mismo; se pintaba tal cual deseaba ser, creyendo pintarse tal cual era, y concluía con una visión de porvenir en que por anticipación la incluía a ella.

—Mi posición me permitirá hacerla feliz; será usted como una reina.

Clara no atinaba a ordenar sus impresiones. Una emoción natural y diversa la poseía, hecha de incertidumbre, de satisfacción y de recelo.»

Ya lo veis... En este país, donde una mujer casada, según la opinión general, es casi una reclusa que no tiene derecho a hablar a solas con un hombre, ni a recibir visitas de amigos, ni a salir por las calles a pie sin una acompañante; en este país algo árabe para la esposa, la soltera disfruta de más libertad moral y sentimental que en Francia, y lo hace con un desparpajo que sólo las señoritas de Nueva York llevan más lejos aún.

¿En qué consiste este contraste entre la vida *ante* y la vida *post* himeneo!

—En que lo único importante es encontrar marido—dicen algunos.

Y esto, a fe mía, parece cierto. Toda la existencia de las familias, con su diplomacia y sus luchas, con sus alternativas de entusiasmo y de desesperanza, con sus despilfarros y sus aparatos de vanidad, se concentra alrededor de la grande, de la única idea, que es el matrimonio de los hijos. La casa entera se ocupa y se preocupa de ello. El padre, la madre, los hermanos, los parientes, los amigos, todo el mundo, en fin, toma parte en la cacería matrimonial. Las envidias y los rencores sociales, las enemistades, las intrigas para sobresalir, hasta la ruptura entre allegados, vienen, por lo común, de las peripecias de los noviazgos contrariados. Leed una novela criolla y veréis que nunca falta la obsesión casamentera con su terrible cortejo de complicidades, que si no fueran, como lo son, ingenuas y casi patriarcales, chocarían en una sociedad cual la argentina.

Lo único que ennoblece estos cuadros algo caricaturescos es la libertad de las muchachas. Y no me refiero a la libertad que las permite oír declaraciones en un sitio público, no, sino a la grave, y noble, y bella libertad de rechazar los partidos que no gustan a su corazón, aun en los casos en que la familia está empeñada en la realización del casamiento. Cuando una señorita porteña dice «no quiero», ya la mamá sabe que es inútil insistir. Y así, si la cadena es pesada, la que la lleva tiene, por lo menos, el consuelo de pensar que nadie se la impuso.

\* \* \*

Lo que a mí me deja perplejo cuando reflexiono en ello es que las deliciosas argentinas, que han sido educadas en todos los refinamientos de la cultura moderna, que han viajado, que conocen la existencia de las mujeres europeas, puedan tan de buen grado convertirse apenas se casan en las silenciosas y casi solitarias damas de quien todos hablan con admiración algo irónica. ¡Y si a lo menos tuviesen estas esposas, cual las españolas y las árabes, la consciencia modesta de su inferioridad ante el marido!... Pero no sólo no es así, sino que todas ellas están desde el primer momento convencidas de que son, intelectual, espiritual, material y moralmente, muy superiores al hombre que han escogido para dueño. En una encuesta abierta por la revista *Nosotros* para tratar de saber si la mujer es en Buenos Aires realmente superior al hombre, se ha visto que todo el mundo ha contestado de una manera afirmativa. He aquí una de esas respuestas típicas:

«Hay aquí, en la Argentina, mucha gente rica que ha empezado su carrera (de ganancias) con un principio humilde y hasta en extremo pobre. Todas las mujeres, salvo raras excepciones, que yo conozco de ese otro mundo que el nuestro son más cultas que los hombres. Ellos hoy son comerciantes, han ganado mucha plata. Ellas han adelantado, han cultivado su espíritu hasta donde sus alcances les han permitido; leen.

Ellos saben sacar cuentas, sobre todo de multiplicar, enfilando números gordos; están al co-

rriente del movimiento de Bolsa y qué precio han alcanzado en Amberes los rollizos de quebracho; pero... sus espíritus están en la misma envoltura opaca, que no permite llegar hasta ellos un rayito de luz que ilumine esas tinieblas...

Paseando una vez por una de *las estancias* de uno de estos, íbamos admirando la esplendidez de los campos, y él, el señor del cuento, dijo con énfasis, creyendo hacer una comparación de dejarnos admirados de su talentazo: «Miren ese cielo tan azul y ese campo ¡verde como un azabache! ¡Auténtico!»

Y esta respuesta, escrita por un hombre, es una de las más suaves. Otras hay en la encuesta de *Nosotros*, muchas otras, que llevan firmas femeninas y en las cuales se afirma con mayor energía y con más cruel ironía la diferencia entre la educación del joven y la de la joven.

\* \* \*

A decir verdad, aun sin necesidad de encuestas, todos nos damos cuenta, cuando tenemos el honor de tratar, en Buenos Aires, a algunas familias distinguidas, de esta superioridad femenina.

—¡Qué quiere usted! —murmuran, resignados, los hombres—. Ellas llevan una vida que las permite leer mucho, mientras nosotros, apenas llegamos a los diez y ocho años, ya comenzamos a pasarnos la mitad de la existencia en la calle... Ade-

más, nosotros, si somos estudiosos, nos consagramos a las especialidades de nuestras carreras y no tenemos tiempo de formarnos culturas de adorno, de las que sirven para brillar en sociedad.

Sea por lo que sea, lo cierto es que, mientras los hombres verdaderamente intelectuales, de una intelectualidad amplia y refinada, componen una *élite*, las mujeres—o, mejor dicho, las niñas—, que pueden hablar de todo y hasta sobresalir con su delicadísimo diletantismo cosmopolita, son innumerables. No sé si es Clemenceau quien cuenta que un día, en un almuerzo, un diplomático alemán dijo:

—Señoras: yo hablo muy mal el castellano... En cambio, creo hablar bastante bien el francés y el inglés, sin contar mi lengua...

—Pues hable usted cualquiera de las tres, lo mismo nos da—le contestaron a coro las señoritas presentes.

Si no todas, muchas porteñas de buena familia pueden decir lo mismo... Y todas, sin excepción, conocen a fondo el francés, y en francés hablan a menudo y en francés leen casi siempre. Y no vayáis a creer que sólo son novelas lo que leen. En muchísimas ocasiones, durante las cuatro semanas que llevo en Buenos Aires, me he sentido *épaté*, así, como suena, al notar la variedad de los conocimientos literarios y artísticos de las muchachas que más superficiales parecen. Pero lo que *épatá* más que esa gentil sabiduría es el tino con que todas saben administrarla para huir del ho-

rrible, del insoportable, del detestable pedantismo. ¡Ah! No es aquí, no, no es en estos salones gorjeantes donde nos exponemos a encontrarnos con la peligrosa discípula de Bergson, que entre dos vales nos pregunta austeramente lo que pensamos de la evolución creadora.

Muy femeninas siempre y muy exquisitas en todos sus actos, las argentinas saben poner hasta en lo grave, hasta en lo árido, una delicadísima coquetería. Esto se nota en las frecuentes discusiones suscitadas por las obras teatrales que representan las *troupes* francesas, españolas e italianas. La plática comienza siempre en términos frívolos, en los cuales los trajes de las actrices ocupan un lugar preferente. Pero poco a poco el tono sube, el análisis se torna muy sutil, las ideas generales se abren camino... Un paso más, y todas caerían en el escollo de lo solemne. Sólo que antes de ese paso las lindas damiselas se detienen y, entre sonrisas, vuelven hacia el punto de partida, como si nunca hubieran querido alejarse de los trajes ni de las frivolidades.

Es en estos momentos justamente cuando la idea de la española vestida en la rue de la Paix y educada en el Sacré Cœur se desvanece para obligarnos a reconocer un tipo nuevo de *jeune fille* que, poseyendo encantos físicos que pueden siempre tener mucho de españoles y encantos espirituales que proceden, sin duda, de París, goza ya de una indiscutible originalidad seductora. Y lo extraño, lo milagroso, es que esta *jeune fille*, que

ha nacido y se ha creado en un medio en el cual los más visibles defectos son el amor desafortunado de las riquezas, el desdén de la cultura desinteresada y lo que aquí se llama «la parada», logre realizar, con su elegancia exterior e interior, el tipo perfecto de la discreción. Todo en ella, en efecto, revela el instinto de la medida, de la armonía, de la delicadeza, del matiz. Su charla como su *toilette*, sus maneras como sus miradas, indican una espiritualidad aristocrática (1).

\* \* \*

---

(1) Claro está que yo no me refiero, en estas notas, sino a la *élite* femenina, a la aristocracia del dinero, mejor dicho. Además de ella, hay en Buenos Aires una clase femenina mucho más numerosa, y tal vez mucho más interesante, que es la de las burguesitas pobres y también las obreritas. En *La Razón* encuentro un cuadrado muy expresivo de la existencia actual de estas muchachas sin fortuna. Helo aquí:

«Los que por necesidad o placer ambulan en las calles de Buenos Aires en las primeras horas de la mañana, habrán notado la extraordinaria concurrencia femenina que las llena. Millares de mujeres —jóvenes, generalmente— con la prisa a que obliga el tiempo contado por minutos, se lanzan a la calle y desde todos los barrios combinan sus tranvías. En las mañanas de lluvia el paso es más vivo, porque el tranvía tarda más. Envueltas en sus impermeables o cobijadas bajo sus paraguas, desaffan el agua y las molestias del tiempo.

Es la legión de las mujeres que trabajan. Crece día por día. Modestas, dirijense al taller, donde poco a poco van reemplazando todas las labores del hombre. Más elegantes en su sencillez que las hijas de París, otras concurren a ocupar sus puestos en las tiendas, en los escritorios, en los Bancos, en los comercios o en las oficinas públicas. Previamente, por las noches, han seguido en las academias, de las que la ciudad está llena, un curso de dactilografía, de idiomas o de taquigrafía. Conocen el manejo de la partida doble en la teneduría de libros, y, posiblemente, tienen más experiencia en las operaciones de cambios que en la lectura de novelitas de amor.

La evolución es profunda. Años atrás—no hablamos de historia antigua—la mujer vivía en Buenos Aires en una reclusión de hogar seme-



—¿Cómo se explica usted—me dice un amigo—que esta porteña, que conoce su superioridad sobre el hombre de su país, acepte, una vez casada, las leyes sociales que le quitan su independencia?...

A muchas argentinas, solteras y casadas, las he hecho con mil miramientos esta misma pregunta. Todas han sonreído y se han callado. Sólo una, una que no es ni casada ni soltera, una viuda de treinta años, me ha dicho:

—Vosotros, los hombres, tenéis una idea muy falsa de nuestras necesidades sentimentales. Se os figura, en primer lugar, que un caballero, para hacerse amar de una mujer culta, necesita tener cualidades espirituales e intelectuales. Esto es una tontería. Lo que deseamos todas, todas, to-

---

jante a la del gineceo de los griegos. Para su porvenir económico no existía sino una perspectiva: el magisterio. Más o menos en esa época un conocido escritor decía de España que en aquella tierra la mujer no podía ser sino dos cosas: cigarrera o reina. Por el mismo tiempo, en nuestra ciudad los institutos de mayor clientela femenina eran aquellos en los que se enseñaban meras artes de adorno: pintura, música, declamación.

Ha impuesto la vida normas nuevas, y conceptos más serios se están generalizando. El reinado de la inocua frivolidad toca a su término, porque se quiere que la existencia sea grave y no trivial. La «figulina de biscuit» no pasa de ser una metáfora propicia para el verso. La mujer que trabaja y que aspira a llevar su aporte monetario a la familia, constituye el símbolo—y no prosaico, por cierto—de la nueva sociedad argentina.

Un nuevo tipo social de familia se está creando, en Buenos Aires al menos, y no es aventurado afirmar que su influencia será grande. La aparición en vasta escala del tipo de la mujer que trabaja—rodeada hoy de un máximo de respeto y consideración—constituye el factor principal de la evolución indicada.»

das, es un hombre que nos guste, aunque no sepa ni leer ni escribir. En la escala de las seducciones, el valor personal, las habilidades deportivas y la elegancia, tienen, por lo común, más precio que el talento. Claro que siempre, aun en la familia-tipo de *Stella*, hay algunas excepciones, y que ciertas muchachas prefieren un intelectual sin galanura a un galán sin cerebro. Pero esto, aquí lo mismo que en la China, es la excepción... Y en cuanto a nuestra esclavitud tan glosada, puede que no sean siempre nuestros pobres maridos quienes nos la impongan. Hay en nosotras mismas, no sé por qué singular atavismo árabe o español, un amor del hogar que nos invade el alma apenas nos casamos. Y como somos celosas por naturaleza, y como sabemos que nuestros maridos lo son también, nos esforzamos por evitar toda ocasión de herir sagradas susceptibilidades. A esto se le llama la virtud argentina. ¿Es virtud realmente? ¿Es más bien pereza, horror de la lucha, miedo del escándalo?... Nadie podrá jamás decirlo. Lo cierto es que para huir de las murmuraciones, tal vez también de las tentaciones, vivimos, en efecto, en una reclusión que espanta a las francesas y que indigna a las norteamericanas. Pero así somos felices, y no nos cambiamos por ninguna otra mujer del mundo...

—Pero usted—le pregunto—, usted que es libre, joven, rica, bella, ¿no se siente más dichosa que cuando su marido le hacía vivir encerrada, sin poder recibir amigos ni salir sola a su antojo?...

—Yo — murmura —, yo... ¿Quiere usted que le diga la verdad?... Yo suspiro por mis cadenas, como los españoles del tiempo de Fernando VII...

Y ahora, pensando en esto, recuerdo las confidencias de una dama árabe que declaraba solemnemente a un parisiense, espantada, que no hay en el universo suerte comparable a la de las moradoras de los harems... Y así la explicación que antes buscaba en razones de psicología la encuentro, al fin, en el eterno arcano del alma femenina...



## PERFILES DE HOMBRES

### La "élite".



EN las calles de Buenos Aires—dice Jules Huret—no he visto ancianos.»

Yo tampoco los he visto. Ni los he visto en el seno de las familias, ni siquiera en las oficinas públicas, que en todas partes son feudos para la vejez.

—¿Qué hacéis con vuestros abuelos?—he preguntado a alguien.

Y me ha contestado:

—¡Pero si estamos invadidos por ellos!... Vea usted el número de personas de más de cincuenta años que todavía figuran en la política...

Aquí cincuenta años es la edad de los apóstoles, de los que ya han terminado su obra, de los que casi han entrado a figurar en la Historia. Joaquín González, el creador de la Universidad de

la Plata, debe tener cincuenta años. Pero va uno a la Casa de Gobierno y pregunta por el ministro de Relaciones exteriores. Y se encuentra con un joven de treinta y tantos años... Y va a la Intendencia y pregunta por el intendente. Y se encuentra con un hombre que aún no ha cumplido los cuarenta... Y va a la Dirección del periódico más importante y pregunta por el director. Y se encuentra con un caballero de treinta y pico de años... Y pregunta uno: «¿Qué edad tiene vuestro embajador en Madrid?» Y le contestan: «Unos treinta y siete años...» Y en un paseo se encuentra con un mozo garrido que a lo más representa la edad necesaria para ser elegido diputado... Es el presidente del Congreso... Y se informa uno sobre ese famoso Lugones, de quien se habla desde hace veinte años. Y oye que le responden: «Un chico de treinta y siete o treinta y ocho años.» Y pregunta por el sabio Ingegnieros, cuyos libros se leen en las Facultades europeas. Y le dicen: «No pasa de los treinta y cinco.» Y va a un Banco, y al ser recibido por un mozalbete le dice: «Es al director a quien...» Y el mozalbete, con aire natural, exclama: «Soy yo...» Y uno pregunta: «¿Qué habrán pensado un Clemenceau, con sus setenta y tantos años, y un Anatole France, con sus setenta, de este pueblo, en el que todos parecen poder ser nietos suyos?...»

Yo confieso que desde un principio sentí la más profunda simpatía por los que así saben poner los puestos más importantes en las manos más jóve-

nes, rompiendo con la horrible costumbre europea, que todo lo da por ancianidad (hasta la gloria galante de las cortesanas) y que no habla sino de experiencia, de tradición, de respetos adquiridos. Y me dije: «Sean lo que sean, siquiera tienen la fuerza y el entusiasmo.»

Pero luego, cuando tuve el honor de tratar a los que forman la *élite* social, en la que se hallan infinidad de diputados, de hombres políticos, de banqueros, de literatos y de sabios, me dí cuenta de que, escogiendo lo menos viejo, el país sabe escoger lo mejor. No hay idea, en efecto, de la inteligencia, de la cultura, de la aplicación y de la seriedad de estos hombres, entre los cuales el mayor no pasa de diez lustros.

Yo he tenido ocasión de ver a algunos de ellos de cerca en momentos graves. Más calma, más sangre fría y más decisión, creo que hubiera sido imposible encontrarlos. ¡Y pensar que este pueblo, según Salaverría, tiene como principal defecto la impresionabilidad!...

Verdad es que yo no conozco el pueblo... Mas la aristocracia intelectual que frecuento puede competir con la inglesa en punto a decisión ponderada. Y también en punto a distinción, también en punto a espíritu amplio y práctico, también en punto a patriotismo bien entendido, no del que grita en las reuniones públicas al son del himno nacional, no, sino del que reflexivamente da al país lo que tiene de más raro: su alma, su esfuerzo, su inteligencia, su libertad. Muchos, muchísi-

mos hay que, siendo diez, veinte veces millonarios, y llevando un nombre ilustre, y teniendo tal vez deseos de consagrarse a una existencia de placer o de labor personal, se confinan en una oficina para trabajar con más fe que los que no pueden vivir sino del presupuesto.

Entre los diputados actuales conozco a un joven muy rico, muy elegante, muy aficionado a fiestas artísticas. Hace pocos días un amigo mío le invitaba a una excursión en compañía de personas que a él le son gratas.

—¡Qué lástima!—exclamó el diputado—. Mañana tengo sesión...

—¿Es una sesión importante?

—Todas son importantes...

Esta frase, que en un político profesional me habría parecido prudhommesca, en este mozo, que hacía, sonriendo, un sacrificio en aras de su fe, me emocionó.

—Con la misma sonrisa — asegúrame un periodista que conoce a su gente — daría ese hombre por la Patria su fortuna o su vida.

—¿Y hay muchos así?—le pregunté.

—Más de los que cree la gente...

Yo no lo dudo ni un instante. Los hombres que en un pueblo con fama de superficial saben consagrarse en cuerpo y alma, a la edad en que los señoritos millonarios de otras naciones se divierten, a pensar gravemente, patéticamente puede decirse, en el porvenir de la Patria, están cerca del sacrificio.



Los noctámbulos.

¿Dónde está el argentino que todo el mundo conoce y reconoce, el de las comedias de Sacha Guitry, el de las revistas de Rip, el muchacho muy moreno y muy elegante, y también muy insoportable, que lleva el sombrero de copa *sur l'oreille*, que no se quita de la boca el enorme habano ensortijado de oro, que mira con insolencia a las mujeres, que habla a gritos en todas partes y que hace sonar su «plata», su terrible «plata», cual si fuera un collar de cascabeles?... En Buenos Aires, por más que lo busco, no lo encuentro en ninguna parte, ni aun en los *cabarets* nocturnos, que forman entre Corrientes y Esmeralda una especie de sucursal de Montmartre. Y tengo que acordarme de París, y de las noches de Maxim's o de l'Abbaye, para convencerme de que no se trata de una invención de los satíricos franceses, sino de un ser real. ¡Y tan real!... Pero, por desgracia para el prestigio del país, diríase que este sér vive siempre en Europa, o que sólo en Europa se muestra en su faz caricaturesca.

¡Cuán distintos, en efecto, los porteños jóvenes que encuentro aquí, a los que dejé hace un par de meses en el bulevar! Comparados con aquéllos, éstos son tipos de buena crianza, de elegancia y de discreción. Lo único que yo les censuraría es una falta de personalidad demasiado visible. Ved sus peinados: todos son iguales... Ved sus trajes:

todos son iguales... Ved sus sombreros: todos son iguales... Ved sus perfiles afeitados: todos son iguales... Y así, la primera vez que tuve el honor de encontrarme en un grupo de señoritas, se me ocurrió preguntarlas:

—¿Cómo hacéis, francamente, para reconocer a vuestros novios?...

Al principio, ninguna de mis amiguitas pareció comprender el sentido de mi interrogación; pero cuando las hube explicado mis observaciones, todas, sonriendo, murmuraron:

—Algo hay de eso.

Y es que entre los chicos elegantes que se divierten, que van a los cafés nocturnos y a los teatros ligeros, lo que pudiéramos llamar el espíritu de «pandilla» está más desarrollado que en ninguna otra parte del mundo. Aislado, un porteño de estos parece tímido. En cambio, cuando se halla en medio de un grupo, anímase, habla, ríe, se divierte.

...Y hace tonterías.

Esto último no lo digo yo. Lo dicen los periódicos argentinos; los periódicos serios, se entiende. He aquí unas cuantas líneas de un número reciente de *La Razón*:

«Acontece que un grupo de jóvenes argentinos, invitados por un caballero extranjero, cenaban vez pasada en un centro social. Contra todas las reglas del buen gusto y del buen tono, concluída la cena, los divertidos jóvenes rompieron las vajillas y los espejos del salón, después de lo cual

se dirigieron, en el mismo son de gracia, a un club aristocrático, donde repitieron el espectáculo. Pero no pararon aquí las jocosas aventuras de los jóvenes; llevaron su atrevimiento hasta ir a un baile que se daba en una casa de familia, donde es fácil imaginar las graciosas proezas que realizaron.»

Que esto sea real, no lo dudo. Pero o soy muy mal observador, o exageran los que quieren generalizar hasta el punto de decir, como un colaborador de la revista *Nosotros*:

«Todos analfabetos, todos monigotes que no saben sino apretar el cigarro con los dientes mientras dirigen miradas insolentes, y que creen conquistar a las muchachas con su aire de desprecio y con el sombrero metido hasta las orejas; todos capaces de alguna barbaridad cuando han bebido algunas copas de *champagne*, hablando de sus ilustres abuelos y de sus grandes estancias.»

No; ni todos son analfabetos ni todos parecen, aun después de haber apurado muchas copas, dispuestos a romper espejos y platos. Día tras día, o mejor, noche tras noche, los he tratado en sus lugares preferidos de diversión. Los he oído hablar de sus conquistas, de sus aventuras, de sus novias y de sus lujos. He visto en ellos, como en todos los jóvenes desocupados y ricos que sólo piensan en divertirse y en figurar, una vanidad ingenuamente embustera. He descubierto, en fin, más en sus miradas que en sus gestos, el fondo pelea-

dor de la raza. Pero nunca, en ninguna parte, he encontrado en ellos algo que me haya parecido salvaje ni bárbaro. ¡Qué digo! Si por algo me han chocado, al contrario, es por el estiramiento afectado, por la seriedad algo altiva, por la compostura superficial que he visto en ellos.

¡Ah! Si se tratara de sus hermanos los argentinitos de París, los que se quedan en mangas de camisa en l'Abbaye, los que se burlan cuando ven bailar a Isadora Duncan, los que corean al cantador en casa de Fischer, los que tutean a todas las mujeres y cuando alguien les dice algo contestan hablando de su dinero, entonces, sí, nada me extrañaría. Pero viendo a los que aquí se divierten por la noche me pregunto si los *apaches* de frac de que habla *La Razón* no serán algunos de los argentinos de París que, de vuelta en Buenos Aires, desean seguir viviendo cual en Montmartre...

### Los papás.

—¿Cómo quiere usted que los muchachos no sean así—exclama un amigo—, si sus padres son los primeros en alentarlos y en ayudarlos?... Hay, entre nosotros, chicos de familias excelentes que tienen reputaciones detestables. Hable usted de ellos con los señores papás y verá sonreír a éstos de los escándalos de los niños como de una gracia. ¿No ha visto usted nunca algunas escenas entre padres e hijos?

—No—le contesto.

—Pues voy a presentarle un hogar que me parece característico. El papá se llama don Pedro, y es uno de los más ricos y de los más distinguidos porteños. No sé si ha sido ministro; pero es diputado, y en dos o tres ocasiones ha representado a su Patria en el Extranjero. Su energía política y su valor personal son legendarios. En cuanto al joven, que se llama Carlos, es un *clubman* de veinte años, elegante, tonto, distinguido y fatuo. Nadie sabe por qué milagro logró graduarse de bachiller. Mas lo que sí está averiguado es que desde hace cuatro años se halla inscripto como alumno en la Facultad de Medicina, sin haber aún pasado un examen. ¿A qué horas ha de poder el pobre ir al aula? Por la mañana, el criado tiene orden de no despertarle nunca antes de las doce. Por la tarde tiene el Plaza, tiene Palermo o tiene el Club. ¡Ah, el Club! Ahí almuerza, ahí come, ahí recibe sus cartas, ahí juega, sobre todo... ¿Y por la noche?... Por la noche, los *cabarets* de moda y las fiestas organizadas por amigos y amigas lo alejan de su casa hasta el amanecer. Don Pedro dice a menudo: «Esa vida no puede continuar.» Carlos le da una palmada en el hombro y le dice: «Peor eras tú, viejo...» Y el viejo, un viejo de cincuenta años, sonrío. Y el niño, un niño que ya podría ser doctor, se cala el chapeo, toma el bastón, se pone los guantes y se marcha. Un día presentóse en el despacho de don Pedro una pobre mujer con el rostro cubierto de lágrimas.

Era la madre de una chica a quien Carlos la había jurado casarse con ella, y que, por haber tenido confianza en su palabra, hállase ahora en vísperas de ser madre, abandonada, desesperada. «Aquí tiene usted las cartas de don Carlitos, murmura la mujer.» Y luego, avergonzada, agrega: «Mi marido ha echado a la calle a mi pobre hija, y yo, por no abandonarla, la he seguido... Estamos en la miseria...» Don Pedro toma las cartas, las guarda, saca la cartera y generosamente da a la mujer mil pesos. «Cada mes—agrega—, aquí, en la Caja, le darán cien pesos para el muchachito...» Una hora después, orgulloso, el papá cuenta, risueño, en un grupo de amigos, la aventura del chico. «¡Un rico tipo!», exclama. Otro día es un acreedor el que se presenta. Carlos le debe veinte mil pesos, sin contar los intereses. Don Pedro paga. Al llegar a su casa se dirige a la habitación de su hijo con ánimo de hablarle seriamente. «Te esperaba—exclama el joven—; tengo que decirte algo grave.» «Yo también.» «Bueno; primero, lo mío... Se trata... ya lo habrás adivinado... Se trata...» «De una deuda...» «Sí, viejo, de eso...» «De veinte mil pesos...» «No... esa es otra... Eso no tiene importancia... Lo que me inquieta es lo de anoche... Una deuda de honor... Sí, de honor... No sonrías... Tú las has tenido también, y más gordas... La mía no es más que de treinta mil, viejo...» «¡Como quien no dice nada!» «Además, no te pido sino un préstamo. El primer día que tenga suerte te los pago...» «¿Y si no te los

doy? ¿Y si no puedo materialmente dártelos?... A veces, el hombre más rico no dispone de una suma tan cuantiosa...» «Entonces... no sé... Tal vez mamá me los podrá prestar... Ella tiene sus joyas...» «¡Parece mentira!...» «Lo que parece mentira es que tú, que tanto hablas de honor, no me hayas dado ya esa miseria para ir a pagar...» «Mira: por última vez, ven al escritorio después de almorzar... O no; mejor, vamos a almorzar juntos al Club, y luego te daré eso...» «Bueno; pero yo te invito...» Y como dos camaradas, el padre y el hijo, contento éste de tener un buen papá, orgulloso el otro de tener un mal hijo, bajan la escalera de la casa, y de paso dicen al lacayo: «Prevén allá arriba que no almorzamos en casa.» Allá arriba está la mujer, la madre, que no sabe nada, nunca nada, nada...»

### El estanciero.

Este papá débil que me han pintado a grandes rasgos novelescos, y que se parece, según dicen, a todos los papás de los chicos elegantes a quienes encontramos por la noche en los *cabarets*, este hombre indiferente, que tiene la vanidad de los vicios de su hijo y que paga sin protestar, es, no obstante, el que ha hecho, el que hace aún, la fuerza, la originalidad y la riqueza del país. Viéndolo en su palacio de la Recoleta o en su mesa de juego del Jockey Club, cualquiera le toma por un pobre hombre, así, como suena, por un pobre

hombre prematuramente fatigado e incapaz de grandes esfuerzos intelectuales o materiales. Sus hijas, las lindas muchachas vestidas en París, que leen todos los libros y que saben todas las teorías, se ríen con cariño de él si por casualidad la charla del almuerzo lleva a toda la familia a hablar de algo que no sea la cosecha, la estancia, el cambio o la crisis. Sus hijos le llaman el viejo, no le tienen ni mucho miedo, ni siquiera mucho respeto. ¡Es tan bueno!... ¡Es tan suave!... Sólo su esposa tiembla aún ante él, recordando que durante los diez primeros años de su existencia común, allá cuando ella no tenía aún treinta años, ese hombre fué un dueño implacable, un compañero amoroso, pero duro.

«¡Ah!—piensa la pobre señora, viendo las libertades que sus hijas se toman—. ¡Ah! Si yo hubiera hecho siquiera un amago de independencia en nuestro tiempo de recién casados, ¡cuán diferente habría sido su modo de considerarlo!»

Pero, lejos de quejarse de esta injusticia, la bendice, pensando: «¡Que mis hijas aprovechen la juventud!...»

Y mientras la mamá, por su hábito de renunciamento, se queda en casa, las niñas van a Palermo, van al té de Rumpelmeyer, van a los *five-o'clock* del Plaza-Hotel.

El viejo, cansado, indiferente, sonríe...

¡Quién lo reconocería si no le hubiera visto más que en su estancia! Ahora mismo, a pesar de sus cincuenta años pasados, en cuanto sale de la ciu-



dad, y cambia sus zapatos de charol por unas botas rústicas, y monta en su alazán, ya no es el mismo. Sus ojos se animan. El pliegue escéptico de sus labios desaparece. Su talle se yergue. ¡Y que vayan entonces a hablarle de indiferencia, de tolerancia, de suavidad! Con la fe del jefe responsable, del *manieur* de hombres, del fundador de pueblos, pone en todos sus actos una seriedad casi sacerdotal. Los que le rodean son sus servidores, en el sentido antiguo de la palabra, y, como a tales, los trata paternal y rudamente. La época de la gauchada, en la cual el amo tenía que imponerse por su valor y por su fuerza personales, no está tan muerta como algunos se lo figuran. Un propietario que fuera incapaz de cabalgar un potro, de detener una res, de imponerse a un grupo de peones sublevados o de contestar con altivez a un juez de paz, no podría nunca, aun siendo el más bueno y el más inteligente de los agricultores, llegar a ser un estanciero. Porque el estanciero es siempre un conquistador. Los que le acusan de falta de inteligencia cometen una injusticia, sólo excusable por el punto de vista en que se colocan. En la calle Florida, en efecto, o en Belgrano, entre señoritas que se han educado en el Sacré Cœur y jóvenes abogados, su cerebro parece duro. No es un cerebro de capital, sino de campo. En cambio, los que le tratan en sus dominios se admiran de la prontitud de su comprensión y de la rapidez de sus determinaciones. Si lo quisieran sondear un poco más, hasta un profun-

do sentimiento de poesía, de poesía tosca y primitiva, de geórgicas a la vez mecánicas y salvajes, encontrarían en su alma grande, ruda y noble.

Pero no es la poesía lo que en él tiene una importancia transcendental, sino la prosa, la clara y robusta prosa del campo. Caballero en su alazán, recorre sus campos, que son a veces más vastos que una provincia europea, y en todas partes su vista perspicaz descubre lo que hace falta. Luego, de vuelta en la ciudad, todavía tiene un rayo de elocuencia campesina para convencer al banquero de la conveniencia de adelantarle cuatrocientos o quinientos mil pesos para agrandar sus labores. Y cuando llega a su casa, en donde todo para él es demasiado fino, demasiado frágil, demasiado exótico, ya no sabe, vestido de *gentleman*, sino sonreír.

—¿Qué tal te ha ido, viejo?—le preguntan sus hijos.

Este hombre, que es el mismo de un extremo a otro del país, este *homo duplex* que tiene una faz de hierro y una faz de cera, es el que con su energía, con su constancia, con su talento y con su optimismo constituye la grandeza verdadera de la Argentina. Sin él, sin lo que él hace en el campo, no habría ni grandes teatros, ni grandes paseos, ni grandes palacios. El es el que crea la ciudad y forma el país. Es el estanciero...

Los nostálgicos.

Uno me dice:

—Usted ve esto hermoso, porque sabe que ha de volver pronto a París.

Otro exclama cada vez que hablo:

—¡Ah! ¡París!...

Un tercero murmura:

—En cuanto se arreglen un poco las cosas, me marcho de este país, donde no se puede vivir, y me voy a París.

Estos tres—tres o tres mil—son una sola persona verdadera, y esta persona se llama el nostálgico... Que sea un artista, uno de los raros y nobles artistas criollos que han estudiado en Europa en un ambiente propicio a todos los sueños, o que sea un *homme du monde*, de los que saben en los salones de Francia representar dignamente a la Argentina, o que sea un simple *noceur* de los del sombrero metido hasta las orejas y el habano en los labios, lo mismo da. Diferentes en todo, en esto son hermanos. Y muy unidos, muy unidos, llenan los ámbitos de la gran ciudad con el eterno suspiro de sus pechos enfermos del mal del retorno.

—Es imposible vivir en este ambiente -- dicen.

Preguntadles entonces:

—¿Querríais marcharos a Roma... a Londres... a Berlín... a Nueva York... a Madrid?...

Todos os contestarán:

—No... no...

Porque, para ellos, fuera de París nada en el mundo vale la pena.

Y no os figuréis que los nostálgicos carecen de patriotismo y de amor de su ciudad natal. Al contrario. Cuando se encuentran en París no dejan un solo instante de cantar la gloria, el esplendor, el lujo, la belleza, la gracia y la virtud de Buenos Aires.

—¡Si viera usted Palermo!—exclaman en el Bois de Boulogne.

Y en la rue de la Paix dicen:

—La calle Florida es más alegre.

No les propongáis, empero, cuando los encontráis en Buenos Aires que repitan aquellas palabras...

¡Ah, no!...

Yo tengo un amigo, a quien conocí en París y que nunca me había parecido ni muy poético ni muy sentimental. Es un hombre de negocios que maneja mucho oro y que no piensa sino en lo que es positivo. Anoche, en un *cabaret* de los que aquí representan el tipo montmartrés, me dijo de pronto:

—¡Ah, París!...

Y cuando yo esperaba que me hablara de una manera concreta de lo que le gusta allá tras los mares, murmuró muy quedo, muy quedo, con voz cantante de poeta:

—El recuerdo es la religión de las almas deli-

cadadas... Evocando los días vividos en un lugar escogido, llegamos poco a poco a formarnos dentro del corazón un santuario en cuyas aras quemamos lo que hay de mejor y de más puro en nosotros mismos... En cada detalle que me hace pensar en el Barrio Latino, donde yo hice mis estudios, palpita una melancolía que envuelve toda mi sensibilidad en un velo de luto muy ligero, muy ligero, pero muy oscuro... Cada uno de mis pasos importantes tiene por objeto acercarme a París... Si no, puede que no me moviese. ¿Qué más me daría todo si no llenase mi alma esta ilusión?... «¡Acuérdate de mí, no me olvides», dice a mis oídos, a todas horas, la imagen vaga, fresca, flotante y florida de mi gran ciudad de ensueño...

—¿Cuánto tiempo—preguntéle—hace que no va usted por allá?

—Quince años—contestóme.

Por no parecer indiscreto no me atreví a hacerle ver lo absurdo de un amor que podía así durar sin ser saciado, a pesar de que la fortuna y la libertad le dan todas las facilidades indispensables para el caso. Mas él, como si hubiera adivinado mi pensamiento, díjome:

—Todos los años me propongo ir, y luego algo se me atraviesa... El deseo, sin embargo, persiste siempre igual, y hasta constituye para mí una razón de vivir.

¿No serán como éste muchos de los nostálgicos elegantes de Buenos Aires? Porque, en verdad,

los que yo conozco tienen fortuna y no tienen familia. Si quisieran, tomarían hoy mismo un barco, y dentro de quince días estarían en el Bal Tabarin... o en la Sorbona... o en el salón de la duquesa de \*\*\*...

## EL ALMA GAUCHA



L gaucho — decíame el poeta Obligado con voz velada por la melancolía —, el gaucho puede asegurarse que ya no existe.»

Estas palabras del cantor de *Santos Vega*, casi todos los escritores de Buenos Aires me las repitieron después:

«Ya no hay gauchos...»

Y, sin embargo, los mismos que así se expresan no pueden luego, cuando se trata de cosas de la tierra argentina, dejar de hablar del gaucho como de un sér viviente. Del rostro de uno os dicen: «Es gaucho.» Del valor caballeresco de otro: «Es gaucho.» De las aventuras políticas de un tercero: «Es gaucho.» Y no es esto todo. Los poetas, los novelistas, los dramaturgos, pintan a cada momento, colocándolos en la atmósfera de nuestros días, gauchos y gauchas. He

aquí, cual ejemplo típico, el *Alma gaucha*, de Alberto Ghirardo, que casi es una transposición a la escena actual del poema de Martín Fierro. Y como ésta hay cientos, hay miles de obras. Con hojear una colección de cualquier revista de los últimos años basta, en efecto, para hallar infinidad de cuentos gauchos que no son evocaciones de épocas pasadas, sino pinturas del momento (1).

¿Cómo explicarnos tal contradicción?... ¿Cómo aceptar que el personaje más popular, el que más preocupa al país entero, el que más simpatías inspira, el que más hace hablar de su vida y de su carácter, sea sólo un fantasma?...

---

(1) El mismo Leopoldo Lugones, en su libro del *Payador*, dice, después de hablar del gaucho como de un sér que ya no existe:

«Si se recapitula los elementos de este estudio, fácil será hallar en el gaucho el prototipo del argentino actual. Nuestras mejores prendas familiares — como son el extremo amor al hijo; el fondo contradictorio y romántico de nuestro carácter; la sensibilidad musical, tan curiosa a primera vista en un país donde la estética suele pasar por elemento despreciable; la fidelidad de nuestras mujeres; la importancia que damos al valor; la jactancia, la inconstancia, la falta de escrúpulos para adquirir, la prodigalidad—constituyen rasgos peculiares del tipo gaucho. No somos gauchos, sin duda; pero ese producto del ambiente contenía en potencia al argentino de hoy, tan diferente bajo la apariencia confusa producida por el cruzamiento actual. Cuando esta confusión acabe, aquellos rasgos resaltarán todavía, adquiriendo, entonces, una importancia fundamental el poema que los tipifica, al faltarles toda encarnación viviente.

Y como se trata de un tipo que al constituirse la nacionalidad fué su agente más genuino; como en él se ha manifestado la poesía nacional con sus rasgos característicos, lo aceptaremos sin mengua por antecesor, creyendo sentir un eco de sus cantares en la brisa de la pampa, cada vez que ella susurre entre el pajonal, como si estirase las cuerdas de una vihuela.»



A decir verdad, la contradicción no es de hoy. Ya, en el romancero de la raza, Martín Fierro dice:

Recuerdo, ¡qué maravilla!,  
cómo andaba la gauchada:  
siempre alegre y bien montada  
y dispuesta *pa* el trabajo...  
Pero al presente, ¡barajo!,  
no se la ve de *aporriada*.

Aporreada por la suerte está hoy también la gauchada, que ya no tiene para consolarse de sus penas ni sus trajes pintorescos, ni sus sombreros extraños, ni sus arreos suntuosos. Aporreada está por el trabajo, por las nuevas necesidades de la existencia, por las divisiones de los antiguos «pagos» en estancias cercadas, por la paz perpetua. Pero yo creo que, aporreada y todo, sigue teniendo, no sólo su misma alma indómita y novelesca, no sólo su inspiración y sus supersticiones, sino hasta su misma vida de centauro cantor y pendenciero. Hablando de las costumbres campesinas de nuestros días, Roberto Payró escribe: «Escuche el observador en las reuniones de paisanos, bailes, velorios, yerras; deténgase, si le es más cómodo, en la concurrida ramada de una pulpería: oirá comentar largamente las últimas carreras, la gran partida de taba, la riña de gallos, el reciente combate a cuchillo, las marcas de la hacienda, la pérdida o la cercada de animales, el contrapunto de los payadores mentados, las puñaladas que dieron o recibieron los circunstantes,

la aparición de otras almas en pena, los milagros del curandero.» Y si todo esto existe aún, ¿cómo proclamar que el gaucho ha muerto?

\* \* \*

No, no puede haber muerto el noble pastor, el rudo jinete de la pampa, el que hace apenas medio siglo formaba las huestes guerreras y las huestes aventureras del país.

—Lo que pasa—me dice uno de los argentinos que aún creen en la existencia de la gauchada—es que ya no puede lucir sus mejores prendas personales, y que, en el aburrimiento relativo en que vive, prefiere no dejarse ver. Porque, en realidad, para hacer admirar sus virtudes y sus habilidades, el gaucho necesita tiempos menos ordenados que los nuestros. ¿Para qué quiere usted que sirvan hoy los rastreadores y los baquianos?... Y el gaucho malo, el gaucho solitario, que era el más típico de todos, ¿cree usted que puede subsistir en un país de ferrocarriles?...

Está bien; aceptemos que ya no existen aquellos maravillosos rastreadores pintados por Sarmiento, que podían durante meses seguir a través de la pampa las huellas invisibles de un hombre; aceptemos que ya no hay solitarios «malones» de los que, confiados en la rapidez de sus caballos y en la eficacia de sus puñales, eran al mismo tiempo los salteadores y los caballeros andantes de la estepa; aceptemos que ya no se ven, al menos en

activo servicio, baquianos rivales de Rosas, capaces de conocer, por el sabor, todos los pastos de todas las estancias del Sur. Pues bien; aun suprimiendo estos tipos novelescos y aun despojando al país entero de sus trapos pintorescos, siempre me parece que queda el jinete con cara y con alma de árabe que cree en todas las supersticiones, que ama todos los peligros, que se embriaga de heroísmo, de independencia, de aire libre y de movimiento, que adora a su caballo y confía en su puñal, que es, en fin, un pastor y un poeta, un poeta sobre todo.

¿Lo dudáis?

Dad entonces una guitarra a un campesino de la pampa, rodeadle de compañeros que exciten su orgullo, ofrezcadle unas copas traídas de la pulpería y no tardaréis en ver revivir el alma del antiguo payador de la campaña. Porque, como dice muy bien Sarmiento, el «paisano» es, por esencia, poeta y músico; esto es, doblemente poeta. Y si las condiciones necesarias para la persistencia de otras cualidades de «caballería rusticana» van desapareciendo de día en día, en cambio la atmósfera que en los llanos determina el carácter poético existe hoy y existirá de seguro muchos siglos aún. ¿Cómo ha de dejar de ser así—leemos en el *Facundo*—cuando, en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja

frío al viajero y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo? La oscuridad sucede después a la luz; la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo y sentir su nada en medio de aquella Naturaleza irritada; sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. ¿Qué más colores para la paleta de la fantasía? Masas de tiniebla que anublan el día, masas de luz lívida, temblorosa, que iluminan en ese instante las tinieblas y muestran la pampa a distancias infinitas, cruzándolas vivamente el rayo, en fin, simbolo del poder. Estas imágenes han sido hechas para quedarse hondamente grabadas. Así, cuando la tormenta pasa, el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y la sucesión de luz y tinieblas se continúa en su imaginación, del mismo modo que, cuando miramos fijamente el Sol, nos queda un largo tiempo su disco en la retina.

Preguntadle al gaucho a quién matan con preferencia los rayos, y os introducirá en un mundo de irrealizaciones morales y religiosas, mezcladas de hechos naturales, pero mal comprendidos, de tradiciones supersticiosas y groseras. Añádase que si es cierto que el fluido eléctrico entra en la economía de la vida humana y es el mismo que llaman fluido nervioso, el cual, excitado, subleva las pasiones y enciende el entusiasmo, muchas disposiciones debe tener para los trabajos de la ima-

ginación el pueblo que habita bajo una atmósfera recargada de electricidad hasta el punto que la ropa, frotada, chisporrotea como el pelo contrariado del gato.

¿Cómo no ha de ser poeta el que presencia estas escenas imponentes?\*

Copio esta admirable página de Sarmiento porque ella me parece la mejor respuesta a aquellos que, dando una importancia exagerada a los trajes, a los arreos, a las formas exteriores, desdeñan, al estudiar la psicología del pampero, los elementos esenciales de clima y de cielo. El campesino actual puede vestir y hablar de una manera menos pintoresca que los contemporáneos de Rosas. Su existencia puede ser menos nómada que la de los baquianos de hace medio siglo. Su rancho puede tener ya los rudimentos del *comfort* moderno. Eso, ¿qué importa en el fondo? Jinete, pastor y poeta, el gaucho conserva siempre, a pesar de sus nuevas modalidades, la misma alma de sus antepasados, y ni es menos centauro por no llevar *chiripá*, ni es menos caballeresco cuando su honor está en juego, ni canta menos por no cantar bajo un ombú solitario, ni su hospitalidad es menor por ejercerse en lugares primitivos.

\* \* \*

Yo he pasado una noche en las inmediaciones de Buenos Aires, en una casita rústica, habitada, en medio de una estancia, por un pastor cuya

figura y cuya alma me parecieron iguales a las que vemos en las estampas de hace cincuenta años.

—Este paisano —me dijo el amigo que me había invitado a aquella excursión—es un verdadero Martín Fierro.

En realidad, más que en el héroe del viejo poema nacional, pensé, cuando le oí contar su historia, en el personaje principal del *Alma gaucha*. Como Cruz, en efecto, nuestro hombre había sido soldado, y por un movimiento de mal humor ante un oficial había pasado ante un Consejo de guerra. Sólo que, en vez de condenarle a muerte, sus jueces le mandaron a pasar unos años a presidio.

—Si no fuera por mi china —murmuraba, contemplando a su gaucha, morena y esbelta—, me habría matado... Ella me dió paciencia...

Y yo pensé, viendo el noble y enjuto rostro de la mujer que trataba de sonreír y de decir bromas para quitar dolorosa solemnidad a las evocaciones de su amante, en aquella magnífica alma que

lo trágico a lo travieso  
mezcla en su sangre tostada,  
y así, tan pronto da un beso  
como da una puñalada.

Pero cuando sentí verdaderamente que todo el corazón pampeano palpitaba bajo aquel techo rústico; cuando me dí cuenta de que nada desaparece, que nada muere y que en sus avatares mo-

ernos los hombres siguen teniendo las pasiones de sus abuelos; cuando comprendí que el gaucho es hoy un sér tan real cual el hidalgo, aunque uno y otro hayan perdido sus viejos trajes pintorescos, fué cuando nuestro hombre, después de apurar tres jícaras de mate, cogió la guitarra y comenzó a cantarnos coplas preñadas de altivez y de resignación, de bravura y de piedad, de galantería y de dureza, de entusiasmo salvaje por la independencia y de amor desesperado del campo. ¿Eran suyos aquellos versos, como me lo aseguraba mi amigo, o eran eco de coplas oídas en las pulperías? Poco importa. El instinto del poeta veíase en la emoción y en la expresión. Cada nota salía del fondo de su pecho, cada quejido correspondía a una fibra de su sér, cada gesto orgulloso resultaba un signo de personal gallardía. Visiblemente no era para nosotros para quienes cantaba. Era para sí mismo. Sin levantar los ojos de la guitarra, refería penas suyas, miserias suyas, humillaciones suyas; y de pronto, como desgarrando la suave melopea de las lamentaciones, rasgueaba nervioso las cuerdas para proclamar un triunfo en una pelea, un éxito en una doma de potros, una apoteosis entre los brazos de su amada. Su china, su caballo, su daga, su libertad, su honor y su pampa: he ahí sus amores. En cuanto a su odio, era lo que se oponía a su vida independiente y altiva de pastor y de domador. Todo esto, en las coplas, sencillas como los cantares andaluces, mezclábase en combinaciones inespe-

radas y patéticas, que daban a los sentimientos un carácter a la vez delicado y rudo. Para su china, sobre todo, tenía acentos contradictorios, en los cuales las amenazas iban unidas a las caricias, y las súplicas a los reproches. La gaucha, acurrucada junto a la silla del cantador, parecía palpar ante cada estrofa, sintiendo que aquello no era invención, sino verdad, y que ahí estaba para ella la vida, la ventura y la desgracia. De pronto, la voz quejumbrosa dijo:

De terciopelo negro  
tengo dos sábanas,  
para enlutar la cama  
si tú te marchas.

Entonces ella, la «china» de los ojos negros y el rostro enjuto, arrastróse literalmente hasta tocar con las manos las botas de su amante, y así, a sus pies, humilde y fogosa, clavó en él una mirada que fué una silenciosa y magnífica respuesta de esclava a la última copla.

Cuando estuvimos para marcharnos, después de una cena primitiva y sabrosa, el campesino se excusó de la humildad de su recibimiento.

—Ya ven los señores—nos dijo—: es un pobre rancho de gauchos...

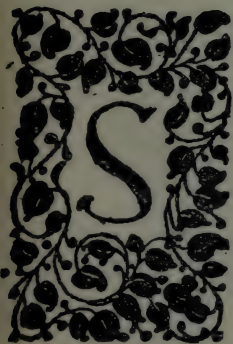
\* \* \*



Esta última palabra, en aquellos leales labios rudos, me pareció contener más jugo de verdad que todos los estudios admirables en que los escritores de Buenos Aires y de Europa tratan de demostrar que el gaucho no existe ya. «No existe—dicen estos psicólogos—porque ya no hay la libertad de antaño, que le permitía creerse dueño de toda la pampa; no existe porque en vez de comandantes de campaña, que se servían de ellos para preparar correrías, hay ahora una justicia seria y severa; no existe porque es imposible vivir, cual antes, sin pensar en el trabajo; no existe, en fin, porque el roce con los extranjeros, con los gringos, lo ha contagiado de progreso.» Es cierto que todo esto modifica la vida gaucha. Pero no hace desaparecer al gaucho. Porque el gauchismo, o mucho me equivoco, o no es un traje, un rancho de paja y un número ilimitado de leguas. Es algo mucho más profundo: es la encarnación del campo argentino en lo que tiene de libre, de supersticioso, de poético, de sentimental, de caballeresco y de bravo. El jinete de hoy va menos lejos que el de ayer, y en vez de temer, como Martín Fierro, que lo «estaqueee» un caudillo local, tiembla ante la idea de un juez de levita. Mas no por eso se deja el cuchillo en su casa cuando acude a la pulpería. Pendenciero es siempre, como es siempre enamorado y poeta. ¿Creéis que tales cualidades, que son las que le caracterizan, puede perderlas el gaucho por el solo contacto con los extranjeros? Yo creo, yo quiero

creer que no. Y por eso, en vez de decir, como Lugones, que el gaucho muere, aseguro, como Gerchunoff, que hasta los judíos, después de veinte años de vida libre en el campo argentino, merecen ser llamados los gauchos de Israel...

## ACTORES CRIOLLOS



Si alguien me preguntara: «¿Ha visto usted actores argentinos?» Le contestaría: «Sí, he visto muchos.» Y si luego agregase: «¿Cuáles?» Tendría que decirle: «Parravicini, Cassaux y otros cuyos nombres he olvidado.»

Esto no significa que sólo el gran intérprete de *El tango en París*, y su vecino y rival, sean dignos de que sus nombres sean recordados. Esto significaría tal vez más bien que son tan numerosos los comediantes en esta ciudad de todos los esplendores, de todos los lujos, de todos los placeres, de todas las improvisaciones, que no bastan unas cuantas semanas para conocerlos. Además, el teatro argentino nos sorprende con lo que tiene de exótico, y nos obliga a verdaderos esfuerzos para no hallarlo demasiado *en dehors*:

de todos nuestros hábitos. Uno de los hombres más eminentes de Buenos Aires decíame a este respecto:

—En la conversación corriente, lo que nos choca es la manera de pronunciar de los castellanos, con las zetas y las ces marcadas con la dicción seca y correcta de Castilla. Pero vamos al teatro, y ahí, por el contrario, lo que nos extraña a nosotros mismos es el acento argentino, y lo que nos parece natural es el acento castellano.

Si tal cosa les pasa a los porteños, nada tiene de raro que a los que llegamos de fuera nos suceda lo propio. Pero al mismo tiempo, después de oír a un Parravicini, me pregunto:

—¿Y por qué éste no me parece criollo?... ¿Por qué en éste hallo la fuerza universal que domina, que va más allá de las fronteras, que suena a mundo?...

Alguien me dice:

—Es que el gran cómico encarna siempre tipos caricaturescos, fuera de todo matiz nacional y local.

Mas no es cierto, pues yo he tenido el gusto de oír a Parravicini hacer algunos papeles de las obras serias de Enrique García Velloso, y ahí lo he hallado, lo mismo que en lo chusco, digno de rivalizar con los Zacconi, con los Guitry, con los Antoine...

¡Singular figura la de este tirano de las tablas! Los autores se quejan de que no se ajusta nunca al texto, sino que lo modifica a su antojo, alargándo-

lo, simplifiéndolo, complicándolo, transformándolo. El público, por su parte, lo encuentra algo irrespetuoso, y a veces hasta nota que se burla de él. Pero ello no impide que los dramaturgos se disputen el honor de tenerlo como intérprete y que la gente le haga cada noche una apoteosis. Y si hay apoteosis merecidas, son estas que se renuevan sin cesar, como el arte que las inspira. Nunca, en efecto, se han visto dos representaciones en que Parravicini sea igual. Desempeñando el mismo papel ciento cincuenta noches seguidas, como acaba de pasarle con *El tango en París*, da, así, sin exagerar, ciento cincuenta matices diferentes al mismo tipo, haciéndolo, a su antojo, rudo o tierno, socarrón o cínico, elegante o chabacano, y conservándole siempre un relieve de humanidad que sólo los actores geniales saben encontrar.

—Para mí— decíame hace pocas noches Emilio Thuillier al salir del teatro— es uno de los más prodigiosos actores del mundo.

Para mí también.

Y, según parece, como hombre es igualmente interesante. «Desencantado del mundo a los catorce años, hasta el punto de querer abrazar la carrera eclesiástica— escribe uno de sus biógrafos—; luego, dos años después, pirata y cazador de lobos en las playas inhospitalarias de Patagonia, campeón de tiro en los Casinos de Niza, París y Londres, vencedor en las carreras de automóviles de Alemania, profesor de patines en

Bretaña, artista de café-concierto y también, a ratos, pintor y músico, Florencio Parravicini, porteño nato, ha disipado en menos un año el millón de pesos que heredó de su padre el conde, y hoy derrocha a manos llenas su genio, su salud y sus pasiones.»

Como artista, Parravicini parece condenado, por ahora, a ser la encarnación de lo que se llama el «gringo»; es decir, el extranjero argentinizado, que emplea los modismos criollos sin haber perdido su acento, y que en sus maneras, en sus ideas, en su vida, hasta en sus pasiones, hace una mezcla pintoresca de lo americano y de lo exótico. Su extraordinario don asimilativo le permite lo mismo ser un banquero judío que un arriero italiano, un comerciante francés que un archiduque austriaco. Y *diletanti* o *gamin*, diríase que goza en cada una de estas transformaciones en que, no sólo cambia de traje, de lengua, de barba y de carácter, sino también de alma.

García Velloso, que es su autor preferido, decíame últimamente:

—Este tipo cosmopolita, que es una estilización suya quizá más fantástica y por lo mismo más personal y más poética de lo que la gente cree está llamado a tener en nuestro arte dramático una influencia tan grande como la que tuvo antaño el gaucho de Podestá.

\* \* \*

¡Podestá!

Este actor fué en cierto modo el inventor del drama verdaderamente popular, el que en los pueblos humildes, lo mismo que en Buenos Aires y en Montevideo, hizo durante veinte años palpar todos los corazones.

La historia de José Podestá, como la de Parravicini, es una novela. Al principio de su vida fué acróbata, y durante muchos años hizo en los trapecios y en las barras fijas prodigios de agilidad y de fuerza. Pero la casualidad lo había de llevar, de salto en salto, hasta el patriarcado de la escena argentina. El primer salto fué el que una noche le hizo bajar de las ondulantes cuerdas para reemplazar a un payaso enfermo (1). Desde en-

---

(1) El caso de este acróbata, convertido en actor de primer orden, no es único en el teatro criollo. Otro de los grandes cómicos actuales, Vittonz, salió también del circo. He aquí algunas líneas de Vicente Salaverry sobre los orígenes artísticos de este curioso compañero de Podestá:

«Precoz como era, sin consultar a ninguno de los suyos, el muchacho Vittone se puso de acuerdo con los Queirolo para actuar entre ellos en el circo Oriental, ubicado en la calle Tacuarembó. La familia veía estas proezas con el disgusto consiguiente, haciendo todo lo humanamente posible para dar al traste con las aficiones del pequeño gimnasta. Pasa algún tiempo. Contaba quince años Vittone cuando supo de una compañía chilena que venía al país con ánimo de recorrer los distintos departamentos. Capitaneaba la *troupe* un tal Joaquín Pose. Tras breve entrevista, el mozalbete quedó contratado. Marcharon a Florida los saltimbanquis. El drama gauchesco hacía furor; el público lo exigía para matizar las piruetas y los volatines circenses. Rufino Domínguez, jefe político del departamento a la sazón, hubo de autorizar las representaciones, y *Juan Soldao* tornó boyante la bolsa de los modestos empresarios. El público aplaudía con frenesí las escenas más cálidas del drama.»

tonces, enamorado de la mímica, previendo tal vez lo que de esa especialidad había de sacar, no volvió a volar por los aires, sino que se consagró a rodar por el suelo. Todo el repertorio de la época, que era anglonapolitano, lo agotó en poco tiempo. Al fin tuvo una idea, y fué la de representar una pantomima sacada de un famoso novelón de aventuras gauchescas titulado *Juan Moreira*. Lo que es Juan Moreira va a decírnoslo un amigo de José Podestá: Eduardo Zamacois.

«Moreira—escribe este novelista admirable—es un gaucho bravo y trabajador, que vive en su rancho sin otras distracciones que su mujer y su caballo. Es fuerte, y es bueno porque es fuerte. En su existencia no hay altibajos, y su alma aparece serena, firme y callada, como la llanura. Pero un comisario se enamora de la compañera del gaucho, y usando malamente de su autoridad, y para lograr sus infames propósitos, acusa a éste de un supuesto delito y lo encarcela. Al recobrar la libertad, Juan Moreira se encuentra desposeído de la mujer que amó y convertido en hazmerreír de cuantos conocen su desgracia. Entonces su bochorno se muda en cólera, y toda su alma salvaje vibra implacable. Adiós porvenir, adiós vejez tranquila y honrada. Moreira busca al comisario y le mata, y a partir de este momento emprende una vida borrascosa de atropellos y venganzas; acosado por el hambre, roba, y cuando se ve cercado por los mantenedores de la ley, se revuelve contra ellos. Muchos sucumbieron a sus



pies, otros libraron heridos gravemente; y con estos hazañosos extremos, el abismo rojo que separaba al rebelde de la sociedad ofendida iba siendo por momentos más hondo. No dice su leyenda que volviese jamás la espalda al peligro ni que robase ayudado por otros y en cuadrilla; muy al contrario: siempre aislado, errante, sin más compañía que la de su caballo, ante la inmensidad del horizonte azul parecía el símbolo del alma gaucho, solitaria y arisca. La tarde en que le mataron defendióse temerariamente, armado de pistola y daga, contra más de veinte hombres.»

El éxito de esta pantomima fué formidable. El público aplaudía cada gesto bravo y cada actitud altiva de su héroe favorito. Pero José Podestá no podía menos de notar que algo faltaba a aquello para ser perfecto. Ese algo eran las palabras. Un día el buen payaso, sirviéndose de la novela, escribió el drama. Entonces comenzaron las *tour-nées* épicas por pueblos en los cuales la gente, enardecida, tomaba parte en la acción, defendiendo a Juan Moreira contra sus perseguidores.

Más tarde, ya dueño de un teatro importante en Buenos Aires, el actor, contestando a alguien que le preguntaba si no sentía nostalgia al evocar aquella época, contestóle:

—Era una vida dura, muy dura... Sin embargo, le confieso que hay momentos en que dejaría todo lo que tengo entre manos para emprender de nuevo aquellas peligrosas marchas por los campos, cuando desatábamos las carretones y era el

cielo un plafón magnífico que a hombres y caballos cubría por igual... Recuerdo aquellos temporales que nos sorprendían, y que al vencerlos nos daban una idea más grande de nosotros mismos. Llegamos a tener hasta once carretones. Con nosotros iban gauchos, y todos rivalizábamos cuando se hacía necesaria la construcción de un puente para que pasaran los pesados vehículos. Era una vida llena de sinsabores y que, sin embargo, me atrae. Su recuerdo me conturba el espíritu...

La importancia de *Juan Moreira* y de su autor fué tan grande, que a la sombra de uno y otro ha florecido toda una literatura gauchesca y se ha creado toda una generación de gauchos teatrales.

\* \* \*

A algunos de estos gauchos los he visto en el Nacional representando una obra de D. Nicolás Granada, y los he aplaudido. Con el chiripá, el actor argentino logra, en general, adquirir una expresión, una fuerza, una pureza de líneas pintorescas y hasta una energía de dicción, que en los papeles de levita me parece que le faltan.

¿En qué consiste esto?

No soy yo, con mi escasa práctica del teatro criollo, quien puede decirlo. Pero quizá hay en la falta de personalidad que se nota entre los que encarnan tipos contemporáneos elegantes un fundamental error de estética. Para interpretar a un

hombre de sociedad, los actores, que por lo común son, o se creen también, hombres de sociedad, figúranse que les basta con exagerar su manera de ser naturales. Lo único que esta naturalidad produce, es lo contrario de lo real y lo contrario del arte.

Por eso, entre los actores que representan actualmente, en los teatros que yo he visitado, tipos de galanes criollos, ni uno sólo me ha parecido digno de su empleo. Los he visto, en efecto, aparecer perfectamente vestidos. Los he visto saludar con afectada distinción y tomar asiento con ridícula soltura. Los he visto, en fin, encender bien un cigarrillo. Mas en cuanto han comenzado a hablar, a vivir, a accionar, he asistido a las más lastimosas metamorfosis: los galanes se han trocado en autómatas. Y tanto me sorprendió esto al principio, que me pregunté más de una vez si no habría en el tipo del criollo *chic*, del señorito que juega en los clubs de la calle Florida, que monta a caballo en Palermo y que va a los palcos del Colón, algo de misterioso e inexplicable que resultase imposible de imitarse y hasta de caricaturizarse de un modo artístico.

Pero habiendo observado una noche a Parravicini cuando hacía entre amigos un papel de «muchacho bien», comprendí en el acto que la culpa no es del tipo, sino de los intérpretes. El tipo, por el contrario, es rico en matices cómicos; lo mismo que todos los falsos tipos aristocráticos. Sólo que esos matices no se encuentran en la na-

turalidad que se aprende en los Conservatorios, no, ni en la imitación exterior de ejemplares aislados. Para llegar a ser un muchacho *chic* que haga pensar en todos los muchachos *chics*, hay que ser un artista, hay que saber formar una síntesis con sus propias cualidades, hay que «crear», en fin, y al mismo tiempo hay que «estilizar».

El estilo: he ahí lo principal en todas las artes.

Pero, fuera de Parravicini y de Cassaux, ¿quién tiene hoy estilo como actor en Buenos Aires?...

Los propios gauchos que he aplaudido, y que son, según me aseguran algunos amigos, reflejos de Podestá, no se sostenían sino por la fuerza de lo pintoresco. Y el gran teatro no es ese, sino el otro, el de alma; el que no lleva daga, ni chiripá, ni poncho; el que no grita, el que no procede de la pantomima y del folletón, en fin.

En este teatro serio querría yo ver confinarse a Parravicini, que bien podría, ya que es el más acaudalado de los cómicos porteños, romper las cadenas de oro de lo caricaturesco con que el público lo ata, y lanzarse a crear el verdadero arte escénico criollo, expresivo, real y palpitante.

\* \* \*

¿Cómo puede explicarse que el arte escénico no sea todavía en la Argentina sino un balbuceo? En otros países de América, donde el actor ha sido siempre un artículo de importación, ello se com-

prendería. Pero Buenos Aires tiene una historia escénica que remonta al siglo antepasado, y en la cual, según Sarmiento, hay páginas gloriosas (1).

(1) La historia del teatro criollo está aún por escribir. Uno de los que mejor lo han definido y reseñado es F. Giusti, de quien copio las líneas siguientes:

«El teatro orillero, por su misma multiformidad, no tiene definición: sainete que suele concluir en tragedia, es su ambiente habitual el conventillo y el suburbio; sus personajes, «compadres», «malevos», «lunfardos», «vividores», «gringos», vigilantes, cocheros, obreritas y chicos traviosos e insolentes; su asunto, triviales escenas de amor, seducción y delito... Su éxito no deriva del asunto, sino de los elementos que definen y dan color al ambiente: los tipos, la música y los bailes arrabaleros, las expresiones y dichos de moda, todo, en fin, lo que caracteriza al conventillo, tal como aparece en la realidad y también en otro género literario: el cuento llamado criollo, en el cual fué insuperable maestro el ingeniosísimo Fray Mocho. No faltó autor que convirtiera este teatro en cátedra de moral, poniendo un poco de filosofía amarga, inspirada por la miseria y el dolor, entre un tango y un rapto; con seguridad nació esta tendencia bajo el influjo de la lectura de Gorki, popularizado por la revolución rusa de 1905. El repertorio fué inmenso, y sería tan inútil como imposible catalogar tanta obra y clasificarla, porque las hubo para todos los gustos; así amenas, decentes, ingeniosas y bien construídas, como necias, obscenas, torpes y afrentosas para el sentido común. Recordaré entre los autores que alcanzaron mayor popularidad a Nemesio Trejo, Enrique de María, Enrique Butfaro, Ezequiel Soria, Enrique García Velloso, Carlos Pacheco y Florencio Sánchez. Unos cuantos músicos compartieron sus éxitos y sus magras ganancias, pues como cabe suponer, en este trasplante del género chico español a nuestro ambiente orillero no guió a los comediógrafos otro interés que el del lucro.

El teatro orillero abrió el Apolo a toda clase de obras. Los autores se multiplican, y con ellos, sus engendros. Vuelve al tablado de cuando en cuando el dramón gauchesco, y desfilan *pochades*, arregladas o desarregladas—a la escena nacional, revistas, cuadros de costumbres, apropósitos políticos y alegóricos, dramitas y dramones pretendidamente históricos, bocetos dramáticos y hasta comedias y dramas hechos y derechos. No poco explotados fueron *Rosas y la tiranía*, que llenaron la escena de trapos rojos, serenos, negros, mazorqueros y pálidos conspiradores, y ensordecieron al público a tiros; soportaron en

Una de las primeras obras de la literatura argentina, el *Siripo*, es un drama, y, si no me equivoco,

esta última tarea el peso de la mayor gloria los hermanos Fontanella, ya probados en los más espeluznantes dramas gauchos. En pocas palabras: el momento es, para el naciente teatro, de desorientación; no hay criterio de arte, ni respeto de las formas, ni tendencias definidas; todo se hace en anárquica confusión, por autores improvisados, en su mayoría incultos, los cuales reproducen hasta el cansancio las mismas situaciones.

Pero el drama gaucho, corrido de la escena por el teatro orillero, había de volver a ella bajo otra forma, que representó un progreso; el drama de costumbres criollas, con el paisano de bombacha, no más en lucha con la autoridad como los Moreiras y los Cuellos, aunque como ellos altivo, valiente y generoso. Culminó en esta evolución Martín Coronado, cuyo drama en verso *La piedra de escándalo*, estrenado en el Apolo el 16 de junio de 1902, había de superar la cifra de las mil representaciones. Viejo rezago del lirismo romántico, aquél venía dando a nuestro teatro, desde 1877, dramas como *La rosa blanca*, *Luz de luna y luz de incendio*, *Salvador*, y otros—siempre representados por compañías españolas—, falsos, incongruentes, espeluznantes, con algo de Echegaray y mucho de Camprodón; llególe al fin su hora con *Justicia de antaño* y *La piedra de escándalo*, y bien puede decirse, remedando una frase célebre, que se alzó con la monarquía dramática-Reinado efímero. También él ha pasado con sus diez y nueve obras, entre dramas y comedias; pero es justo señalar que con la aparición de *La piedra de escándalo*, la nueva frase se define: el gaucho nuevo, el rural sedentario, se enseñorea de la escena.

Téngase, no obstante, en cuenta, que la evolución, como por lo demás acaece en todas las cosas humanas, no se efectuaba por el brusco desalojo de una tendencia por otra; durante algún tiempo fraternizó el gaucho de bombacha con el de chiripá; el sedentario y pacífico, con el nómade y pedenciero: junto a la estancia o la chacra, siguió viéndose en la escena el campo abierto y bárbaro, la pulpería, el cepo. Paralela a este teatro rústico, en sus dos aspectos, se desarrolla la turbia corriente del teatro orillero y de las demás manifestaciones escénicas cuyo híbrido señaló, sin que se haya agotado todavía su caudal en la hora en que esto escribo.

Un conflicto de intereses surgido en el seno de la familia Podestá, produjo la separación de los actores que hasta entonces habían trabajado juntos; quedó José en el Apolo y pasó su hermano Jerónimo al teatro de la Comedia. Esta escisión debe ser recordada, pues al originar

el tal drama fué representado hacia 1790 por actores nacionales en el Corral Porteño. De tan le-

la competencia, resultó provechosa para el incipiente arte escénico nacional. Fué en el teatro de la Comedia donde el uruguayo Florencio Sánchez estrenó, el 13 de agosto de 1903, su obra *M'hijo el doctor*, cuyo naturalismo sano y fuerte había de abrir una nueva senda a nuestros autores.

Desde el estreno de *M'hijo el doctor*, comienza la larga serie de los éxitos de Sánchez. No tardó en hacerse sentir la influencia de su ingenio; el arte se «civilizaba» al acercarse a la realidad, al desechar los falsos adornos y las concesiones al mal gusto del público, para sólo reflejar con honesta franqueza la verdad exterior e interior, la del ambiente y la de los espíritus. Ciertamente sería injusto y exagerado atribuir a Sánchez todo el mérito de esta evolución. Por un lado la creciente educación popular, y por otro la de los actores, estimularon a escribir para el teatro a periodistas y hombres de letras que hasta entonces habían permanecido desdeñosamente alejados de él o no se habían atrevido a entregarle los mejores frutos de su talento. Víctor Pérez Petit, Ezequiel Soría y Enrique García Velloso, que habían progresado notablemente; David Peña, quien ya había probado la suerte de la escena muchos años antes; Roberto J. Payró, fundador de nuestro teatro de ideas; Gregorio de Laferrère, político y hombre de mundo que al buscar en la escena una distracción se reveló chispeante comediógrafo; Nicolás Granada, Alberto del Solar, José León Pagano, Otto Miguel Cione, Alberto Ghiraldo, Arturo Giménez Pastor, Julio Sánchez Gardell, Alfredo Méndez Caldera, Pedro Pico, Alfredo Duhau, Vicente Martínez Cuitiño, José González Castillo y muchos otros, argentinos y uruguayos, de los cuales no pocos han caído ya en el olvido, unos declarando visiblemente la influencia de la obra de Sánchez, otros más independientes, representaron en el mismo período en que se desarrolló la labor de este último—o poco antes—numerosas producciones que hicieron poner grandes esperanzas en nuestro teatro, cuyos progresos, en tan pocos años, habían sido sorprendentes. El público iba educándose, los actores formándose, aunque lentamente; surgían más compañías, multiplicábanse los autores, abríanse concursos, continuaban los tanteos y el entusiasmo crecía. La producción abarcó las tendencias y los géneros más variados; dramas filosóficos, simbólicos, históricos, sociales; comedias de costumbres, satíricas, psicológicas, de tesis; realistas los más de los autores; todavía románticos algunos; éste con inclinación a los problemas morales; aquél a los asuntos patológicos; quién inspirándose en las clases rurales; quién en la vida del pueblo urbano, o de la media

janos predecesores de Parravicini no se guarda un recuerdo muy preciso. Pero desde principios de la independencia, ya los cómicos del país van dejando una memoria bastante grata para que los cronistas conserven escrupulosamente sus biografías. No hay más que hojear el famoso libro de D. José Antonio Wilde sobre Buenos Aires para encontrar las huellas de barbas y de galanes tan famosos como Velarde, Quijano, Cossío, Felipe David, Viera, Díez y Casacuberta.

---

burguesía, o de la aristocracia del dinero; en fin, graves y risueños, ágiles y pesados, buenos y medianos; para todos los gustos, para todas las esperanzas. Florencio Sánchez dominaba ese complejo movimiento; por voto casi unánime se le tenía por el mejor.

Ha sido, en efecto, de todos los autores rioplatenses, el que ha mostrado más justa, amplia e intensa visión de la realidad, más vigor dramático. Veinte obras nos ha dejado, entre las cuales están las de mayor sustancia humana del teatro rioplatense; amargas representaciones de la vida, no sin asomos de crítica social como *M'hijo el doctor*, *La pobre gente*, *Los muertos*, *Barranca abajo*, *En familia*, *La Tigra*; dramas de tesis valientes hasta la temeridad, como *Nuestros hijos* y *Los derechos de la salud*; obras simbólicas dentro de su crudo naturalismo, como *La Gringa*. Y luego las menores: sobrios y hondos dramas, cuadros de costumbres, comedias safricas; en los más diversos ambientes, el campo y la ciudad, el conventillo y el palacio, la familia y el bajo fondo; y en todas, realizadas con gran simplicidad de medios, un asombroso derroche de vida, de movimiento y de color...

Murió... Tal vez, por coincidencia, haya ocurrido su muerte precisamente cuando, como reacción al admirable empuje y entusiasmo de aquellos años, les han sucedido otros de cansancio e indiferencia; tal vez su influencia fuera más real y positiva de lo que podría suponerse; el hecho es que desde 1910 hasta hoy, nuestro teatro ha decaído. Todavía se escriben para él algunas comedias con sano criterio de arte, que logran legítimos éxitos teatrales, pero son las menos; el nivel medio de la producción en ambas orillas del Plata es inferior; la mayoría de sus cultores de antes vive ahora retraída de la escena; los que surgen de valor son contados; el entusiasmo es escaso; la emulación, nula.»



De Morante se contenta Wilde con decirnos que trabajó a principios del siglo XIX y que tuvo mucho talento natural y poco o ningún estudio. Velarde y Cossío, según el mismo erudito, distinguíanse por la buena figura, y eran, naturalmente, los niños mimados de las damas. David fué un buen gracioso, y Viera, hijo de una negra, tuvo gran talento. Y todos, como Morante, eran menos sabios en su arte que inteligentes en el de hacer reír con grandes payasadas o llorar con terribles gemidos. Sólo uno de ellos, el último de los citados por Wilde, el ilustre Casacuberta, ha dejado, gracias a las páginas que Sarmiento le consagra, una fama firme y duradera. El autor de *Facundo* conoció al actor porteño en Chile durante su destierro.

«Casacuberta—dice Sarmiento—fué anunciado en Santiago como el hijo predilecto del arte argentino. Todavía recuerdan sus compatriotas los conflictos en que su alma altanera los puso. Tanto bueno dijimos de él, que la incredulidad, los celos, las indiscreciones o la maledicencia produjeron en la Prensa un artículo que hería sin motivo a Casacuberta antes de presentarse en las tablas. Dos días más tarde, el actor, mimado por otro público, volvía ofensa por ofensa; pero la suya era más punzante, porque era sobre Chile, que le reprochaba no tener reputaciones artísticas. Las susceptibilidades nacionales se despertaron irritadas.

Casacuberta iba a presentarse en las tablas

para ser juzgado por los agraviados. Comprábase aquel día pitos y se alistaban doscientos jóvenes a castigar su audacia. Mil setecientos espectadores habían reunido la venganza no satisfecha, la curiosidad ansiosa de ver el desenlace de aquel duelo entre un hombre y una ciudad. Los pitos se ensayaban cautelosamente antes de que el telón se levantara; ráfagas de silencio venían de cuando en cuando a dar solemnidad alarmante a aquellas pasiones que se estaban encorvando y recogiendo para lanzarse sobre su presa. Estábamos nosotros tristes y amilanados, porque en aquella época los emigrados éramos solidarios todos en el mal de uno. De repente se levanta el telón, y allí, en el fondo del teatro, descúbrese la talla majestuosa de un anciano de sesenta años que hablaba con alguno de adentro. Vuélvese al proscenio, avanza con paso de rey el Dux de Venecia; su voz grave, sus maneras cultas, su mirar tranquilo, su barba larga aliñada con arte exquisito, todo, en fin, tenía sobrecojidos los espíritus, clavados los ojos, embargadas las lenguas; los pitos estaban allí, en las manos de todos, indóciles ahora para acercarse a los labios. Casacuberta se sentó en una silla con la distinción de un noble italiano. Este movimiento solamente hizo estallar el sentimiento de lo bello, de lo artístico, que estaba oprimido en el corazón de todos por causas rencorosas; y Casacuberta agradeció aquellos aplausos, arrancados a fuerza de arte, de genio, como el hombre honrado que

recibe lo que legítimamente se le debe, sin descortesía y sin servilismo.»

Además de este insigne testimonio, nos queda, para juzgar a Casacuberta, un dato extraordinario. Representaba el gran actor una obra en la cual tenía que morir al fin del tercer acto. Y tanta emoción ponía en su papel, que temiendo por su salud decidió no volver a representarla. Pero el público insistió y el actor tuvo que inclinarse, al fin, un día. En el programa del espectáculo insertó la siguiente patética advertencia: «Por última vez, venciendo las resistencias que siempre he opuesto por la descomposición física que sufro en la situación horrible del protagonista cuando trata de sustraerse al cadalso.» Al llegar el instante tan temido, el actor sucumbió realmente en la escena.

¡Qué lección tan admirable para los actuales artistas argentinos! Porque, en verdad, si de algo parecen carecer los que yo he visto (salvo Parravicini) es de nervios, de vibraciones, de vida emocional, de naturalidad intensa.

\* \* \*

—Pero—me dice alguien—¿está usted seguro de haber visto a todos los buenos actores actuales?...

—No—le contesto—; no debo conocerlos, si son realmente buenos... Los que yo he visto, aunque distinguidos, a veces, de porte y de maneras, me han parecido tan poco interesantes, que ni siquiera he deseado saber sus nombres...



## EL OXFORD ARGENTINO



EMOS pasado la mañana recorriendo los claustros y las aulas. De la Escuela de Agronomía hemos ido a la de Jurisprudencia, y de ahí a las Facultades de Farmacia, de Letras, de Química... Con su amabilidad algo fría, pero exquisita, el encargado de todas estas maravillas me explica los progresos de la gran Universidad de la Plata, dándome detalles sobre la organización general de los cursos, de los laboratorios y del internado.

—Tenemos muchos grandes edificios.

Y luego, deteniéndose a la entrada de un parque admirable, continúa:

—Sí, sinceramente creo que hemos realizado algo de lo que nos proponíamos los que creamos este Centro de estudios... Nuestra Universidad de-

muestra día por día que el hermoso calificativo de moderna no le va mal cuando se considera su contextura orgánica, su orientación intelectual, su rumbo metodológico, y cuando se examina la actitud en que se ha colocado para poder acoger con éxito las expansiones externas o extrauniversitarias de la vida contemporánea. Al decidirnos a emprender la obra en que aún estamos empeñados, tuvimos, mis colaboradores y yo, que aceptar las bases de los Institutos científicos ya existentes; pero desde un principio los mejoramos enormemente. Además, creo que puedo agregar, sin que en ello haya inmodestia, que en esta institución, como en sus modelos verdaderos, que son las Universidades norteamericanas, se unen las fuertes y altas disciplinas científicas y literarias a las enseñanzas puramente profesionales y prácticas, con lo cual cumplimos el profundo y transcendental mandato de la Democracia, que el fundador de la Facultad de Cornell glosó cuando, al anunciar su programa, dijo: «Quiero una Universidad donde todos los hombres puedan adquirir todos los conocimientos humanos.» La nuestra, en efecto, es la verdadera Universidad de una democracia: la Universidad de la vida y de las necesidades modernas. Por lo demás, realiza un ideal que hasta hoy han perseguido sin éxito otras de las más prestigiosas de Europa, o sea la organización integral; es decir, la reunión y el desarrollo correlativos de los cuatro grandes ciclos educativos y científicos, a saber: el primario,

el secundario, el técnico medio y el superior o universitario. Además, esta es la primera Universidad de lengua española que consigue, con resultados positivos notables, la incorporación al núcleo clásico o académico de estudios seculares: los estudios pedagógicos en su absoluto desenvolvimiento teórico y experimental, así como las ciencias agronómicas y veterinarias, en todas partes importantes y más aún en un país como el nuestro, cuya agricultura y cuya ganadería representan las principales fuentes de riqueza...

El ilustre presidente de la Universidad sigue hablándome de su obra y me hace ver desde fuera las construcciones modelos de sus aulas, rodeadas de jardines espléndidos.

—Puede decirse que todo nuestro núcleo de edificios está en un parque—me dice.

\* \* \*

Una frase de Leopoldo Lugones acude a mi memoria a cada paso. «La Plata—aseguróme un día en París el ilustre poeta—es nuestro Oxford.» Y ahora que me encuentro en la Plata noto con regocijo que en estas palabras no hay nada de exagerado. Sin la grandeza del fondo medieval, pero en un paisaje admirablemente moderno, es, en efecto, el espíritu de Oxford, es el alma de Oxford lo que anima a la ciudad, que bien merece llamarse por antonomasia universitaria. Porque todo lo demás que aquí ha querido crearse para

dar vida a la capital de la provincia, aparece como absorbido por las diferentes aulas, lo mismo que en la metrópoli escolar inglesa los diez y nueve colegios clásicos absorben la vida de la ciudad. No hay muchacho de los que pasan por las calles, en efecto, que no parezca estudiante, ni hay hombre maduro que no denote, con su aspecto serio y reflexivo, al catedrático a la moderna.

\* \* \*

Como el presidente de la Universidad me ha invitado a almorzar en el internado, entre jóvenes que estudian Ciencias y Letras, nos encaminamos sin prisa hacia el bello edificio cuya fachada nos sorprendió esta mañana por su sobria elegancia. En un lugar cual éste, de antemano estamos seguros de que no vamos a encontrarnos con una de aquellas escuelas en que los hombres de mi generación aprendimos a sufrir y a aburrirnos. Pero está tan arraigado el horror que tenemos casi todos hacia los Institutos, que muy a pesar mío me siento acongojado ante la idea de que voy a penetrar en una cárcel. Digan lo que quieran los pedagogos modernos, ¿qué son los internados sino lugares de reclusión? La reclusión puede ser muy cómoda, muy higiénica, muy suave; siempre es reclusión. Y para aumentar mi melancolía, acude a mi memoria un capítulo, deliciosamente triste, en el cual un argentino ilustre, Miguel Cané,



cuenta sus recuerdos del Colegio Nacional de Buenos Aires en términos que no he podido olvidar nunca. «Silencioso y triste—dice el autor de *Juvenilia*—me ocultaba en los rincones para llorar a solas, recordando el hogar, el cariño de mi madre, mi independencia, la buena comida, el dulce sueño de la mañana. Durante los cinco años que pasé en aquella prisión, aun después de haber hecho ahí mi nido y haberme connaturalizado con la monotonía de aquella vida, sólo dos puntos negros persistieron para mí: el despertar y la comida. A las cinco en verano, a las seis en invierno, infalible, fatal como la marcha de un astro, la maldita campana empezaba a sonar. Era necesario dejar la cama, tiritando de frío casi siempre, somnolientos, irascibles, para ir a formarnos en fila en un claustro largo y glacial.

Allí rezábamos un padrenuestro, para pasar en seguida al claustro de los lavatorios.»

Repitiéndome estas palabras, trataba yo de corregir lo que en ellas no puede ya aplicarse a un país como la Argentina, enamorado de todos los progresos; pero por mucho que hacía, la imagen de la prisión aparecía siempre ante mis ojos. Así, mi sorpresa mayor fué la de oír a uno de los prisioneros, al hijo de Leopoldo Lugones nada menos, describirme el régimen de la Casa.

—Salvo en las horas de estudio—me dijo—, se nos da derecho a salir como queremos y cuando queremos. Nuestra existencia no tiene nada de desagradable. Nos levantamos a las siete y media,

tomamos nuestro baño, y a las ocho nos reunimos en el comedor común para desayunarnos. De las ocho a las once, las clases en el colegio, que está relativamente cerca del internado. Aquí no tenemos aulas; no tenemos más que nuestro alojamiento, nuestros salones de estudio, nuestra sala de armas y nuestros jardines de *sport* y de recreo. A las doce volvemos para almorzar. Y ya verá usted lo que es nuestro almuerzo. Después tenemos dos horas de libertad y podemos aprovecharlas como queremos, dentro o fuera de la Universidad. En seguida vienen los ejercicios físicos: la natación, la espada, el *tennis*. Antes de comer, una hora de estudio en compañía de nuestros profesores, que no nos vigilan, sino que nos acompañan paternalmente. Los domingos nos divertimos lo mejor que podemos. ¿Quiere usted ver mi departamento?... Es igual al de todos mis condiscípulos... Venga usted...

Y allá me voy, por amplios corredores, hacia un primer piso, claro, ventilado, alegre, cuyas ventanas dan a un parque espléndido.

—Aquí se halla en su casa—me dice mi amiguito, abriendo una puerta y haciéndome entrar, primero, en un gabinete de trabajo, y luego, en un dormitorio contiguo.

—Está usted mejor que en mi hotel de la avenida de Mayo—le aseguro.

Y mejor está, sin exagerar, con sus dos piezas bien amuebladas, con sus lámparas eléctricas colocadas al lado de la mesa y de la cama, con su

*toilette* cómoda y su biblioteca bien surtida, con su gran balcón que mira al parque.

—Lo único que me falta todavía—me dice—son algunos cuadritos en los muros.

Por ahora, en efecto, el joven Lugones no tiene, para animar la blancura de su interior, sino dos grandes retratos con dedicatorias: el de su padre y el de Rubén Darío.

Esto me hace pensar en mi colegio de hace veinticinco años, en una casa oscura, en la que éramos verdaderos prisioneros y en la que un día castigaron a todos los chicos de mi dormitorio porque nos habían encontrado un cromo que representaba a Alfredo de Muset sentado a los pies de su musa.

\* \* \*

Durante el almuerzo no puedo dejar de repetir al ilustre Presidente lo que antes dije al hijo de Leopoldo Lugones:

—Esto es mejor que mi hotel.

—Pues le aseguro a usted—me contesta el mago de la casa—que no hemos cambiado ni el arreglo de la mesa ni el *menu*. Hemos querido recibirle a usted en la vida ordinaria del internado, como si fuese usted un nuevo compañero.

—Pero ¿es posible—le pregunto seriamente—, es posible que todos los días sirvan así, camareros de frac, estos manjares delicados y estos vinos finos?...

—Y ¿por qué no?... Los jóvenes que aquí viven son ya caballeritos dignos de ser tratados con respeto y de ser alimentados con cuidado. La idea más lejana de la realidad de este establecimiento sería la de suponer un grupo de pensionistas con las estrecheces económicas de una casa de lucro, con disciplinas rígidas, espionaje y vida triste y conventual, entre hombres de ceño adusto que los tuviesen sometidos a la obediencia y al silencio en un alejamiento de la Naturaleza, de la familia y de la expansión que vigoriza la voluntad y estimula el ejercicio espontáneo de las actividades mentales. Este internado no es el «internado cerrado» antiguo, que se aleja de la belleza, de la alegría, de las nobles manifestaciones de la vida. En este internado el alumno vive y aprende a vivir como miembro de familia culta o como huésped de casa distinguida—lo que por sí sólo es un curso de educación—al cuidado de profesores especiales del conocido «Tutorial System». Consiste la diferencia entre el antiguo y el nuevo internado en que el uno es monacal y hospitalario y el otro social y libre, como que se destina a jóvenes que lo utilizan, no sólo para su residencia, sino también para su educación, y señala dos conquistas: una, institucional, al hacer posible entre nosotros el colegio inglés, y otra, al ofrecer a las familias una casa de estudios y educación social donde puedan enviar con toda confianza sus niños desde los catorce años. El colegio inglés, para varones, es único entre las instituciones del mun-

do, y su producto, el *gentleman* inglés, preparado especialmente para la vida, hace la admiración de otras naciones. En las dos ciudades de Oxford y Cambridge, aisladas del mundo exterior entre verdes jardines y edificios medievales, este proceso educativo se ha desenvuelto por centenares de años y ha dado los hombres de pensamiento y acción que han guiado los destinos de la raza de habla inglesa. El inefable tipo de vida colegial parece ser el de la semirreclusión en núcleos académicos y de íntima y deliciosa asociación con otros jóvenes de la misma edad y con profesores que se consagran a la enseñanza y a la investigación. De la necesidad de compensar la vida escolar, estrechada por el aula, con la amplia Naturaleza, y la deletérea de la calle con la morigerada de un hogar acondicionado, ha nacido esta institución, en la que cada sección de veinticinco alumnos está a cargo de una familia, compuesta de director-profesor, su señora y sus hijos. El comedor común es un lugar de reunión y conversación sobre temas generales, en el idioma nacional y en uno extranjero, el francés o el inglés. Los jóvenes, al terminar sus comidas, disfrutan del vasto parque, iluminado, por la noche, con luz eléctrica, o bien, en las galerías, del hermoso panorama que se extiende hacia la Ensenada, o en la sala acostumbra sus oídos a la Música, a la Declamación, a la Ciencia, formando conceptos acerca del Arte, convirtiendo sus reuniones en veladas familiares amenas e instructivas.

Todo esto que el presidente de la Universidad de la Plata me dice como la cosa más natural del mundo, yo lo veo realizarse como un milagro. Un internado que es al mismo tiempo un colegio y un hogar, un parque y una biblioteca; no, en verdad, yo no creí que tal cosa existiese fuera de Oxford. Y si he de ser franco, cuando leía en Bourget o en George Grappe las descripciones de aquellos famosos Worcester, Oriel o Morton Colleges, con su libertad, con su dulzura, con su *confort* y con su alegría, preguntábame entristecido si jamás sería posible, en países de raza española, llegar a tan noble y tan quimérica concepción de la vida universitaria.

El Presidente, que es un optimista, murmura a mi oído:

—No hay que dudar jamás de nuestra raza... Todo lo que los anglosajones puedan hacer, lo haremos nosotros si queremos.

Y luego, con orgullo, concluye:

—Hasta lo haremos mejor.

\* \* \*

Mientras uno de los profesores que me acompañan en mi peregrinación por las diferentes Facultades me habla de los diplomas de doctores en ciencias naturales, en ciencias físicas o en ciencias químicas; de abogados, de ingenieros, de maestros normales, de escribanos, de geógrafos, de cartógrafos, de agrónomos y de farmacéuticos,

yo examino, entusiasmado, los parques magníficos, los parques interminables que rodean cada edificio y que parecen hechos para largas meditaciones y para largas charlas. La frase de Moréas según la cual en el Barrio Latino, de París, lo mejor y lo más transcendental es lo que sale de los jardines del Luxemburgo, acude a mi memoria y cobra, ante estas enramadas, un valor positivo.

—No conozco—digo al Presidente—la Universidad de Buenos Aires. No sé si es tan admirable como ésta. Pero estoy seguro de que sus aulas no producirán jamás las generaciones de pensadores y de soñadores, de inventores y de transformadores que han de salir de aquí. ¿Y sabe usted por qué? Porque lo que es alimento en una clase no se asimila si no hay, para digerirlo, lugares cual éstos, bajo cuyas enramadas es dulce hacer y deshacer el mundo...

El ilustre universitario sonríe con su sonrisa algo fría, algo distante y también algo irónica. Sin esfuerzo veo que me considera un poco loco, o, por lo menos, un poco *fantaisiste*.

—Para la higiene...—murmura.

\* \* \*

Temeroso de que cometa el sacrilegio de hablarme de estos divinos parques como de lugares puramente útiles desde el punto de vista de la salud del cuerpo, cambio la conversación y celebro, con el entusiasmo que es de justicia, las admira-

bles cosas sabias que he visto: el museo, y más que el museo el observatorio astronómico, y más que el observatorio las aulas, en donde la enseñanza no es objetiva y fría, no, sino que, gracias a los experimentos, a las demostraciones, a la práctica científica, en fin, llega a vivir y a palpar cual una lección de las cosas.

—Es cierto—me dice el Presidente—, es cierto... Lo experimental, lo positivo, lo que no sale sólo de los libros, me interesa muchísimo. Gracias a nuestros laboratorios, y en especial a los de Química, Ciencias naturales, Agronomía, Fisiología y Psicología experimental, llegamos a resultados que yo casi no me atrevía a esperar. Una prueba grande de la actividad de este Centro son nuestras publicaciones científicas, que, como usted sabe, resultan numerosas y encuentran en el mundo entero una acogida que nos da alientos para tratar de continuarlas en mayor escala. En realidad, todo nos alienta, todo nos llena de júbilo y de orgullo. El número de nuestros alumnos crece, de año en año, de un modo inesperado. Y eso que no aceptamos sino a aquellos que aquí quieren hacer sus estudios completos. En efecto; todos los alumnos de esta Universidad son regulares, pues uno de los primeros actos de nuestro Consejo Superior fué dictar la ordenanza general, disponiendo que en sus cursos no se admitieran asistentes libres, en razón de que, siendo la enseñanza de las Facultades e Institutos práctica y experimental, es indispensable la presencia



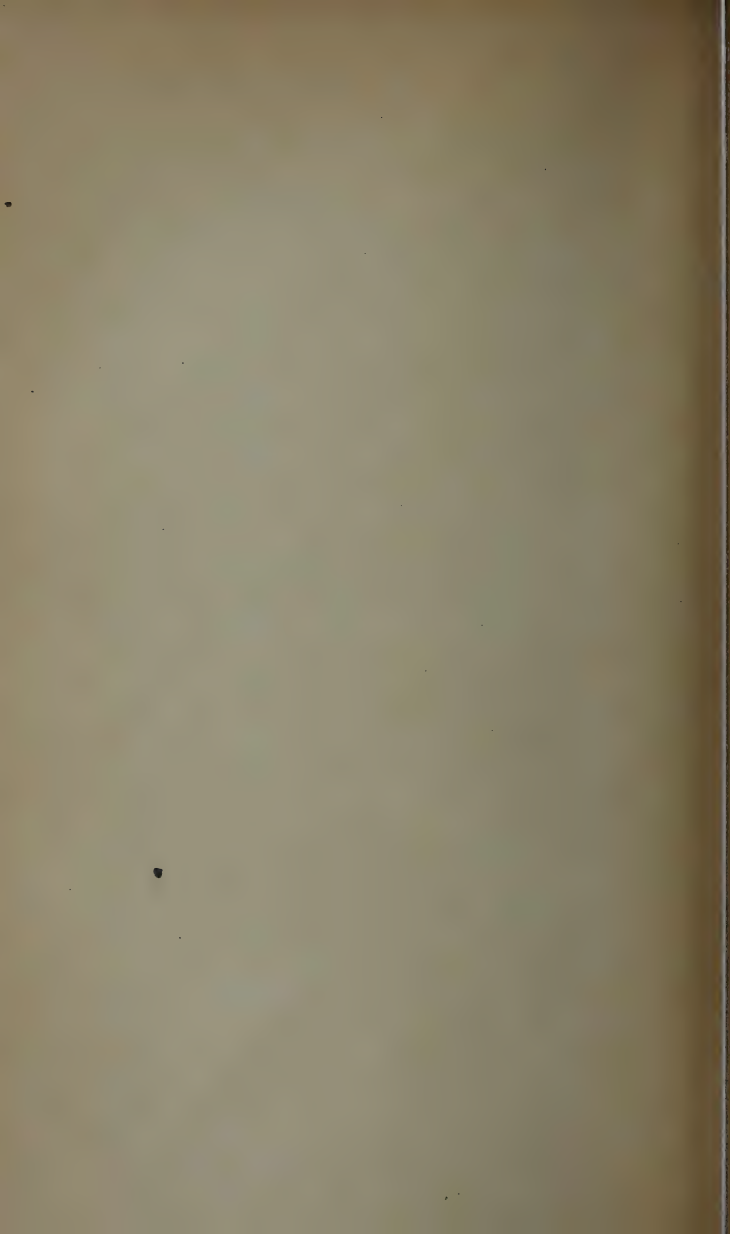
del alumno en el aula de una manera constante. Por otra parte, esta necesidad resultó imprescindible en la Facultad de Ciencias jurídicas y sociales con motivo de la aplicación de la ordenanza sobre promociones, que elimina el examen como medio ordinario de triunfo, sustituyéndolo con un sistema que obliga a los alumnos a trabajar diariamente en clase, bajo la vigilancia inmediata del catedrático. Este sistema, que podemos llamar intensivo, y que ha sido preconizado por los hombres de mayor experiencia pedagógica, nos ha llevado también por un camino natural hacia la limitación del número de alumnos por clase, fijado ahora en la Facultad de Ciencias jurídicas en cincuenta, y que espero se irá reduciendo. Dar una enseñanza experimental: he ahí nuestro propósito. Y, o mucho me ciega el amor paternal que por esta obra gigantesca tengo, o ya vamos logrando lo que desde un principio anhelamos.

\* \* \*

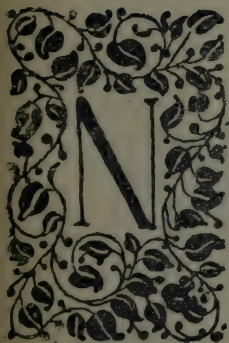
Otros más doctos que yo han dicho ya lo que desde un punto de vista científico, dando a esta palabra su amplia y universal acepción, representa la obra universitaria del presidente de la Universidad de la Plata y de sus ilustres colaboradores. Yo no quiero hoy sino recordar la frase de Leopoldo Lugones, que cité al principio, y que desde esta mañana me obsesiona: «Es nuestro Oxford.» Sí. Pero ¿debemos entender esto de una

manera puramente pedagógica y creer que es el régimen interno en lo que tiene de idéntico al de Trinity College, y la organización de los cursos en cuanto se asemejan a los de Merton o de Wadham, lo que merece el honor de que se le compare con la ciudad universitaria inglesa?... Yo no lo creo. Comprar un programa está al alcance de cualquier pueblo, y con un poco de oro y otro poco de inteligencia, cualquier normalista agencia y metodiza un aula modelo. Mas hay algo que no puede ni comprarse ni improvisarse, un algo superior a los reglamentos, hasta superior a la Ciencia, y que existe, lo mismo que en el recogimiento severo de Oxford, en el aparente desorden del Barrio Latino. Ese algo no lo ponen los profesores, sino los alumnos, y es la llama interior en la cual se calientan las inteligencias juveniles. Y esa llama, aquí, la encuentro bajo los bellos árboles de los parques, en los vastos salones de las Facultades, en los claustros de reuniones amistosas. Sí; los estudiantes de la Plata pertenecen a la raza de los que estudian con amor. ¿Les sucede lo mismo a los de Buenos Aires y a los de Mendoza?... No lo sé. Lo que sí sé es que en ninguna de las otras dos Universidades clásicas de la Argentina la atmósfera puede ser tan apropiada a la existencia espiritual como la de esta ciudad, callada y amplia, que parece no tener más vida que la de sus espléndidos jardines académicos. El joven de nuestra época, en efecto, no es el pálido lector de poemas que en tiempo de Sarmiento

imitaba la melena de los retratos de París. En París mismo, ya las lívidas figuras han desaparecido para dejar triunfar a los arrogantes atletas que, no por correr y por boxear, son menos capaces de comprender y de sentir. El antiguo tipo del remador de Cambridge, que en su canoa lleva una *Iliada*, en griego, es hoy el ideal de toda la adolescencia. Y para este sér nuevo que, como dice Bourget, representa la resurrección de la armoniosa animalidad ateniense, cuyas representaciones marmóreas admiramos en los museos, nada es más necesario, más indispensable, puede asegurarse, que la amplitud fresca y poética de las ciudades construídas entre vastos jardines. Porque el jardín es al mismo tiempo el templo de Dionisos, gran exaltador de vida, y el aula de Aca-demo, dulce consejero de serenas meditaciones...



## ENTRE FLORES Y SONRISAS



o le parece a usted lindo?»—me pregunta alguien. «Sí — le contesto—. Tal vez demasiado lindo.» Y es que, realmente, aun los que más acostumbrados estamos a la gracia ordenada de la jardinería francesa, nos sentimos sorprendidos por la extraordinaria y deliciosa artificiosidad de las avenidas de Palermo.

El creador del paseo fué, según parece, un señor Thays, a quien Clemenceau llama el Le Nôtre argentino. De Le Nôtre adviértesele, desde luego, el gusto exquisito de los arreglos floridos, el amor de los mármoles paganos entre las enramadas y la preocupación de los boscajes hechos como para fiestas galantes. Pero en un terreno cual éste, sin ondulaciones, no era posible hacer

un parque de Versalles. Probablemente no era eso tampoco lo que el Le Nôtre porteño quería. En la imaginación de los jardineros actuales lo que más prestigio tiene no es el arte casi divino de los paseos del siglo xvii francés, sino el estilo de los Campos Elíseos y del Bosque de Bolonia. Visitad cualquier ciudad nueva, grande, rica, y veréis que una de las primeras cosas que os enseñan es su avenida del Bois. La de Buenos Aires, o mejor dicho, las de Buenos Aires, son, sin duda, las más bellas entre todas las que el nuevo mundo ha improvisado. No tienen árboles milenarios, es cierto, ni tienen tampoco la belleza de las vastas perspectivas elevadas. En cambio, poseen plantas tan variadas que uno no sabe a veces si está respirando el perfume embriagador de los trópicos o el suave aroma del norte europeo. Entre las palmas crecen los álamos; junto a los magnolios gigantes, álzanse los pinos negros. Y con las flores pasa lo mismo. Porque aquí las flores no son un mito. Repartidas gentilmente en *parterres* que un jardín principesco envidiaría, alegran la vista y embalsaman el aire. El rudo sembrador de Meunier, cuyo gesto de campesino sorprende en tal sitio, se ha resignado a sembrar geranios y azaleas en vez de trigo. Todo lo grande, todo lo fuerte, todo lo recio, diríase que aquí se afina y se engalana con galas casi femeninas. Recorriendo la avenida Alvear, que es la avenue des Champs Elysées de Buenos Aires, se siente uno agradablemente sorprendido por la gracia de sus archi-

tecturas. Aquí cerca, según parece, algunos extranjeros han edificado palacios dignos de competir con los famosos horrores de Barcelona, de Munich y de Budapest. «Un inglés—dice Huret—ha reunido cuanto el mal gusto podía reunir en un mismo sitio: cascos esculpidos, animales heráldicos, monstruos fabulosos, gárgolas góticas, frontones griegos y ventanas Renacimiento.» Yo no he tenido el honor de ver este modelo de suntuosidades complicadas. Lo que he visto al pasar, sin detenerme para admirar detalles, me ha parecido tan delicioso como lo que se ve en París en la avenida del Bosque. Justamente, una de las cosas que me llaman la atención es el buen gusto mediocre, sin originalidad ni estilo, pero también sin extravagancias, por todas partes notable. ¿Cómo—nos preguntamos—, cómo y por cuál milagro un pueblo que comenzó a echar sus millones por las ventanas en la época macarrónica del *art nouveau* y del *modern-styl*, ha logrado defenderse contra la influencia de los belgas, de los alemanes y de los catalanes?... En París mismo, donde el buen gusto forma parte de la tradición nacional, las casas y los palacios imitados del teatro Loïe Fuller fueron, allá a principios de nuestro siglo, una pesadilla que deshonoró, durante veinte años, algunas calles.

Aquí todo es discreto, claro, correcto. ¿Me decís que todo es vulgar, que todo es copia, que todo es transplatación de estilos franceses e italianos de otro tiempo?... Probablemente tenéis razón.

Pero puesto que estamos condenados a escoger entre copias bellas e invenciones espantosas, ha sido una gran virtud la de los *parvenus* porteños que, renunciando al placer fácil de *épater* a los burgueses, se han contentado con colocar, en los jardines de las grandes avenidas, palacios de nobles líneas clásicas.

Recorriendo las terrazas floridas de Palermo he pensado más de una vez en el Salón del Prado, de Madrid, y me he dicho que es al paseo argentino al que le convendría este nombre. Un salón, en efecto; un salón cuyo suelo está alfombrado; un salón de invierno, con plantas raras, con lampadarios magníficos, con soberbios vasos de alabastro: he ahí lo que vemos todos los días aquí. ¡El Salón de Palermo! Los caballeros, cuando dejan sus automóviles, se pasean por las avenidas, bajo los árboles raros, por las márgenes del lago o entre las flores de las platabandas, cual en un salón. Y yo no sé si hay en otra parte del mundo un espectáculo igual al de las mañanas domingueras, en que las porteñas, después de misa, vienen a lucir aquí el *chic* de sus trajes, el garbo de sus cuerpos y la gracia de sus rostros.

—A mí —suele uno decir— me parecen más elegantes que bonitas...

Y en seguida, contradiciéndose, murmura, al verlas mejor:

—Con todo lo elegantes que son, resultan todavía más bonitas que elegantes...

Y es que, en realidad, ni pueden tener mayor



belleza ni pueden tener más distinción. Aunque sea algo pesado compararlo todo con lo de París, en las parisienses hay que pensar viendo a las porteñas distinguidas que animan las magníficas alamedas de Palermo. Y si me decís, como me ha dicho la esposa de Jules Huret: «Más lindas, más lujosas, más airosas son que las parisinas...» Si me decís eso, todavía soy capaz, a pesar de mi fervor conocido y reconocido, a pesar de mi amor casi religioso por la mujer de Lutecia, de contestaros: «Puede que estéis en lo cierto.»

En todo caso, si no superiores, tampoco son inferiores plásticamente, rítmicamente, suntuariamente. Andando a pie, con una soltura que no tienen las mujeres ricas de otros países; andando sin que la falda llegue a embarazarlas, ni los tacones, por Luis XV que parezcan, las hagan vacilar, van, con pasos menudos y elásticos, ondulando según el compás de la moda, ora con la *allure souple* de las últimas invenciones, ora con la ligera y petulante rigidez de hace unos cuantos años, y parece que estuviesen pagadas por alguna gran modista para hacer ver al universo lo que es el poema vivo de una *toilette* bien llevada.

¡Ah, niñas de Palermo, deliciosas niñas morenas, que andáis como maniquíes de la rue de la Paix: cuán triste es que no os decidáis, renunciando a vuestros hábitos, algo recelosos y también algo orgullosos, a pasearos igualmente por las calles céntricas de Buenos Aires! Ya sabéis

que esas calles tienen fama de ser feas. Si vosotras las animarais, serían deliciosas. Pero es, sobre todo, en los jardines de las inmediaciones del Congreso y de la Casa de Gobierno, en los encantadores *squares* urbanos, hoy sólo visitados por hombres modestos, en donde yo querría veros. Porque venir hasta aquí sólo para admirar vuestro encanto, casi es consideraros cual un espectáculo de lujo, cual un espectáculo raro. ¿Cómo no comprendéis, ya que sois patriotas, que el mejor medio de dar prestigio a vuestra ciudad es engalanarla con el constante don de vuestras gracias? Las parisienses lo hacen en su París. Y puesto que sois también caritativas, ¿cómo no sentís lo piadoso que sería poner sobre la prosa terrible de un pueblo de negocios y de esfuerzos, de crispaciones y de envidias, a todas horas, en todas partes, la belleza de vuestras miradas? Un escritor muy grave ha dicho: «La mujer...»

¡Eh! ¡Pero qué voy a meterme ahora en discursos serios, cuando a lo que he venido a este Palermo de flores, de lagos, de cisnes, de mármoles y de sonrisas, es a saborear la frivolidad criolla, que tanto indigna a los filósofos pesimistas y que tanto nos entusiasma a nosotros, los que no somos sino poetas? Todo es alado, todo es vaporoso, todo tiene un sutil aire de artificio y de teatro en el magnífico paseo. La tierra que pisamos en algunas avenidas es más bonita que la tierra en general. Es una tierra fabricada, según parece, para que lo verde del césped se destaque bien en su fondo

rojo. Ciertas plantas tropicales, de puro hermosas, parecen de seda. Las rosas, en fin, las rosas y los jazmines, que el rudo segador de bronce no se atreve a segar, diríase que están colocadas en su basta *corbeille* por manos que cada noche vienen a cambiarlas. Y lo estupendo es que esta sensación de *mievrerie* no choca con la grandeza del conjunto. El Le Nôtre argentino ha hecho aquí el mismo milagro que su abuelo realizó en Versalles, donde cada detalle es delicado, casi frágil; donde cada bosqueje parece hecho para una comedia de Molière; donde los *ifs* están tallados en forma de ramilletes y los mirtos componen guirnaldas, sin que eso impida que, cuando se contempla el parque entero, con sus avenidas y sus estanques, con sus estatuas y sus enramadas, produzca una soberbia impresión de magnificencia.

Un amigo nostálgico que me oye hablar, exclama:

—Lo que le falta justamente a nuestro bellísimo paseo es algo que sea aristocrático, algo que evoque sombras augustas... Las democracias no son sólo tristes, como dijo Tocqueville... Son también antiestéticas...

¿Os acordáis de la famosa descripción que Paul Bourget hace de Hyde-Park, el más aristocrático, el más suntuoso paseo de Europa?

«Los caballos trotan—dice—, las divisas antiguas blasonan las portezuelas de los carruajes; los cocheros de librea, con sus pelucas empolvadas, se mantienen rígidos en sus sitios, y a algu-

nos centenares de pasos, bajo los árboles del bosque, los miserables, vestidos de harapos, yacen echados sobre el césped.»

En Buenos Aires, en Palermo, no hay escudos de armas en los automóviles; no hay automedontes de los que hacen pensar en cortejos antiguos; no hay ni siquiera carrozas de estilo clásico... Pero tampoco hay seres que se mueren de hambre entre las frondas. Y si a mi buen Valle-Inclán, hombre de paradojas, le parece que una cosa no compensa la otra, los demás, pensando con el alma y no con el amor de la tradición, creemos que, entre los mejores bosques del mundo, el más bello es el que no conoce la miseria, aunque tampoco conozca la aristocracia... Después de todo, hasta de una manera ideal, lo más importante, si se trata de una verdadera raza de elegidos, no es nacer nobles, sino nacer bellos. Los títulos no son signos ni aun de verdadera antigüedad. El país más linajudo de Europa, Grecia, es el único que no tiene ni marqueses, ni condes, ni duques. En la Argentina hay duques y condes, y también hay príncipes; pero, en general, ocupan puestos muy humildes, y si van a Palermo es como cocheros de algún *parvenu*. En cambio, los plebeyos enriquecidos llenan las amplias calzadas con sus *autos* y las floridas avenidas con sus mujeres. Y para que la revancha de la democracia sea completa, esas mujeres tienen, no sólo lo que se puede comprar, no sólo lo que es lujo y esplendor, sino también lo que es un don del

cielo: la belleza, la elegancia, la gracia, el encanto.

¡Ah, bosque de Palermo! ¡Cuán más hermosos, cuán más seductores, cuán más elegantes son tus desfiles sin blandones, pero sin mendigos; sin pelucas blancas, pero sin viejas damas grotescas; sin carrozas áureas, pero sin *misses* escuálidas, que los de aquel Hyde-Park de todas las aristocracias, de todos los orgullos y de todas las angustias!...



## EL TANGO



s un barrio lejano, sórdido y casi desierto. En el suelo, lleno de agua, las raras luces del alumbrado público se reflejan con livideces espectrales. Por la acera, verdadera «vereda», como aquí se dice, marchamos, a saltos sobre los charcos, los tres invitados del hombre que mejor conoce los arrabales porteños. Delante, haciendo nobles discursos sobre la música popular, va Blasco Ibáñez. Detrás de él, callado y nervioso, camina Emilio Thuillier. Yo trato de no abandonar a nuestro gentil *cicerone*.

—Claro que no será como lo que usted ha visto en París—exclama éste—. Para eso hay que ir a los *cabarets* del centro, donde las muchachas de Francia...

Mas no son muchachas de Francia, no, ni tam-

poco gracias afinadas y estilizadas lo que deseamos ver, sino flores naturales del fango porteño y ondulaciones orilleras.

—Eso verá—murmura.

Luego, excusándose:

—Sólo que va usted a notar la diferencia... Aquí se baila sin arte... El tango, tal cual los europeos lo han transformado, es una danza mucho más elegante que la de nuestros compadritos. Lo que yo quiero enseñarle ahora es una cosa muy ordinaria... Ya ve usted el barrio...

Más que ordinario resulta, en efecto, el antro en el cual acabamos de penetrar... Es una vasta sala sin ningún adorno, sin papel siquiera en las paredes y apenas iluminada por unos cuantos mecheros de gas. En el fondo, en una especie de jaula de madera, seis músicos preparan sus instrumentos. Amontonados alrededor de unas cuantas mesas sucias, un centenar de parroquianos beben, charlan, ríen. Al principio es difícil darse cuenta del aspecto de la gente. Los hombres, delgados y jóvenes en general, con sus sombreros hongos y sus cabellos largos por detrás, parecen responder a lo que se llama el tipo del «compadrito». Las mujeres forman una humanidad más heterogénea. Las hay que resultan verdaderas niñas, con sus grandes ojos cándidos muy abiertos en sus rostros sonrosados, y las hay que tienen caras de abuelas: de tal modo la edad está marcada en las arrugadas de sus mejillas. Pero las más inquietantes—y las más interesantes tam-



bién--no son ni éstas ni aquéllas, sino las muchachas delgadas, pálidas, ojeras y serpentinadas, que, con una sonrisa uniforme, miran a todo el que entra de una manera espectral y provocante.

—Curioso —murmura Thuillier.

—¡Estupendo!—exclama Blasco Ibáñez.

Nuestro guía me lleva hacia la jaula de los músicos para ofrecirme una silla y para pedir un tango.

—Estas criaturas—me dice—son, moral y materialmente, lo más bajo que hay en Buenos Aires. Para descubrirlas es preciso venir hasta aquí, hasta las orillas del río. Fíjese usted en sus trajes, y notará lo poco que las infelices saben de lujo y de modas.

Los harapos vistosos de las pecadoras son, en efecto, tan variados como sus tipos. Hay mujeres gordas que ostentan con orgullo trajes de Claudinas, dejando descubiertas las redondas pantorriñas con un aire que quiere ser infantil y que no es sino infame. Las hay jóvenes, muy pintadas y muy coquetas, que realizan el triste milagro de parecer elegantes con trapos de hace diez años. Las hay, ingenuas y gentiles, que unen un corpiño de baile a una falda *tailleur*. Y las hay que, renunciando a toda lucha, proclaman, con su lamentable abandono, la miseria de las supremas derrotas.

Mi *cicerone* comienza a indicarme a algunas que fueron en otro tiempo estrellas galantes.

—Aquí—me dice—se vive más de prisa que en

Europa... La belleza dura menos... La fortuna, también...

Los preludios de la orquesta le obligan a callar. De los violines humildes brota, con languideces ponderadas y sutiles, el ritmo delicioso del tango. Es el mismo que he oído en todo el mundo, a todas horas; es el tango clásico, el más conocido de la gente, el que hasta los organillos de Guatemala saben ya tocar. Pero, lejos de quejarme de no escuchar algo nuevo, me alegro de que sea con tales notas, que son las mismas que sirven a las lindas parisienses en sus fiestas, con las que vamos, al fin, a ver el baile porteño en su manifestación más castiza y más arrabalera.

Ahí viene, lenta y comedida, una pareja .. Luego otra, que parece seguir a la primera... Luego otras, no muchas: diez o doce... Y pasan ante mi observatorio sin prisa, sin violencia, casi sin entusiasmo, contando los pasos, preparándose para los cortes, cuidándose de no equivocarse... Y poco a poco la atmósfera se anima, no con la vida ardiente de los antros de la Bombilla madrileña, donde las parejas se ciñen en abrazos apretados, sino con la fiebre artificiosa y algo teatral de los «tés» parisinos. Porque, a pesar de lo que dicen casi todos, el baile es el mismo aquí, en su cuna de cieno, que en los palacios áureos a los cuales ha sido trasplantado por la moda europea.

Viendo pasar y repasar las parejas, yo me pregunto cuáles pueden ser las razones para que esta danza haya provocado, no sólo los anatemas de

los obispos, sino también el entredicho de la sociedad porteña.

—¡Oh!... ¡E! tango!—exclaman las damas de Buenos Aires, como si se tratara de una cosa monstruosa.

Y cuando alguien dice que en una Embajada argentina se ha tanguado alguna noche, su excelencia el señor embajador, Rodríguez Larreta, hace cablegrafiar al Gobierno y a la prensa de su país protestando contra tal calumnia.

«Eso mancha la reputación de nuestras damas», há escrito uno de los espíritus más distinguidos del país.

¿Eso?... Al contrario. Eso, en el *bouge* donde antes no veíamos sino miseria y vicio, crispación y sordidez, ha creado, con la magia de su ritmo pausado y señorial, que parece alargar las siluetas y afinar los talles, una atmósfera de fiesta galante, mundana y comedida. No reconozco ya, en efecto, en estas parejas ni a los compadritos del hongo sobre la oreja ni a las tristes pecadoras de los harapos disparatados. Sin enlazarse, casi sin tocarse, mirando más sus pasos que sus rostros, los unos y las otras sonríen con una sonrisa grave, igual en todos los labios, y ondulan en pasos complicados, como si estuvieran celebrando un rito de ceremoniosas armonías. ¿Dónde está el pecado, dónde está la perversidad, dónde está la lascivia en esta danza? Es más: ¿dónde está el voluptuoso abandono de los valeses?...

El tango...

Hay, sin duda, un tango terrible y magnífico que es, no sólo la pantomima del amor, cual otros muchos bailes, sino la imagen palpitante del espasmo. Es el tango español, hecho de sobresaltos, de temblores, de crispaciones y de agonías voluptuosas. Pocas noches ha, en pleno centro de Buenos Aires, en un teatro de los más elegantes, ante una concurrencia distinguidísima, vi a una muchacha de Sevilla que bailaba tangos flamencos. Era un bello espectáculo, seguramente, ante el cual, sin darse cuenta de ello, la asistencia embriagábase de voluptuosidad.

«¡Viva tu madre!»—le gritaban los galanes sencillos de las galerías.

Y oyendo la exclamación tan española, yo pensaba que aquella chica, casi anónima, podía muy bien ser una hija de la Puga, fina y desnuda, a quien Barrés consagró uno de sus madrigales gauditanos. ¡Ah, sí! En su menuda persona palpitaba todo el instinto sagrado del amor puro y salvaje, y su belleza anillosa, estremeciéndose a impulso de un instinto indomable, ponía, cual una hostia púrpura, en los labios de sus admiradores de una noche, la sublime sensación de lo que no cambia nunca: del deseo, del placer, del vértigo...

Pero a no ser el nombre, ¿qué tiene de común el tango andaluz, bárbaro, sublime y patético, con su hermano el tango argentino, fino, felino y cortesano?...

El baile que veo esta noche en este *bouge* de

Buenos Aires, y que es el mismo que he visto antes en los salones parisienses, lejos de encarnar el triunfo religioso de la sana y fuerte Venus popular, personifica el estudio, el dominio de sí mismo, la aplicación sabia y el artificio refinado. No hay en él ni una nota, ni un ritmo, ni un paso, ni un gesto, ni una actitud, que sean naturales, que sean francos, que hayan nacido de la tierra cubierta de sudor amoroso, cual una flor silvestre. Ya la sola indicación de que, según la frase técnica, se trata «de una danza a contratiempo», indica su carácter afectado y docto. Pero esto no es todo. Cada detalle, cada movimiento, cada figura, cada ondulación, cada balanceo, es de una sabiduría afectadísima.

¿Es verdad que esta danza es la que bailan los ganaderos en la pampa y los marineros en los lupanares de los puertos más alejados de Buenos Aires? La gente lo cree porque los periódicos lo dicen. Pero yo no puedo, lógicamente, aceptarlo. El pueblo del campo y la plebe de las provincias no tienen tiempo para aprender danzas complicadas. Más que de suburbios, por lo demás, el tango parece salir de algún hotel de Rambouillet del arte coreográfico: de tal modo su conjunto es un dechado de suaves *preciosités* y de elegantes complicaciones. En nuestro siglo, positivo y breve, hasta algo anacrónico resulta con sus treinta y dos figuras o pasos diferentes. Viéndolo bien, sin prevenciones, uno se dice:

—Este baile es un hermano de aquellas lángui-

das pавanas y de aquellos ceremoniosos minués del siglo XVIII. Es un baile de corte...

Una anécdota hace ver las dificultades del tango, al mismo tiempo que su pureza. Cuando Richopin comenzó a escribir su *Tango*, las dos actrices que debían representar los principales papeles, mademoiselle Lavallière y mademoiselle Spinelly, se pusieron a aprender el nuevo baile. La noche de la *première*, no obstante, algunos espectadores entendidos en la materia notaron que lo que las dos lindas parisienses bailaban no era el tango. Interrogada por *Le Matin*, mademoiselle Lavallière contestó:

—Es cierto; lo que bailamos es una especie de *matchicha...*; el tango es demasiado difícil de aprenderse en unas cuantas semanas... Y, además, no es bastante voluptuoso...

Cierto. El tango argentino, tal cual en París se practica, es una danza lenta, elegante, distinguida, aristocrática, casta y complicada. Las parejas van midiendo los pasos con un cuidado extraordinario. Al menor error, todo está perdido. Cada gesto corresponde a una regla severa e invariable. Y no hay uno solo de sus movimientos, así, uno solo, que la más pura señorita no pueda ejecutar.

Pero lo extraño, lo inexplicable, es que el tango que esta noche veo en este bajo y vil *bouge* de Buenos Aires no se diferencia del tango parisien se en ningún detalle esencial. Las bailadoras de Luna-Park son, de fijo, más hermosas, más lujo-

sas, más graciosas y más airosas que las de aquí. El baile es el mismo. ¿Consistirá tal fenómeno en que la influencia del refinamiento parisiense ha llegado ya hasta tan miserable y lejano arrabal?...

Lo ignoro.

Nuestro guía, no obstante, sigue convencido de que acaba de hacernos ver un espectáculo vulgarísimo, y se excusa diciéndonos de nuevo.

—Esto no es París...

Y cuando le aseguro que no veo diferencia entre el tango denigrado de la Boca y el adorado tango de Montmartre o de los Campos Elíseos, exclama:

—¡Parece mentira! No ve usted que esta es una danza de lo más grosero, de lo más plebeyo... (1).

—Lo que parece mentira—le contesto—es que sea una danza popular, cuando parece hecha para ceremonias cortesanas...

---

(1) A última hora encuentro, en un artículo injusto de Leopoldo Lugones, una frase justa. Hela aquí, fechada en París y escrita en francés: «Seulement le tango, j'y insiste, se danse ici comme làbas». Es cierto... Y aquí y allá es delicioso, querido y gran poeta.





## LA FIEBRE DEL ORO



AY en Buenos Aires una esquina famosa, a la cual acude la gente para contemplar el espectáculo que más puede interesar a un pueblo como éste. En apariencia, todo es ahí lo mismo que en las demás esquinas del centro. Los hombres pasan rápidamente. Y vosotros, los que no estáis iniciados en los secretos del Banco y de las Bolsas, ni siquiera volvéis hacia ellos la vista. Pero los verdaderos ciudadanos de la metrópoli, los que sienten palpitar en su pecho el corazón ávido y fantástico del negocio, ven en cada uno de esos pasantes a un héroe de cuento de hadas. Deteneos un minuto junto a un grupo y oiréis:

--Aquél vino sin nada... ni más ni menos que

tú... y hoy tiene cien leguas de tierra en la Pampa.

O bien:

—Ese es el que quebró en 1889... Estuvo en la cárcel... Ahora es cien veces millonario...

O bien:

—El más pequeño es el propietario del Banco... Yo le conocí descalzo en el muelle...

Y es de observar entonces el fervor supersticioso con el cual los que esperan y desean y codician, contemplan a los que ya han sido canonizados por el éxito. Dueños de grandes riquezas en una metrópoli metalizada en que la riqueza es el mayor atractivo de la vida, los banqueros aparecen cual la encarnación de la dicha, del poderío, de la fuerza, de la tranquilidad. ¿Qué pueden temer, qué pueden desear, de qué pueden preocuparse siendo tan ricos? Cuando la gente les cuenta los millones, acaba por exclamar:

—¡Con unos cuantos que me diera, ya no querría yo nada más!... ¿Para qué amontonar centenares, cuando cuatro o cinco bastan?...

Es cierto... Cuatro millones, cinco millones, ¿qué más ha de querer un millonario cuerdo para gozar de la existencia?

Yo, por mi parte, confieso, empero, que el banquero o el bolsista que sabe detenerse a tiempo y marcharse con sus noventa mil dólares de renta anuales bien saneados, no me interesa. Mis millonarios son los que carecen de cordura y no se detienen nunca, por muchos tesoros que posean. En

esta fiebre, en efecto, es donde reside la grandeza verdadera del gran acaparador de riquezas. El que, una vez dueño de la fortuna que puede darle lo que en nuestra época se compra, piensa en retirarse de los negocios, en aprovechar lo adquirido, en gozar, en fin, de la vida, es como el conquistador que se contenta con el primer pueblo sometido a su fuerza. La Historia está llena de ejemplos de esta clase; pero son ejemplos que nadie recuerda. En cambio, César, Carlomagno y Napoleón, conquistadores insaciables, conquistadores que conquistan por conquistar, que ni siquiera conocen las tierras que poseen, que no calculan lo que valen los países, sino únicamente el esfuerzo que se necesita para adquirirlos, aparecen en el mundo como seres sobrenaturales. ¿Y qué son los Astor, los Vanderbilt, los Rockefeller, los Mackay, sino grandes conquistadores del oro, caballeros errantes de un ideal, locos perseguidores de una quimera? Entre ciertos sabios, ya es cosa vulgar la creencia de que la sed de los millonarios obedece a una verdadera enfermedad o, mejor dicho, a un desequilibrio. El oro no tiene en sí mismo nada que pueda atraerlos. Viviendo una vida de trabajo y de fatiga, no piensan jamás en placeres. Desde que se levantan hasta que se acuestan no hacen más que trabajar. En sus oficinas, en sus estancias, en sus Bancos, en todas partes, son los primeros. Sólo en el descanso son los últimos. ¡Qué digo descanso! La palabra misma choca cuando se trata de estos seres.

Y el trabajo no es nada. Lo trágico es el perpetuo temblor que agita sus almas. Porque en la realidad, lo mismo que en la novela de Julián Martel titulada *La Bolsa*, un simple sacudimiento basta para convertir en humo el más grande, el más fuerte hacinamiento de riquezas. Y es que, al contrario de lo que nos figuramos los pobres, los millones, por lo general, no son sino abstracciones, cifras, quimeras. Los reyes de la Bolsa juegan con ellos lo mismo que los poetas juegan con las imágenes. Un raptó de inspiración los hace poseores de todas las fortunas del día. Un descuido los arruina. Pero poderosos o desafortunados, lo único que en realidad tienen son números escritos en papeles.

Sólo que esos números embellecen más vidas que las imágenes maravillosas de los poemas. Nosotros, los que nos creemos artistas, hablamos con desdén de las gentes de dinero y las llamamos positivistas. ¡Ojalá lo fueran! ¡Ojalá supieran lo que en la vida real es un escudo o un millar de escudos! ¡Ojalá tuvieran una noción, siquiera aproximativa, de lo que se puede hacer con el oro! Los positivistas somos nosotros, que cuando ganamos dos duros, o cien duros, o cien mil duros, los contamos, los gastamos, o los guardamos; nosotros, los que por sacar con facilidad un billete de la cartera nos creemos generosos; nosotros, los que no tenemos más idea de lo que es el dinero que la noción burguesa y grosera de lo que es sonante y contante. Nosotros somos los avaros.

Ellos, no. Ellos viven en un perpetuo delirio, en el cual las más grandes fortunas no son sino elementos de combinaciones ideales. Ellos no saben de lo que tienen, sino las cifras. Ellos no han visto jamás lo que pesa entre las manos la ganancia de un día o de una hora. Ellos hacen hileras terribles de ceros tras un número uno. Cada mes quitan ceros o ponen ceros. Por ponerlos, se atormentan, sufren, se matan. Que haya veinte ceros más o veinte ceros menos, poco importa para sus existencias materiales. Todo lo que es lujo corriente les tiene sin cuidado. Los productos de unas cuantas casas o de unas cuantas «estancias» daríanles lo que basta para satisfacer todos los caprichos suntuosos. Mas no tienen caprichos. Lo único que tienen es imaginación. Y con esa imaginación, que es más ardorosa que la del Dante, trabajan día y noche para lograr aumentar los ceros, los terribles ceros, los adorables ceros. Tras los millares llegan los millones; tras los millones, los billones. Los espíritus groseros se indignan ante tal aumento de riqueza, porque cada cero les hace creer que un nuevo dominio, un nuevo trigal, un nuevo rebaño ha dejado de pertenecer al pueblo para caer en el arca de los acaparadores. ¡Figuraos lo que puede representar en fanegas de cereales, en cabezas de ganado, en fincas urbanas, el millón de millones de un rey cualquiera de la Bolsa! Sólo que esos reyes desdeñan las fincas y las cosechas. Los ceros, para ellos, son ceros, nada más que ceros, ceros formi-

dables, ceros ideales. Cuando aumentan, con inscribirlos en un libro basta. Cuando disminuyen, no hay más que borrarlos. Las granjas siguen perteneciendo a los humildes ricachos, que comen de sus productos. Los edificios suntuosos son de burgueses adinerados. Ellos, los multimillonarios, no guardan más que papeles azules o rosados, grises o blancos, en los cuales se ven cifras en filigrana. Y si uno de ellos un día lograra arruinar a todos los demás, lo único que vería, al entrar radiante en su casa por la noche, sería un boletín con muchos ceros, muchos ceros, muchos ceros...

Muchos ceros no son mucho dinero. Muchos ceros no son más que muchas ilusiones, convertidas en engañosas realidades por el genio de los grandes especuladores. Con hacer subir un valor, basta para aumentar la fortuna de los millonarios. Con acciones de ciudades que no existen, cual la imaginada por Fouchez, o de productos que aún no son sino fantasías, se hace subir y bajar la pirámide de cifras que constituyen la fortuna de los multimillonarios.

Y es menester que un día el demonio de la ruina se divierta, no en borrar los ceros que siguen al número uno, sino en borrar el uno mismo, para que los grandes poetas de los millones noten que sus riquezas no eran sino una magnífica quimera.

Leyendo *La Bolsa* y viendo la existencia del protagonista, notamos lo poco que sirve ganar

millones de millones cada mañana. ¡El infeliz, que ni siquiera tiene tiempo de hablar con su esposa, de dar un beso a sus hijos! Y así son los demás, todos los demás: los de Nueva York como los de Buenos Aires, los de Londres como los de París. El millonario es uno de los tipos más uniformes de las civilizaciones actuales. En general, tiene una esposa y una querida porque así lo exige el caso, lo mismo que tiene coches y automóviles, lo mismo que tiene caballos ingleses, lo mismo que tiene un cocinero francés. Pero ¿de qué le sirve todo eso? Ni le sirve, ni lo ve, ni siquiera sabe que existe. Lo único que le interesa es el juego, la marea del alza y de la baja, el huracán de los negocios, que amasa y dispersa los ceros como si fueran arenas de un desierto. Fuera del juego, no piensa en nada. Pero, a decir verdad, ¿cuándo está fuera del juego? Si en silencio, apoyado en el balcón de su gabinete de trabajo, parece contemplar las flores de su parque, lo que realmente examina es el erial de sus esperanzas o de sus angustias. En la mesa, en el paseo, en todas partes, sus cálculos lo acompañan. Y de noche, durante las breves horas de sueño que los nervios le conceden, un desfile de fantasmas pasa por su ensueño, gritando cifras misteriosas y murmurando nombres enigmáticos.

Su frialdad es aparente, nada más que aparente. Mientras mayor parece, menos tiene de real. En Nueva York, todo el mundo recuerda la historia del famoso John Kee. Sus amigos le llamaban

el Impasible. En una tiendecilla de la Sexta Avenida hizo su primer millón. Luego puso una tienda mayor y dobló su fortuna. Entonces, tranquilo y silencioso, renunció al comercio para consagrarse a la Bolsa. Los señores feudales del Stock Exchange lo vieron llegar un día con la cartera llena de billetes. La suerte le fué favorable, y en pocos años consiguió amontonar la cifra de ceros necesaria para pasar por un príncipe todopoderoso. Frío y suave, perdía o ganaba. Una tarde, después de acaparar la mayor parte de los títulos de la Union Pacific, se puso a soñar que los millones corrían hacia él atropellándose. Dió orden de vender. Al día siguiente, cuando llegó a la Bolsa, le dijeron que estaba arruinado. En su rostro no se vió la menor crispación. «¡Arruinado!», murmuraba la gente a su derredor. Sólo él no decía nada. Con el cigarro en los labios y el lápiz en la mano, parecía calcular lo que aquella palabra significaba verdaderamente. ¡Arruinado! Todo lo que en una vida de esfuerzos exclusivos había reunido, desaparecía de pronto, arrebatado por un capricho del Destino absurdo. Su tiendecilla de la Sexta Avenida, con los diez años de sacrificios que representaba; sus grandes almacenes, sus combinaciones geniales, sus ilusiones, su salud, todo, todo, todo se desvanecía como las nubes color de rosa de un espejismo oriental. «¡Arruinado!», dijo en su cerebro una voz misteriosa. Pero su rostro no se inmutó. «¡Arruinado! ¡Arruinado!» Y como herido por un rayo, cayó



muerto en medio de la Bolsa. Había sucumbido, impasible en apariencia.

¿No se diría que es esta la historia que, transportada a Buenos Aires, sirvió a Martel para trazar la silueta del héroe principal de *La Bolsa*?

Yo había visto siempre, en la manera moderna de comprender los grandes negocios, una poesía. La locura que consiste en sacrificarse para amontonar millones de los cuales ni siquiera se goza, que casi no existen, que para nada sirven, parecíame algo como una bella pasión enfermiza. Pero un filósofo francés me contradice. «En ese modo de entender el tráfico del oro—escribe—hay algo más que una fantasía oriental. Hay una moral.» Todo un nuevo sistema de ética, en efecto, ha descubierto Paul Gaultier en la existencia de frenética especulación bursátil de Nueva York y de Buenos Aires, que, creando un alma nueva, da a las dos grandes razas americanas una mentalidad y una sentimentalidad dignas de estudio.

Los que por ironía se oyen llamar barones de la «alta finanza» o señores feudales del oro, son, realmente, los miembros de una nueva aristocracia. La palabra plutocracia no les conviene. No son dominadores que se sirven del oro para tiranizar, no son compradores de voluntades, no son corruptores de multitudes. Para ser los primeros no necesitan servirse de sus tesoros. Esos tesoros no simbolizan sino un signo de fuerza, de heroísmo, de energía. «He aquí los millones de millones que he ganado», clama un señor de Rosario o de

Mendoza; y en esas palabras hay un orgullo igual al de nuestros abuelos, que decían: «Ved los pueblos que acabo de conquistar.» Un puñado formidable de títulos de renta representa lo mismo que un legajo de pergaminos. Ambas cosas son sagradas, porque refieren leyendas de energía.

¡La energía! Tal es la síntesis de todas las épocas orgullosas de la Humanidad. La energía de un grupo de fanáticos creó el cristianismo; la energía de una sociedad ávida de refinamientos creó el Renacimiento; la energía de unos cuantos capitanes aventureros creó el nuevo mundo; la energía de un solo hombre creó la epopeya napoleónica. Y hoy que la vida se ha hecho metódica, hoy que la guerra se ha convertido en una operación de formidables matemáticas, sólo un campo queda abierto para los que se sienten ávidos de demostrar sus fuerzas y sus apetitos. Ese campo es el negocio, el tráfico del oro.

¿Por qué extrañar, pues, que un filósofo estudie la moral de la Bolsa, como otros estudiaron la moral del sistema feudal o la moral del espíritu guerrero? Desde el principio de su tratado, Paul Gaultier establece la realidad de la situación y hace ver que entre un millonario americano y un tendero judío hay tanta diferencia como entre un conquistador de pueblos y un cortador de bolsas. «Todo es robo», dicen los que quieren comparar a Napoleón con Juan Moreira. Está bien. Todo es negocio igualmente. Pero dentro del negocio, como dentro del robo, hay héroes. «Lo que en los

negocios admiran tales negociantes — escribe Gaultier—no es la riqueza que proporcionan, sino el esfuerzo que exigen. Aman los negocios con amor real, porque en ellos ven, con justicia, la virtud de sostener y de engrandecer la voluntad. Un Banco, una Empresa ferrocarrilera, una estancia, una salchichería o una fábrica son para ellos excelentes escuelas de energía. En esto estriba toda la razón de sus razones, y es una buena razón. Los negocios forman, cuando no héroes, por lo menos hombres fuertes. El dinero, que es, de un modo práctico, el fin del negocio, el inspirador del trabajo, no tiene, a los ojos de esos héroes, sino el valor de representar el precio del esfuerzo en esta época en que el super-hombre podría muy bien no ser sino un gran industrial.» Tales son los argumentos del filósofo nuevo. Y, a mi ver, no son ni mejores ni peores que los de todos los filósofos. Cuando se quiere exaltar un método de vida, no hay más que dos o tres grandes virtudes que atribuirle. La virtud del esfuerzo es una. En ella reside la riqueza y la vitalidad de los pueblos. Ella dió antaño a Venecia y a Castilla sus laureles de oro. Ella cargó en las Indias Occidentales los galeones para la Monarquía católica. Ella llenó de metales preciosos, en Egipto y en Chipre, las galeras de la serenísima República. Hoy su forma inicial cambia. Pero su esencia es la misma. Y así, esos porteños de la Bolsa de valores, que conquistan millones cual nuestros abuelos conquistaron fortalezas, no son sino los idealistas fundado-

res de familias orgullosas, a las cuales, dentro de un siglo, no les quedará tal vez más tesoro que el de poderse proclamar nietos de los que hoy obtienen, a fuerza de heroísmo, una corona mural de oro macizo.

¿Tienen los grandes especuladores una noción exacta de todo esto? Viéndolos pasar por la famosa esquina de esta calle de los Bancos de Buenos Aires, casi me figuro que no. Nada en ellos, exteriormente, indica el orgullo. Nada revela tampoco la dicha, la satisfacción, el contento. Y por una especie de fantasía absurda de la vida, yo me figuro hoy, al contemplar sus rostros, que siendo los más envidiados y los más poderosos, son, sin embargo, en una ciudad que respira la alegría, los únicos que no saben lo que es sonreír...

## EL RITO DE LOS JARDINES



UY a menudo, en las deliciosas mañanas de este invierno soleado y tibio, voy a sentarme a la sombra de un árbol para leer o para soñar. Las amigas y los amigos a quienes les digo que tales son mis más dulces instantes, exclaman:

—¡Será en Palermo!

Y cuando les explico que es en cualquier jardincillo del centro, en la plaza de Mayo lo mismo que en la plaza del Congreso, al pie de la horrible gruta de la Constitución como junto a la fuente de Venus, todos y todas se ríen de mí. Sin quererlo, en efecto, soy, en la inmensa ciudad de Buenos Aires, entre la gente de mi clase, un sér singular, casi un excéntrico, sólo porque me complazco en tomar asiento en un banco plebeyo, entre emigrantes recién llegados

y niñeras de casas modestas. La primera vez que me di cuenta de ello fué una mañana, al salir del Museo de Bellas Artes en compañía de una dama elegante y de su esposo. Cansados de las largas estaciones ante los lienzos interesantes, íbamos en busca de la calle Florida, a través de las enramadas del *square* San Martín. De pronto, al pasar junto a un ombú cuya sombra convidaba al reposo, propuse a mis amigos que nos sentáramos en un escaño humilde y propicio.

—¡Está usted loco!—exclamó la dama.

Creyendo que su protesta obedecía a la idea de que el árbol de Santos Vega nos acarrearía desgracias, indiqué otro sitio menos peligroso.

Entonces mi amiga me dijo:

—Aquí no puede uno sentarse en cualquier parte... Fuera de Palermo, no verá usted señoras en los bancos municipales... (1)

---

(1) He aquí una curiosa y exacta página de Clemenceau:

Clemenceau, en sus notas sobre la Argentina, hizo algunas observaciones acertadas en cuanto a su modalidad exterior, diciendo:

«Se comprende que, en estas circunstancias, el aspecto de las aceras de Buenos Aires tenga cruelmente que sufrir la ausencia del bello sexo en acción de *footing*. Parece que en Palermo, donde las aceras están felizmente libres entre las flores, los céspedes y los bosques, nuestras argentinas deberían ir a recobrar el uso dichoso de sus piernas, para preservarlas de una temible tendencia a la opulencia de las redondeces. Pues bien, no. Las conveniencias sociales se oponen a ello. Nuestros antiguos, hombres de pensamientos maduros, tenían por propósito familiar, a ejemplo de Apolo de Delfos, el que el exceso en todo es un defecto. Buenos Aires no ha llegado todavía a ese grado de prudencia, y las damas de la sociedad, no contentas con abandonarse perdidamente a la virtud, pretenden añadir a su alta fama el incitativo superior de una reputación que no podría facilitar materia ni aun para la conversación más indiferente. Para no dar pretexto a las murmuraciones es-

—¿Por qué?—preguntéle.

—Porque sí—me contestó.

Y como yo ya sé que cuando una mujer pronuncia esta frase no hay que continuar las encuestas, hablamos de otra cosa. Pero luego el «porque sí» aquel ha vuelto a mi memoria cada vez que, al sentarme bajo una copa ya teñida de oro, noto que a mi alrededor no hay una sola mujer que parezca soñar, que no hay una sola pareja distinguida, que no hay una persona, en suma, que tenga aspecto de buscar en estos exquisitos rinconcillos de frescura el placer desinteresado y elegante de la meditación. Todos mis vecinos, en efecto, son pobres seres que, o no saben adónde ir, o se reposan después de largas marchas penosas. Muchos de ellos parecen emigrantes recién llegados. Ninguno pertenece a lo que se llama la sociedad argentina.

\* \* \*

¡Cuánto mejor estarían, no obstante, en estos diminutos paraísos, los señoritos que charlan en las esquinas de Florida!

Que en Madrid se amontonen los desocupados aristocráticos en las calles, al amparo de los por-

---

preciso aislarse de todo sér humano, cuyo encuentro podría ser comentado, de cualquier manera que se efectuase. De aquí que el bello sexo de la capital no vaya a Palermo sino bajo la égida de una regla severa, a cuyos términos pararse en la vía pública para hablar con una señora que ha de encontrarse por la noche en un salón es un acto de mala educación. Decididamente, no estamos en Europa.»

tales, se comprende, porque Madrid carece de jardines céntricos. Pero Buenos Aires, que posee boscajes encantadores a cada paso; Buenos Aires, que, según las estadísticas, tiene más árboles que París; la Buenos Aires congestionada de gente, en fin, debiera buscar entre sus enramadas lo que en sus vías céntricas no encuentra. Porque si hay algo encantador en la gran ciudad, es la abundancia de sus plazas sombreadas por bellas frondas y alegradas a veces por claras fuentes.

«Vosotros, los que pasáis por ahí febriles—parecen decir los jardincillos—; vosotros, los que tenéis que vivir en la atmósfera de los Bancos y de las oficinas; vosotros, los que lleváis la frente contraída y los labios crispados por la ambición y el placer, venid aquí para recobrar la suavidad, la dulzura y la alegría de vivir.»

Pero nadie oye la voz de las enramadas modestas. El que tiene deseos de respirar, toma un coche y se va hasta Palermo.

\* \* \*

—En el centro—he oído decir a muchos—todo es feo, hasta los jardines, poblados de estatuas de mal gusto y rodeados de rascacielos presuntuosos.

Lo de la fealdad de Buenos Aires es uno de los temas socorridos de discusiones. ¿Es realmente feo esto?... ¿Es más feo que tal otra capital?... ¿Es menos feo que la famosa metrópoli de tal país?...



Los argentinos que han viajado (1), y que, por lo tanto, debieran ser los mejor inspirados en este asunto, son los que con mayor frecuencia declaran a su gran ciudad indigna de toda admiración estética.

—Es horrible—exclaman.

Y puede que, desde un punto de vista artístico puro, estén en lo cierto. Buenos Aires, comparado con Siena, con Toledo, con Damasco, es fea. Pero ¿qué capital moderna no lo es? Hoy mismo, en un estudio de Marcel Prévost sobre la fealdad del mundo, leo las líneas siguientes, que me parecen dignas de que los porteños descontentadizos las mediten:

«¿Existirá algo de providencial que impide que los arquitectos modernos realicen nada bello, nada comparable a lo que vemos en ciudades viejas como Praga o Edimburgo? Eruditos y

---

(1) He aquí algunas líneas de un artículo reciente de *La Nación*, de Buenos Aires, sobre este tema:

«Quedan en pie, es verdad, las quejas de los que viajan, saturan su espíritu en ambientes superiores, saben de la obra civilizadora de los siglos, actuante en la vida y presente en los museos, y hallan que Buenos Aires es todavía un tanto aburrida, un tanto aldeana, si se quiere, y en exceso falta de satisfacciones reales y continuadas para el espíritu. Por todo lo que le falta y ha de tener en quince años, cuando su población sea bastante mayor que la del París actual; por todo eso, precisamente, es que Buenos Aires continúa siendo la vieja y querida ciudad porteña, sin que ello quiera decir que, bajo ciertos aspectos, como el intelectual, por ejemplo, y como el que se refiere a las expansiones de su grande alma, la transformación no ofrezca en realidad más de un motivo de tristeza y de meditación. Entretanto, tenemos dos millones de habitantes puestos a la tarea de engrandecer y perfeccionar a la gran capital del Sur.»

enriquecidos con la experiencia de los siglos, ¿por qué esos artistas no levantan sino barrios horribles en todas partes del mundo?... En todas partes, sí, y París, por fortuna para nuestro amor propio, no es único en este sentido. La arquitectura germánica causa pesadillas, y la inglesa es insignificante. En el resto del globo todo es alemán o francés; ved Roma o Madrid modernos. Y toda la arquitectura nueva resulta confusa, disparatada, incapaz de sugerir ideas de estilo, con una especie de grosería pesada que parece sistemática. ¿Por qué esos domos que salen de un techo vulgar?... ¿Por qué esas fachadas ventradas?... ¿Qué significan esos motivos decorativos?... La gente que ha imaginado, aceptado y pagado tales monstruosidades, debe sufrir de la vista. O si no, hay que aceptar la idea de que la ciudad moderna tiene que ser, por una ley de fatalidad ineludible, fea, muy fea.»

Una vez este principio aceptado—y yo, que adoro el viejo Oriente, lo acepto desde luego—, hay que proceder por comparaciones para juzgar a Buenos Aires. ¿Es Buenos Aires más fea que las capitales modernas en general?... ¿Es Buenos Aires más fea que Munich, que Berlín, que Nueva York?... No, en mi alma. Y justamente lo que salva a la metrópoli del Plata de su mayor pecado, que es el de la monotonía y el de la falta de perspectivas, son sus innumerables y deliciosos *squares*, creados, según parece, en tan poco tiempo, que más parecen obras mágicas que labores

municipales. De los jardines modestos hablo: de los que están metidos entre las calles de negocios, de los que tienen que limitarse a un espacio que no permite grandes ramilletes de árboles...

\* \* \*

Yo creo conocerlos todos. Y todos me gustan, todos me inspiran cariño, a todos les debo algunas horas de suaves meditaciones y de claros ensueños. Pero hay uno entre todos, uno que no es ni el más bello ni el más poético y que, sin embargo, ha sido para mí un verdadero gabinete de trabajo, del cual guardaré durante mi vida entera recuerdos nostálgicos. Me refiero al de la plaza del Congreso, en cuyo centro «El pensador», de Rodin, da a Buenos Aires la lección que más necesitan las capitales cuando han llegado al apogeo de la riqueza: la lección de la calma, de las reflexiones tranquilas, de la voluntad de intelectualizarse, de salvarse del mercantilismo, de hacerse atenienses para dejar de ser cartaginesas... ¡Ah, divina figura desnuda, cuántas veces, en mis largos reposorios ante tu gesto, he pensado en lo que será esta tierra fogosa cuando, habiendo comprendido lo que dice tu silencio, sepa detenerse un punto en su vertiginosa carrera de progresos materiales para inmovilizarse en una postura cual la tuya!

\* \* \*

¿Qué le falta hoy a Buenos Aires para ser, no una caricatura, sino una verdadera hermana de París? Lo que puede comprarse con oro lo tiene ya. Y tiene, además, lo que el esfuerzo material, guiado por la inteligencia y por la ciencia, logra crear en pocos lustros. Y tiene más, pues tiene lo que el milagro da: la elegancia, la gracia, el sentido de lo noble y de lo bello. Sólo una cosa le hace falta aún, y es la vida espiritual; esa vida algo lenta en apariencia; esa vida sin un fin positivo, sin un interés inmediato, hecha de renunciamentos, de silencio, de sacrificio y de pensamiento; esa vida que está más llena de sutilezas y de refinamientos interiores que de fuerza productora y de genio creador; esa vida que es el patrimonio de los pueblos viejos, en fin, y que quizás sea lo único que indica la verdadera civilización y que diferencia a las naciones de abuelo de los pueblos *parvenus*... Cuando los argentinos oyen hablar de esto suelen creer que lo que se les niega es cultura general y alma creadora de arte. Pero no es cierto. Negar la cultura de un pueblo que tiene esta prensa, y estas Universidades, y esta *élite*, y que es la patria de Zonza Briano, de Larreta, de Lugones, de Parravicini, de Irurtia, de Cortejarena, de José Ingegnieros, de Cantilo, de muchos otros que con igual desinterés y con igual ardor cultivan la belleza o las ideas, es cometer una injusticia. El mismo Pierre Baudin dice: «Así, a la cabeza del país, se descubre una sociedad muy avanzada, muy culta,

de elevado gusto.» Mas no es a esto a lo que nos referimos los que hablamos de falta de vida espiritual, sino a una corriente misteriosa que, en las sociedades viejas, hace florecer las disputas cortes y las invenciones ligeras de estética, a algo que inspira madrigales sin que la gente sonría, a un estado de ánimo que no puede crearse sino cuando algunas generaciones de desocupados han adquirido el hábito de meditar en algo que no sea el dinero, el trigo y los cueros... (1)

\* \* \*

Ahora bien: tales generaciones no saldrán de la vida de las calles céntricas y del vértigo de la existencia activa. Es demasiado tentadora la fiebre del oro para que puedan crearse jamás ermitaños de Florida o de Esmeralda. Esas generaciones serán las de los futuros soñadores que se hayan sentado en los bancos de los jardines ante «El pensador», de Rodin, y sean capaces de desdenar a los que, a cien pasos, negocian, se enriquecen, compran los placeres que están en venta y viven cual en una loca llama. Sí, yo espero una

---

(1) El argentino desconoce el deseo del perfeccionamiento espiritual, y por ello no se afana en su autoeducación. La Ciencia, la Literatura, el Arte, el don de gentes, ¡hasta las virtudes!, son cosas que sólo cultiva como medios excelentes para llegar. Aquí no se comprende que un hombre dedique su vida al estudio por el simple fin de saber. Escribir... es conveniente, ayuda mucho para actuar en política; pero escribir por escribir, ¡qué estupidez! El vulgo ilustrado tiene una frase despreciativa para el que tal hace: «Le da por la Literatura.»—*Manual Gálvez.*

*élite* futura que, recogiendo bajo los árboles de los *squares* urbanos los reflejos y los matices del mundo, formará pronto una fibra de ideal y hasta de bohemia en el corazón cartaginés de la ciudad.

El símbolo de *Academos* no es un mito vano. Discurriendo entre flores es como se forma la atmósfera espiritual de un pueblo. Los *atenienses* tenían, para inspirarse, la lección de *Palas*, erguida entre los olivos de los *Propileos*; los *porteños* poseen, en el bronce de la plaza del Congreso, al *Apolo* moderno, que no tiene ya, ¡ay!, la serena armonía del de *Grecia*; pero que, con su rostro atormentado por todas las dudas y todas las preocupaciones, encarna admirablemente la espiritualidad moderna.

¡Divino «Pensador», bendito seas, tú, que, haciendo el único gesto que aún no era aquí familiar, has convertido tu pedestal en un altar de ritos espiritualistas, gracias a los cuales la metrópoli argentina se salvará del peligro del oro!

## UN GRAN ESCULTOR



El prefecto de Policía de París hizo, sin quererlo, un gran favor al prestigio de la América latina en el año de gracia 1911. Hasta entonces, en Europa, nadie había notado que existieran artistas sudamericanos. Gracias al prefecto de Policía, hoy ya lo saben. Saben que hay un tal Zonza Briano, cuyas obras merecen ser colocadas junto a las de los más grandes escultores contemporáneos y aun de todos los tiempos.

«Este grupo monumental que se titula *Croissez et multipliez* (1)—dijo M. Lépine al visitar la Ex-

---

(1) Ahora se encuentra en el interesante Museo de Bellas Artes, de Buenos Aires, y ahí acabo de admirarlo de nuevo; es la más bella joya de la galería porteña.

posición de Bellas Artes de aquel año—es inmoral.»

Y usando del derecho que le concedía su omnipotencia de tirano de París, hizo que el maravilloso mármol del ilustre argentino fuera expulsado del Palais de Beaux Arts.

«Si esto hubiera pasado en Londres—asegura un crítico inglés—, el Sr. Zonza Briano habría sido en el acto boicoteado hasta el punto que ni su nombre se hubiera vuelto a pronunciar.»

Por fortuna, París no es Londres. Aquí la ocurrencia prefectorial bastó, al contrario, para que el público volviera los ojos hacia la obra prohibida y para que todo el mundo hablase del escultor criollo.

—Vamos a ver eso, que debe ser terrible, puesto que en una ciudad como en París, que es la metrópoli de todas las libertades, ha sido considerada como inmoral—exclamaron los curiosos.

Y fueron. Y lo primero que se preguntaron, al encontrarse ante el grupo expulsado del Salón, fué si había error o burla. Porque aquella pareja de seres tristes, que parecen soportar el peso de todos los dolores del mundo, lejos de ser impúdica es casi religiosa en su grandeza tranquila.

—¿Es esto lo que el prefecto excluye?—decían todos.

Esto es. Y esto, un escritor, Maurice de Walleffe, lo ha descrito así:

«Le morceau représente donc un homme et une femme nus. La femme, molle et abandonée, est



tombée sur le genoux. L'homme, debout derrière elle, lui colle un baiser vorace sur la nuque; son torse musculeux domine et fait ployer les épaules frissonnantes de sa compagne. Notez que, selon l'esthétique chère à l'école de M. Rodin—ne rien sculpter d'inutile à l'impression qu'on veut produire!—ce torse seul est dégagé de la pierre, il finit aux reins, non dégrossis, tandis que la tête est entièrement voilée par la chevelure épandue de la femme.

Sans aucun détail sexuel qui choque l'œil et l'arrête, il n'y a donc là que deux belles lignes qui s'épousent: la ligne violente du torse mâle, la ligne arrondie et voluptueuse du corps féminin. Si une impresion troublante s'en dégagé, elle est toute intellectuelle. Sculpture chaste en somme, que le plus candide des sergents de ville regardera sans émoi. Les vieux messieurs ne s'y plairont pas. Elle n'exprime que la fatalité triste et mystérieuse de l'amour humain. C'est poignan et légendaire. Ce groupe vient du fond des âges. Cela éveille non la concupiscence, mais la réflexion. La femme n'est pas extatique, mais résigné. L'homme réduit au torse est anonyme, et la courbure de son torse est sans pensée, comme pourrait l'être la courbure d'une fleuve ou d'un arbre. Arbre secoué par le vent du désir... Fleuve qui va se perdre dans la mer...»

Ahora bien: en Exposiciones como las de París, llenas de cisnes galantes que resbalan entre muslos de ninfas y de faunos risueños que acarician

los senos de las más picarescas dríadas, una obra como aquélla, sería, fuerte, noble, no sólo no habría podido parecer indecente, sino que hasta habría tenido un carácter moral.

Pero no nos quejemos de la ética oficial... Celebremos, al contrario, el *ukase* del señor prefecto, que hizo de Zonza Briano un ciudadano de París, proporcionándole así el más grande placer de su vida.

—Yo no he nacido para vivir aquí—díjome, en efecto, Zonza Briano cuando le encontré en Roma hace tres años—. Yo he nacido para vivir en París, no en el París del placer, no, sino en el de las grandes pasiones, en el de la vida intensa, en el del alma vibrante... Yo no soy de los que ven con una complacencia muy grande el mundo exterior. Lo que me interesa no es la forma, sino las pasiones. Así, aunque me tome usted por un excéntrico, le confieso que en el mismo Miguel Angel lo que más me entusiasma no es la belleza de su obra, sino el esfuerzo de su vida. En los surcos profundos que la lucha perpetua y las perpetuas preocupaciones imprimieron en su rostro, encuentro algo que no veo ni en su «Moisés», ni en su «Penseroso», ni en ninguna de sus figuras.

Yo, en aquel momento, no conocía de Zonza Briano sino el grupo monumental que se hallaba a la entrada del Palacio de Bellas Artes en la Villa Borghese, y que, según la opinión universal, era uno de los *clous* de la Exposición del Cincuentenario. Así, no pude menos que tomar por

una simple paradoja las palabras de mi amigo. Pero apenas entré, pocos días más tarde, en su estudio de la vía Margutta, dime cuenta de la seriedad y de la sinceridad de sus teorías. Para él, como para los hombres extraños de quienes habla Amiel, el mundo exterior no existe, o, por lo menos, no existe cual los escultores clásicos lo enseñan. Aquí tengo algunas páginas de sus apuntes de arte, que expresan que el mundo exterior lo impresiona poco.

¿Me decís que esto es absurdo tratándose de un escultor? Esperad un instante y veréis que un artista puede siempre ver con los ojos del alma mejor que con los del cuerpo. Porque si hay algo que no existe sino de un modo objetivo, es la línea. Contemplad cualquier objeto lealmente, y os convenceréis de que todo en él es el color y la masa. En este punto, Medardo Rosso, el Rodin italiano, el revolucionario épico, tiene razón solo contra todas las Academias. No hay líneas, no hay contornos, no hay forma en la realidad; no hay más que masas que palpitan en la luz y en la sombra.

Zonza Briano, que es, por instinto más que por aplicación, un impecable modelador clásico, puede llamarse un escultor ideológico. Las ideas, en su desarrollo complicado, le interesan más que los hechos. Los títulos mismos de sus obras lo demuestran. Esta mujer de formas frágiles, que se retuerce como una serpiente, es la Voluptuosidad; este mancebo de actitud prometeica, que inclina la cabeza pensativa sobre el rudo pecho, es la So-

ledad; este sér sin edad, casi sin sexo, que cierra sus grandes ojos como para morir, es el Alma Doliente; esta muchacha esbelta, alada, de una pureza de formas exquisita y de una gracia enternecedora, es la Desnudez; este torso visto por detrás, tan realista y tan impresionante, es la Fuerza; esta cabeza misteriosa e insidiosa, que sonrío con los labios y con los ojos, es la Sugestión. Y así todas sus demás producciones. El sér humano, el hombre, desaparece ante él, no dejando para ser trasladado al mármol sino la abstracción que encarna.

—Vea usted mis modelos—díjome Zonza Briano en su estudio, señalándome una serie de cuadritos que decoraban sus paredes.

Me acerqué, pensando que iba a admirar a las eternas Venus, a las indispensables Victorias y a los imprescindibles dioses. Pero en seguida vi que no eran fotografías de esculturas, sino retratos. Y vi en un marco a Sócrates, con su cara preverlainiana de sátiro místico; y vi a Séneca, erguido dolorosamente; y vi a Descartes, con su hermosa cabellera rizada; y vi a Kant, tan grave; y vi a Nietzsche, tan atormentado; y vi a Bergson, tan sereno. En el margen del retrato de este último, una mano había escrito con grandes caracteres: *El Divino*. Y entonces, mejor que durante nuestras largas charlas crepusculares de la vía Appia, comprendí la verdadera concepción artística de mi amigo.

—Mis obras—hábiame dicho un día—son como

novelas de almas. Mentalmente yo me cuento una historia imaginaria, cuyo héroe es un personaje que simboliza una pasión o una idea. Luego, me encierro a trabajar, y sin ver el modelo, siguiendo la corriente vertiginosa de mi inspiración, realizo mi imagen... La escultura es un arte de alma, de ideas... Sí... Las impresiones que se reciben, que se graban en la retina, que pasan por el nervio óptico y van fugazmente al cerebro para que éste las examine, no deben quedarse allí, sino depositarse en el alma... Ella es más sensible; por lo tanto, no las transmite espontáneamente. En este caso el cerebro no es más que una pieza que examina y entrega todos sus secretos al espíritu... Si nos detenemos a observar un rostro, lo que a nosotros nos impresiona es la expresión y no los rasgos, y al quererlo copiar detalladamente la expresión huye. Hay que contar con los matices, con las luces, con lo más sutil y lo menos plástico. El error de los escultores está en el amor de lo plástico... Un rayo de luz en una cabellera nos descubre medias tintas en las *filigrasías* sutiles de los cabellos: bella emoción que revela el secreto de los planos colocados en diferentes gradaciones de luces. En la transparencia luminosa, una suave indicación de modelado puesta en una luz horizontal, nos da la sensación de la fluidez; una suave depresión en posición inclinada, nos da un color azul; un plano acentuado, puesto en luz vertical, nos da la sensación de color negro; un plano curvo, perdido dentro del ambiente y el espacio,

nos da la sensación blanca, pura, casta de la forma, y un plano colocado en plena luz envuelve detalles torturados, insinuaciones de formas que las lleva al conjunto total de la espiritualización de la obra... Hacer impresionismo de forma y de color sin desentrañar expresiones, es el más grande error. El impresionismo debe estar dentro de una indefinida forma, siempre que ésta manifieste las sensaciones recibidas, y para que las sensaciones expresen sus tormentos hay un gran problema que resolver, que es el de la luz. La luz, proyectada sobre la obra en determinadas gradaciones, horizontal, vertical o inclinada de cero a 180 grados, concluye las curvas. Las curvas dan flexibilidad y morbidez; la luz horizontal, serenidad; la inclinada, alegría, y la vertical, fuerza, pomposidad y elevación de espíritu...

Todo esto, a mí, personalmente, me cautivaba por la originalidad y por la fe. Pero yo temía que, en medio de su arrebató interior, Zonza Briano hubiera desdeñado un poco el *métier*, ese odioso y sublime *métier* sin el cual, según la frase de Rodin, el artista no llega nunca «hasta el fin de su misión». Y una noche, en el café Aragno, en un círculo de críticos y de artistas, expuse este temor.

—Zonza Briano—exclamó Medardo Rosso, irguiendo su rostro de gigante miguelangelesco—, Zonza Briano es uno de los más estupendos artistas en lo tocante al *métier*... Demasiado *métier* tiene para mi gusto... Pero, afortunadamente, es muy joven y ya olvidará un poco de su ciencia.

Luego, los demás, en coro, murmuraron:

—Es un gran artista, grandemente sincero y fuerte.

A propósito de su exclusión del Salón, esta frase fué repetida por todo el mundo. Ernesto la Jeunesse ha dicho en verso: «Es un gran artista muy fuerte.» Y Marco M. Avellaneda lo ha dicho en prosa bella y elocuente.

Artista fuerte, en efecto; artista grande, artista sincero, artista para el cual casi no existe la materia, artista puro entre los puros, artista de alma y de cerebro, artista que carece de molicie y de lujuria, artista que vive en un ensueño formidable de pasiones sublimes: eso es Zonza Briano.





## LA ALEGRÍA



ENDRÉ realmente la enfermedad de encontrarlo todo alegre?... Aquí, en la metrópoli argentina, me pasa lo mismo que me había pasado antes en otros lugares donde los demás ven brumas y melancolías, donde yo encuentro la más delicada alegría de vivir... Todo se me antoja feliz, todo me sonrío, todo me hace pensar en la plenitud de ventura que corresponde a la existencia fácil y sana. No obstante, cada vez que abro un libro sobre Buenos Aires me encuentro con las inevitables variaciones sobre la tristeza de la gente.

«Este pueblo — dice Santiago Rusiñol — es un pueblo triste por dos motivos: por la línea recta de las calles y por la vida de los habitantes, divididos en secciones: los que desbordan de los na-

víos de Europa, fletados por la miseria y la tristeza, y los que ya están en tierra faltos de arte y sobrados de dinero; los que luchan y los que ya están cansados; los que nunca han estado contentos y los que ya están descontentos.»

¿Triste esta gente, tristes estos hombres, tristes estas mujeres?... ¿Por qué han de serlo? Las causas que mi querido y admirado Rusiñol indica, son absurdas. ¿Qué tiene de triste, en efecto, la línea recta de las calles? Será fea, será monótona, será antiartística. Triste, no. Y en cuanto a los emigrantes, podrán ser todo menos tristes. ¿Se ha visto jamás a Jasón taciturno?...

\* \* \*

Según he leído en un diario porteño, no hay pueblo ninguno en el mundo, «ni el japonés», que tenga más fiestas oficiales que la Argentina. Y como, según los sociólogos, uno de los signos de la alegría de los pueblos está en la abundancia de sus días feriados...

—Mas es justamente en las fiestas—exclaman mis contradictores—donde se advierte la tristeza de esta gente. ¿No notó usted, durante los desfiles populares del 25 de mayo, la calma silenciosa de la muchedumbre?... No se oían ni gritos ni clamores... ¡Qué diferencia con otros pueblos!...

Es cierto. Otros pueblos hay que, apenas salen a la calle para celebrar una fiesta, se rompen los pulmones gritando. ¿Y qué pueblos son estos?

Desde luego no es Sevilla, no, en donde las procesiones se desenvuelven en un noble silencio. Ni es tampoco Florencia, por cuyas calles hemos visto pasar, sin ruido, magníficos desfiles. Es Hamburgo, que grita en cuanto se congrega alrededor de una barrica de cerveza; es Manchester, en las grandes ocasiones de *sport* y de *whisky*; es Bruselas en toda circunstancia y con cualquier pretexto. ¿Puede por eso decirse que los alemanes, los belgas y los ingleses son más alegres que los andaluces y los toscanos?...

\* \* \*

La alegría de Buenos Aires, tal cual yo creo descubrirla entre las crispaciones de las ambiciones y las envidias, no es una alegría de día de feria, ni de borrachera nacional, ni de barullo ingenuo. Sus habitantes no ríen, no gesticulan, no hablan alto. Pero me parece que sonríen... Y no me refiero a la sonrisa culta, intencionada y algo estilizada, que el mismo Santiago Rusiñol ha descubierto en los labios de la *élite* porteña. Me refiero al sonreír de la calle: al del cochero, que no es gruñón cual el de París, ni desmayado cual el de Madrid; al de los guardias municipales, tan atentos; al de los camareros de café, al de los vendedores de billetes de lotería, al de los dependientes, al de los simples paseantes, en fin. Ya Anatole France notó que entre la gente callejera, que en el resto del mundo contiene una propor-

ción grande de seres sórdidos y sucios, no hay aquí uno solo, así, ni uno, que tenga aspecto miserable. ¿Dónde están los vencidos, los sin trabajo, los derrotados en la lucha por la vida?... Yo no los veo. Y ello sólo basta para dar a la ciudad un aspecto de dicha, de bienestar y de alegría que en ninguna otra parte del mundo se advierte.

\* \* \*

Si esto os parece un modo negativo de considerar el asunto, y si me decís que se puede ser muy rico y no ser alegre, dejadme invitaros a tomar asiento en una terraza cualquiera de la avenida de Mayo. La hora no importa. Al cabo de diez minutos estaréis rodeados de minúsculos limpia-botas que os propondrán dar lustre a vuestro calzado, aunque esté más reluciente que un espejo. No os inquietéis. Esos chicos, que llevan un cepillo y una caja de betún, no tienen nada de insoportables. Decidles «gracias», y no insistirán. En realidad, ni siquiera tienen empeño en trabajar. Su oficio es para ellos un juego. Corren, bromean, se disputan el pie del parroquiano que ríe, y nunca ponen en el cumplimiento de sus deberes la meticulosa e insoportable conciencia de los «lustros» de Italia. La mayor parte de ellos, sin embargo, parecen venir de las costas italianas, con sus deliciosas cabecitas rizadas, sus bocas de querubines y sus manos sucias. Son gorriones que viven en la calle y de la calle. Todo los divierte y todo

los hace reír. Cuando uno de ellos se está comiendo un pastel, y otro, por detrás, se lo quita y se lo traga, la carcajada del gremio es general. Y si un policía, con mano algo ruda, los aparta de la acera para dejar libre el paso, la risa es universal. Sin motivo, ríen como en el guiñol. Y es que, realmente, resulta un perpetuo guiñol la vida de esos seres que son felices siendo miserables y que convierten el más bajo de los quehaceres en un juego sin fin.

¿Los minúsculos limpiabotas han acabado de interesaros? Mirad entonces a los demás vendedores ambulantes. Esa mujer morena, bien vestida, que os ofrece una camelia, algo marchita, para el ojal, no tiene nada de lo que en sus hermanas de Europa molesta. Con una sonrisa se acerca. Con otra sonrisa se va. ¿Y este que viene ofreciéndoos carteras de cueros variadísimos? Este un sér que no existe sino en este país, en el cual la gente suele tener billetes de Banco y no saber dónde llevarlos. Decidle: «No, gracias», y veréis que sonríe y se va. Ninguno de los que comercian tiene la crispación de los buhoneros de otras ciudades. Vender o no vender, poco diríase que le importa. Con cara alegre sigue su camino, acariciando, de seguro, locos sueños de fortuna.

—De tal modo han comenzado muchos de nuestros millonarios --oímos asegurar a cada instante.

En una ciudad así, en la que el potentado de hoy es a menudo un mendigo de ayer, los pobres viven como los héroes de *Las mil y una noches*,

confiando en un Kismet occidental que lleva levita y sombrero hongo, pero que tiene, lo mismo que el de Bagdad, el poder de cambiar la condición de sus elegidos con una sola mirada. En los cuentos árabes, el genio del azar dice a los que oyen, tomando café, las lecciones de la filosofía eterna: «¡Oh, mortales!, oíd bien la enseñanza que os da el Destino, y prestad atención grandísima a las vicisitudes con que sabe hacer variar vuestra vida, ora elevándola muy alto, ora precipitándola muy abajo, cual una cuba en un pozo sin fondo.» Ante las mesas de los cafés de Buenos Aires, donde se reúnen los que luchan, los que codician, los que esperan, una voz misteriosa, con acento criollo muy parecido al acento árabe, murmura palabras análogas, infundiendo un mágico optimismo en el alma de las multitudes. La única diferencia está en que el oriental, después de escuchar, sigue soñando, mientras el argentino se mueve. Pero el fondo de las divinas ilusiones, que a veces se convierten en bellas realidades, es el mismo. En las terrazas de la avenida de Mayo, cuando os distraéis viendo a la gente, contemplad a los que se sientan solos en las mesas vecinas y notaréis que no hay ni uno entre ellos que carezca de cierto aire de esperanza. Aun los menos dichosos, en efecto, esperan, y la esperanza les da la sonrisa de la alegría o de la ilusión de la alegría...

\* \* \*

## EL ENCANTO DE BUENOS AIRES

El filósofo de la *joie de vivre*, Gabriel Tarde, ha demostrado que los pueblos son más o menos alegres según se aburren más o menos. No es la miseria, no es la fatiga, no es el clima, no es el temperamento, lo que hace que los hombres sean tristes. Es el aburrimiento. En las ciudades donde el obrero domina de un modo absoluto, donde sólo hay fábricas, donde el dolor de la mina mancha de negro el alma, donde el hombre, más que un sér, es una rueda en un engranaje, donde las industrias pequeñas desaparecen por no poder competir con el vasto maquinismo, en Lille, en Saint-Etienne, en Manchester, en Bremen, el aburrimiento es general y la tristeza es visible. En cambio, en los pueblos que han conservado sus oficios variados y sus industrias pequeñas, en Cádiz, en Florencia, en El Cairo, existe, aun dentro de la miseria, una alegría visible.

En Buenos Aires hay, entre los que trabajan, muchos que se quejan de mil penas y de mil dolores. De aburrimiento, ninguno. ¿Cómo van a aburrirse, en efecto, los que viven con esperanzas ávidas y positivas, los que acarician ensueños inmediatos y espléndidos?

Claro que no hablo de lo que se llama la aristocracia. Los ricos, los que lo tienen todo y de todo están a veces hastiados, pueden, aquí lo mismo que en el resto del globo, aburrirse y ser tristes. Los otros, los de la calle, los que forman la atmósfera verdadera de la ciudad, los que crean la gran palpitación de la vida visible, esos no: ni se abu-

rren ni son tristes. Los mismos emigrantes, que son los que vienen en los buques fletados por la miseria de que habla Rusiñol, abandonan, en cuanto llegan, sus tristezas pasadas. ¿Y cómo no han de hacerlo, si antes de desembarcar sienten ya sus almas acariciadas por el aliento sublime de las esperanzas milagrosas?

El día de mi arribo a Buenos Aires, en el puente del navío que me traía, sentí la fuerza revivificadora que posee la tierra americana.

¡Oh, escena inolvidable!

—¡El puerto!... ¡El puerto!...

Y con una impaciencia que hacía pensar en los antiguos pilotos de las carabelas cuando gritaban: «Tierra, tierra», todos corrían hacia la proa murmurando palabras de entusiasmo.

—Véalos usted—decíame, sonriendo, un compañero de viaje—; parece que hubieran descubierto un mundo.

Yo también sonreía. No obstante, si hay un espectáculo serio, más aún, un espectáculo patético, es el de aquellos seres que, atraídos por el brillo de un toisón más fantástico que el de los compañeros de Jasón, venían de todos los rincones del mundo hacia la comarca, cuyo solo nombre es ya una promesa cascabeleante de fortuna.

¡La Argentina!...

¿Hay lengua humana en la cual estas sílabas dejen de tener una sonoridad de metal precioso? La Argentina se dice en Rusia lo mismo que en España, en la Gran Bretaña lo mismo que en Orien-



te, en la China lo mismo que en Grecia, y siempre el alma percibe imágenes de grandeza plateada y de trabajo pingüe; imágenes salvadoras para el que no puede contentarse con la vida de su pueblo natal; imágenes halagüeñas y generosas para todos.

En el puente de proa, en el instante solemne de la llegada, y ante la visión vaga del puerto apenas perceptible, noté lo que significa para la humanidad desheredada la esperanza de la tierra prometida. Como las multitudes bíblicas, las cohortes de los emigrantes yérguense en el minuto supremo, frente a la nueva Canaan, para elevar con la mente un himno oscuro y sublime al dios ignoto de los destinos modernos. No es una ilusión mía esta metamorfosis mística. Los más fríos observadores a quienes se les hace contemplar el espectáculo de un barco que se acerca al gran puerto de América cargado de humildes buscadores de fortuna, notan la llama súbita que ilumina los rostros. En un instante los ojos más fríos se iluminan, las mejillas más lívidas se animan, los labios más secos se entreabren. Allí, frente a ellos, en las comarcas nuevas que el Plata baña, es donde los infelices sueñan ver surgir las áureas enramadas de Eldorado, y donde, por lo pronto, encuentran la esperanza, es decir, la dicha, la alegría, el aliento.

\* \* \*

Por todas partes, en efecto, una chispa de entusiasmo, de optimismo, de ilusión y de bienestar brilla entre la gente humilde, en la gran metrópoli americana. ¿Cómo han hecho para no verla los viajeros que hablan de la tristeza de Buenos Aires? Yo creo que el error está en la definición de lo que es alegría.

«La alegría—dice Gabriel Tarde—es la fe, la fe en sí y en los demás, la fe y la confianza en la vida; la alegría es, más que el olvido de males pasados o de males ajenos, el consuelo de todos los males; la alegría es la esperanza, lo mejor de la vida.

Ya lo oís. Y ahora, francamente, decidme: ¿hay en el mundo una ciudad donde más común sea esperar y confiar? ¿Hay una ciudad que sonría con mayor espontaneidad y mayor constancia?...

## EL ENCANTO DE MAR DEL PLATA



ÓNDE está la ciudad?

A mi lado, alguien que acaba de llegar, y que busca un alojamiento, hace esta pregunta con impaciencia nerviosa, mientras el automóvil que lo trajo de la estación continúa paseándolo por las calles céntricas.

—¿Dónde está la ciudad?...

Yo también me lo pregunto cuando, en ciertas tardes tibias, me pierdo gustoso, guiando un cochecito minúsculo, sin rumbo fijo, por entre las frondas de las avenidas y de los jardines. Pero en mi ánimo no hay impaciencia ninguna por descubrir hileras de altos hoteles, ni desfiles de escaparates suntuosos. Bajo un cielo color de amatista y de flores de lino, paseome, al azar, gozando de una exquisita sensación de *douceur de vivre* que no se percibe nunca en las gran-

des metrópolis activas. ¡Ah, la suavidad paradisiaca de estos crepúsculos claros y ligeros, por los cuales pasa, cual una caricia, la brisa marina con sus vivificantes aromas de sal y de iodo!... ¡Ah, la languidez voluptuosa, tan tenue, tan velada, tan llena de reflejos de oro y de esmeralda, en la que nuestras almas parecen bañarse!... ¡Ah, los sedeños, los misteriosos, los frufrutantes y amorosos murmullos de las ramas al dejarse agitar, con delicadezas juguetonas, casi puede decirse con galante cuidado, por el soplo vespéral del océano! A veces, en el curso de mis paseos, al hallarme, de pronto, en ciertos rincones muy frondosos, muy verdes, muy solitarios, llevo a perder por completo las nociones elementales de espacio y de tiempo, y me figuro haber sido transportado a algunas de esas misteriosas ciudades de la India que nunca he visto, Anuradhapura u Odeypura, y que, según el testimonio de los más graves viajeros, se esconden entre las arboledas de la jungla de una manera tan discreta, que es necesario un guía indígena para descubrir, entre sus alamedas invariables e interminables, las fantásticas arquitecturas de los palacios y de los templos. Aquí, la verdad sea dicha, lo que los árboles ocultan no son maravillas de arte. Edificada a la manera babilónica que los conquistadores trajeron a América, nadie sabe de dónde, puesto que en la vieja España jamás hubo pueblos trazados como dameros, la villa es, en su parte céntrica, de una monotonía rectilínea que

desespera con su falta de perspectivas y de sorpresas. «Suprimamos la verdura—me dice un amigo—y nos encontraremos con un barrio de Buenos Aires.» Cierto. Sólo que lejos de disminuir, los arbolados aumentan día por día y, gracias a ellos, la ciudad baja, la ciudad sin encanto, se convierte, durante los meses del verano, en un pueblo de hadas: en el pueblo del bosque durmiente...

\* \* \*

En la playa, en la Rambla, en la Loma, en las amplias plazas en que los millonarios han edificado sus viviendas, no es Odeypura lo que evocamos, ni otros paisajes exóticos y misteriosos. Es algo más familiar y más cercano. Es algo que hemos visto mil veces. Es algo que nos parece conocer y hasta reconocer... Pero, ¿qué es?... ¿Dónde nos sorprendió antes de ahora esta alegría?...

A cada paso, escuchando lo que murmuran las señoras que tienen empeño en recordarnos que han viajado, llegan a nuestros oídos los nombres de San Sebastián, de Biarritz, de Dauville, de Ostende...

—Ché, parece la Potiniere... Parece la Grande Plage...

Y, en efecto, mucho hay aquí de esas famosas playas europeas. Cuando las señoritas, escoltadas por sus señoras mamás, pasan en cortejos ondu-

losos y gorjeantes, con esos aires deliciosamente inquietos y gentilmente artificiales que parecen estereotipados en todas las burguesitas casaderas (y cazadoras...), dijérase que asistimos a los famosos paseos matinales de la Concha donostiarra, en los cuales, según se asegura, se conciertan las bodas de la clase media española... Pero luego, bajo las arcadas de la Rambla, observando el buen gusto sobrio, el *chic* altivo de lo que, entre los escaparates y las logias de los *clubs* representa el esplendor aristocrático de la gran playa argentina, con su derroche de encajes y de perlas, nos sentimos transportados a la terraza del Casino de la perla pirenaica. Y al abandonar la Rambla, ante la admirable perspectiva de la Plaza de Colón, es Dauville o Trouville lo que, de pronto, surge ante nosotros con la gracia esbelta de sus *chalets* de techos puntiagudos, con sus paredes cubiertas de hiedra y sus balcones floridos de rosas... Mas todo esto no es sino la fachada cosmopolita de Mar del Plata que, como las demás ciudades veraniegas de América, ha querido vestirse a la europea. Alejándonos de la playa, encontramos lo que, gracias a la Naturaleza, hay aquí de original.

\* \* \*

Un amigo que me acompaña a menudo en mis paseos matutinos exclama:

—¿Por qué alejarse de la playa?... Hay que

acercarse al mar, por el contrario... Hay que volver la vista hacia el vasto cielo azul, desdeñando las arcadas de piedra, los cafés bulliciosos, los grupos parleros... Hay que ver aquello... ¿Lo nota usted?

—No—le contesto, sin comprender lo que quiere indicarme en el mar.

Él sonrío y prosigue de esta guisa:

—Lo que Chateaubriand creyó ver una mañana en Jaffa, lo que soñó Michelet en la costa bretona, lo que Taine saboreó en ciertas tardes melancólicas de Thau, lo tenemos aquí, nosotros, todos los días, a todas horas, durante semanas, durante meses, durante años... Los veraneantes, claro que no lo notan. Para ellos los espectáculos del mar no tienen importancia sino cuando los embellecen las ninfas que se bañan. Pregunte usted a las veinte personas más distinguidas de los *clubs* lo que hay de extraordinario en este admirable paisaje marino, y le hablarán de los celajes de la tarde, de los cabrilleos de la luz en el agua, del esplendor de ciertos cielos, de lo que se ve lo mismo aquí que en Montevideo o en Río de Janeiro, en fin. De lo que es único y conmovedor, en cambio, no le dirán una sola palabra. ¿Lo han notado siquiera?... No es probable. Pero usted mismo, ¿ve aquí algo que no había descubierto antes en ninguna otra playa, ni en la de Engadi del mar Muerto?...

—No—le confieso.

—Pues ante sus ojos está. ¿Lo ve?

—No—repito.

Entonces mi amigo, abriendo los brazos, exclama con voz lúgubre:

—¡La soledad!... Fíjese usted... Este mar es el único mar solitario que se ve en el mundo desde una playa habitada... El mar Muerto es menos muerto. ¿Ha descubierto usted una sola vela desde que llegó?... ¿Ha divisado usted un penacho de humo en el horizonte? Yo llevo aquí dos años y jamás he visto nada de eso... No he visto más que el páramo oceánico... A veces, por la noche, vengo a sentarme en este parapeto de piedra para buscar una luz en ese desierto de agua. Nunca la he descubierto. ¿Cómo hacen los pescadores? ¿Tienen, acaso, barcas fantasmas? Por las mañanas, sobre todo, a la luz rosa del Oriente, el firmamento parece tan lejano que llega a confundirse con el vacío. ¿Será eso lo que, en sus contemplaciones sempiternas, logran ver los soñadores místicos que, en Ceilán, con los ojos siempre fijos en el azul del océano, aseguran que descubren el nirvana de la bienaventuranza?... Porque no hay duda de que este piélago, siempre desierto, es el espectáculo más inspirador de suaves imágenes quiméricas que puede encontrarse en el Universo.

\* \* \*

Todo es aquí suave. Todo está hecho para proporcionar reposo al alma... Todo respira paz,



bienestar, regocijo... y no puede decirse que sea el *confort* material lo que así endulza la existencia de los veraneantes, hasta darles un aire de bienaventuranza que no han notado antes en otras playas. No hay lugar donde menos fácil sea encontrar un alojamiento. Vosotros, los que habéis oído hablar de la famosa *semaine* de Trouville, durante la cual, por dormir sobre una mesa, en un pasillo, se pagan 30 o 40 francos, reíd de tales apreturas y de tales carestías. Aquí, durante todo el verano, es necesario no sólo ser millonario, sino también tener suerte para encontrar una habitación en un hotel de primer orden. Son inmensos, no obstante, esos hoteles. Sus fachadas llenan plazas enteras. Sus hileras interminables de ventanas, hacen pensar en Escoriales de cemento armado. Pero, a pesar de tanta inmensidad, se convierten en cajas de sardinas en cuanto comienza la temporada.

—Vea usted que no exagero --decíame el director de uno de ellos, excusándose de no poderme dar ni una alcoba.

Y me abría las puertas de los aposentos, una tras otra. Y yo veía, con espanto, en cada pieza, tres, cuatro, cinco camas: camas amplias, patriarcales; camas virginales y estrechas; camas infantiles; todas las muestras de la especie, en suma, fraternizando con menos holgura que cuando aún estaban en el almacén del mueblista.

—¡Pobre gente!—exclamé.

—¡Pobre!—murmuró el hostelero—. ¡Pobre!...

Ya quisiéramos usted y yo tener lo que tiene la más modesta de estas familias... Aquí viven los H..., ya usted sabe, los millonarios. Aquí los J. J..., también millonarios... Aquí los de B..., más millonarios todavía...

Atajando el desfile de los millones, le dije:

—Estarán rabiando con semejantes estrecheces...

—¡Quiá!—terminó el fondista—, están contentísimos... Eso de rabiar se queda para cuando vuelvan a sus palacios de la avenida Alvear.

\* \* \*

Y es cierto... Es milagrosamente cierto... El agua de Mar del Plata tiene virtudes que los pozos de Lourdes debieran envidiarle. Es el agua de la concordia, de la sonrisa, de la paciencia y de la tolerancia. ¿Pueden nombrarse cuatro cualidades espirituales que sean menos españolas, menos americanas, menos argentinas? En Buenos Aires, en las calles llenas de gente, en los lugares de reunión mundana, en los teatros de moda, en las tertulias linajudas, lo primero que se nota, aun en medio de la más franca cortesía, es una especie de tensión o de crispación nerviosa, que da a las sonrisas, a las miradas, a las palabras, un ligero tono de impaciencia y de intransigencia. Se ve que se vive demasiado de prisa en medio de emo-

ciones demasiado numerosas, en perpetuas vibraciones. Lo que se llama «lucha social», no es allá una frase vacía. Hay lucha en todo: en la belleza, en la riqueza, en la elegancia, en el ingenio. Cada persona se convierte en un personaje de comedia o de drama, cuyos gestos son observados por miles de ojos espirituales y crueles... Aquí, en Mar del Plata, a pesar de que la gente que se reúne en la Rambla es la misma que charla en la rosaleda de Palermo, no hay ni curiosidades malévolas, ni crispaciones envidiosas, ni murmuraciones despiadadas, ni peleas menudas, ni sonrisas venenosas. La virtud franciscana del agua y del aire crea una general mansedumbre que embellece a las mujeres y ennoblece a los hombres.

En las mujeres, especialmente, es visible el milagro.

\* \* \*

Durante mis largos paseos, que terminan siempre con plácidos y silenciosos reposorios ante el mar — el mar desierto, pero no muerto —, no hay día que no descubra algún rinconcillo interesante, poblado de *chalets* ocultos entre las verduras o extendidos en la playa, al pie de los acantilados artificiales de la costa. Ayer fué, en lo alto de una colina, unas cuantas villas normandas que me llenaron el alma de nostalgia haciéndome pensar en Honfleur y en mis excursiones

acompañando a madame Delarue Mardrus, hace siete años, por aquellos campos olorosos a sal, a leche fresca, a lana lavada... Anteayer, una alameda perdida en las inmediaciones del terreno del Golf, una melancólica alameda que comienza en el campo y acaba en el campo, que no conduce a ninguna parte, que parece la calle central de un cementerio destruido o desalojado, una soberbia y sombría alameda de eucaliptus gigantescos... Hoy, en fin, un barrio entero de muñecas...

«¡Vaya un descubrimiento!»—exclamarán todos, cuando sepan que este barrio de muñecas no es más que la Rambla Norte en la playa de la Perla...

Porque no es más que eso... Sólo que, para mí, «eso» es un espectáculo interesantísimo. Se trata, como todos saben, de una calle de madera que mira al mar y que se mira en el mar. La acera es un larguísimo tablado que cruje bajo los pasos, que tiembla al correr de los niños, que deja ver, por entre sus tablas mal unidas, la arena cubierta de espuma. A un lado hay un barandal para apoyarse en él y soñar ante la inmensidad. Del otro, una hilera de casitas, de hotelitos, de chalecitos, de cafecitos, de tiendecillas, todo minúsculo, todo con aire de juguete, todo fabricado para muñecas. Por broma me he entretenido en medir algunos de esos edificios, y he visto que hay un bar de tres metros, una casa de cuatro metros, una tienda de dos metros... Pero lo más extraordinario no es la pequeñez de esas arquitecturas, sino

sus formas, sus variedades, sus coqueterías de líneas, su derroche de matices.

Una calle de Nagasaki—murmura mi amigo.

Y eso es, en efecto: un barrio japonés, menudo, fino, frágil, hecho de tabiques claros, cubierto de esteras limpias, florido de innumerables flores. Cada casita tiene su estilo y su color especial. Unas son puntiagudas, con *pignons* flamencos como los que en los teatros sirven para poblar las beaterios de Rodenbach. Otras afectan la serenidad de las líneas griegas y parecen grandes cajones habilitados para viviendas por algún discípulo de Diógenes. Algunas son caprichosas y tienen frontispicios labrados y adornados como templetes versallescos, terrazas sembradas de claveles, torrecillas ingenuamente almenadas... Dos o tres, en fin, quieren imitar *chalets* suizos, a causa de sus techos angulosos y sus paredes exteriores cruzadas de vigas oscuras. Y el conjunto resulta bonito, más que bonito, *mignon*, con su gracia japonesa de tonos verdes, azules, lilas, amarillos, grises; con sus ventanillas que parecen cubiertas de papel traslúcido; con sus puertas siempre abiertas, que dejan ver el piano, el armario de luna, el aparador cargado de platos...

\* \* \*

Es en esa Rambla de madera, en la terraza lili-putiense de un bar que se llena con dos veladores, donde, con más gusto y con más calma, gozo con-

templando el espectáculo del mar desierto y variable en las diversas horas de mis paseos. Por la mañana, cuando el sol acaricia de soslayo, dijérase que la pureza del agua ha sido enturbiada por algunas gotas de ajeno. Es la hora verde, la hora glauca, la hora que sugiere visiones de pupilas felinas, la hora del piélago misterioso... Más tarde, cuando las nubes tamizan los rayos solares, la superficie se pone gris, de un gris sauriano de escamas, un gris manchado, rayado, oleaginoso. Es la hora turbia. En el reverberar del meridiano, la superficie inmensa truécase en una lápida de lapislázuli, con sus misteriosas venas de oro, con sus reflejos profundos de ultramar, con su nitidez palpitante que parece absorber todo el esplendor del cielo sin manchas. Es la hora azul, bella entre las demás, pero de una belleza abrumadora. Por las tardes, sobre el cobalto, corren regueros de amatistas que suavizan la implacable majestad del azul, preparando la *fée-rie* del crepúsculo. Es la hora malva. Luego, antes del incendio final del poniente, es un juego singular de irisaciones, de cambiantes, de combinaciones, en el cual se unen y se separan, y vuelven a unirse para volver a separarse, los matices más delicados, los tonos más etéreos, los más finos nácares. Al fin, es la llamarada que siembra de grandes rosas de fuego el agua pálida... Y entonces, ante los flecos blancos de la espuma que una mano caprichosa sacude sin descanso en la playa, pensamos, a nuestro pesar, en un divino

mantón de Manila agitado por una hada que, no acertando a darle la forma que desea, lo dobla y lo desdobra sin descanso, con gestos airados...

\* \* \*

Queriendo pagarle a mi amigo su descubrimiento del mar desierto, le llevo al *club* para hacerle ver un cuadro también único en el mundo.

—¿Aquí?—exclama cuando entramos en la sala de las ruletas.

—Aquí—le contesto.

—No veo...

—Ya lo sé... Observe usted... Ante sus ojos está la imagen singular...

Un largo rato transcurre, durante el cual no se escucha sino la voz del *croupier* que anuncia las jugadas y que canta los números, acompañado por el ruido de marea del rastrillo que draga las fichas...

—No veo—repite mi amigo.

Entonces le hago observar la importancia de las sumas que cubren las mesas.

—No he visto en ningún otro casino—le digo—un derroche igual de oro... Porque todo eso es oro... En Monte Carlo, en Niza, en San Sebastián, en Biarritz, estoy seguro de que, en una semana, circula menos dinero que aquí en un día. La prueba, la prueba material, es que allá todo el mundo se sirve de las mismas fichas, mientras aquí cada jugador tiene su color especial. ¿Cómo, de lo contrario, podría el banquero saber a quién

pertenece cada masa?... Pero no es la cantidad, no es la abundancia, lo que más me llama la atención. Es la sonrisa general. ¿Habrá usted visto una sala de juego risueña?... Yo no recuerdo sino frentes crispadas, labios febriles, ojos inquietos, cuando evoco mis épocas de parroquiano de los círculos parisienses y de los casinos de *villes d'eau*. No me refiero a Enghien, empero, y al desfile dantesco de los pobres *pontes*, que iban dejando en su tapete verde los salarios de la semana. Aquello era terrible y horrible. Me refiero a la clientela millonaria, a la que no juega por ganar, sino por jugar, a la que no corre el riesgo de arruinarse en una noche, a la que constituye la aristocracia de la corte del príncipe de Mónaco, en fin. Pues bien: aquella gente, por más que intente parecer fría, deja transparentarse en su rostro la pasión enfermiza que agita sus almas y que hace de ella una falange de atormentados por la avaricia y la codicia. Aquí, en cambio, contemple usted cómo juegan esas damas y esos caballeros. Si no fuese porque conozco el valor de los discos policromos que desparraman a puñados, pensaría que juegan por broma. No hay una crispación en ningún labio cuando la paleta fatal limpia el paño. No hay un temblor en las voces que piden más miles de pesos al cambista. No hay una impaciencia en las manos que ponen una ficha, aunque sea la última, aunque sea la que lleva todas las esperanzas... ¡Ah! Esto es lo que yo querría hacer observar a los psicólogos europeos, con el fin de



hacerles comprender uno de los misterios de las razas nuevas, para las cuales, siendo la existencia entera un juego de azar, no hay riesgo al que no pueda sobreponerse, con una sonrisa, el alma de la *élite*.

\* \* \*

Hoy el día está triste...

El sol, cual un viejo cristal azogado,  
refleja la lámina de un cielo de cinc.

Y bajo la lluvia gris, que hace huir a los veraneantes de la Rambla, de las calles, de los jardines, no puedo menos de preguntarme, con angustia, lo que esta ciudad ha de ser cuando las lindas forasteras alcen el vuelo en busca de climas más benignos, y las hojas de los árboles caigan, arrancadas por el aquilón. Los naturales del lugar confiesan que la temperatura de esta costa, oreada por los soplos directos del polo, resulta glacial desde fines de otoño. Pero no es eso lo que me hace sentir escalofríos al solo figurarme que un hado me condena a permanecer en Mar del Plata hasta fin de año. Más frío es Trouville, más frío es Ostende y, sin embargo, varias veces he pasado en sus playas semanas invernales, observando, enternecido, la ruda y poética existencia de la gente de mar en su perpetua lucha contra las olas que sacuden la barca, contra el viento que des-

garra las velas. Más que el frío, es la soledad en la bruma lo que aquí me angustia... Ese mar que se extiende ante mi vista cual un vasto cristal empañado; ese lúgubre mar inmóvil bajo ese cielo pardo; ese mar desierto, que ignora la inquietud de las navegaciones costeras, la alegría de las inmensas alas blancas que palpitan al regresar, la melancolía de los adioses, el misterio de las espirales de humo que se pierden en el espacio; ese mar con menos animación que el mar Muerto; ese mar que desconoce los cantos de la marinería y las vibraciones de los cordajes que, en el primer acto de «Tristán», nos llenan el alma de nostalgias flotantes; ese mar sin vida, en fin, me emociona como un espectáculo bíblico.

No obstante, lejos de atenuar mi entusiasmo por el encanto de Mar del Plata, la pasajera congoja que la Naturaleza nos impone hoy contribuye a hacerme sentir el valor de los días áureos que aquí gozamos durante largas semanas, durante meses enteros. Porque nada aumenta tanto el precio de lo que amamos, como la certidumbre de que no ha de durarnos. Los egipcios, en sus orgías, colocaban junto a cada convidado una imagen de la Muerte. «Puesto que esto nos espera y esto es irremediable—querían significar con aquel símbolo—aprovechemos los momentos de placer que la vida nos ofrece.» Ante el vasto cristal lúgubre que ahora refleja de modo efímero los futuros días de invierno con sus soplos de cierzo y sus nieblas entristecedoras, yo me digo lo mis-

mo: «Puesto que lo que hay aquí de luminoso, de perfumado, de risueño, de florido, de amable, de galante, de embriagador, ha de desaparecer en cuanto termine el verano, pon cuidado, cuando el sol luzca de nuevo, de no perder uno solo de sus rayos y de sus reflejos»... Y después de hablarme así, cierro los ojos para esperar el día de luz, que será más bello que ninguno por venir después de un día de sombra.

FIN



# ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.....	5
Advertencia del autor.....	7
El encanto del mar.....	9
La avenida de Mayo.....	25
Las calles de la City.....	35
Florida la bien nombrada.....	49
En los grandes teatros.....	65
Las solteras y las casadas.....	77
Perfiles de hombres.....	97
El alma gaucha.....	115
Actores criollos.....	127
El Oxford argentino.....	145
Entre flores y sonrisas.....	161
El tango.....	171
La fiebre del oro.....	181
El rito de los jardines.....	193
Un gran escultor.....	203
La alegría.....	213
El encanto de Mar del Plata.....	223



# EDITORIAL "MUNDO LATINO"

APARTADO 502.— MADRID

## CATÁLOGO PROVISIONAL

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL)

### OBRAS COMPLETAS

DE RUBÉN DARÍO

(Ilustraciones de Ochoa.)

	<u>Pesetas</u>
I.—La caravana pasa.....	4,00
II.—Prosas profanas.....	4,00
III.—Tierras solares.....	4,00
IV.—Azul.....	4,00
V.—Parisiana.....	4,00
VI.—Los raros.....	4,00
VII.—Cantos de vida y esperanza.....	4,00
VIII.—Letras.....	4,00
IX.—Canto a la Argentina.....	4,00
X.—Opiniones.....	4,00
XI.—Poema del Otoño y otros poemas.....	4,00
XII.—Peregrinaciones.....	4,00
XIII.—Prosas políticas.....	4,00
XIV.—Cuentos y crónicas.....	4,00
XV.—Autobiografía.....	4,00
XVI.—El canto errante.....	4,00
XVII.—Viaje a Nicaragua e Historia de mis libros..	4,00
XVIII.—Todo al vuelo.....	4,00
XIX.—España contemporánea.....	4,00
XX.—Prosa dispersa.....	4,00
XXI.—Lira póstuma.....	4,00
XXII.—Cabezas.....	4,00

Ediciones especiales de lujo, con decoraciones a mano de Enrique Ochoa.

## CATÁLOGO

Pesetas

### DE FRANCISCO VILLAESPESA

I.—Intimidades.—Flores de almendro.....	3,00
II.—Luchas.—Confidencias.....	3,00
III.—La copa del Rey de Thule.—La musa enferma.	3,00
IV.—El alto de los Bohemios.—Rapsodias.....	3,00
V.—Las horas que pasan (Veladas de amor).....	3,00
VI.—Las joyas de Margarita: Breviario de amor.— La tela de Penélope.—El milagro del vaso de agua.....	3,00
VII.—Doña María de Padilla.—La cena de los car- denales.....	3,00
VIII.—El milagro de las rosas.—Resurrección.— Amigas viejas.....	3,00
IX.—Las granadas de rubíes.—Las pupilas de Al- motadid.—Las garras de la pantera.—El último Abderramán.....	3,00
X.—Tristitiæ rerum.....	3,00
XI.—La leona de Castilla.—En el Desierto.....	3,00
XII.—El Rey Galaor.—El triunfo del amor.....	3,00

### DE GÓMEZ CARRILLO

#### PUBLICADAS

I.—El libro de las mujeres.....	4,50
II.—Jerusalén.....	4,50
III.—La vida errante.....	4,50
IV.—Vistas de Europa.....	4,50
V.—Tres novelas inmorales.....	4,50
VI.—El primer libro de las crónicas.....	4,50
VII.—Japón heroico y galante.....	4,50
VIII.—Flores de penitencia.....	4,50
IX.—Literaturas exóticas.....	4,50
X.—El despertar del alma (Treinta años de mi vida).	4,50
XI.—Primeros estudios cosmopolitas.....	4,50
XII.—La Moda y Pierrot... ..	4,50



XIII.—La sonrisa de la esfinge.....	4,50
XIV.—El segundo libro de las crónicas (Hombres y superhombres).....	4 50
XV.—La Grecia eterna.....	4,50
XVI.—En plena Bohemia (Treinta años de mi vida).	4 50
XVII.—Campos de batalla.....	4,50
XVIII.—El tercer libro de las crónicas.....	4,50
XIX.—El encanto de Buenos Aires.....	4,50

## EN PREPARACIÓN

XX.—El cuarto libro de las crónicas..	4,50
XXI.—En las trincheras.....	4,50
XXII.—El quinto libro de las crónicas.....	4,50
XXIII.—En el corazón de la tragedia.....	4,50
XXIV.—La gesta de la Legión.....	4,50
XXV.—La miseria de Madrid (Treinta años de mi vida).....	4,50
XXVI.—Tierras mártires.....	4,50

Edición especial de cien ejemplares numerados.

## DE EMILIO CARRERE

## EDICIONES ESPECIALES

Esta colección contendrá varios tomos inéditos.

I.—El caballero de la muerte.....	3,50
II.—La cofradía de la pirueta.....	3,50
III.—Los ojos de los fantasmas.....	3,50
IV.—El dolor de la literatura.....	3 50
V.—Dietario sentimental.....	3,50
VI.—El divino amor humano.....	3,50
VII.—Elvira la espiritual.....	3,50
VIII.—La torre de los siete jorobados.....	3,50
IX.—Nocturnos de Otoño.....	3,50

X.—Las ventanas del misterio.....	3,50
XI.—El reloj del amor y de la muerte.....	3,50
XII.—Retablillo grotesco y sentimental... ..	3,50

## HENRIK IBSEN

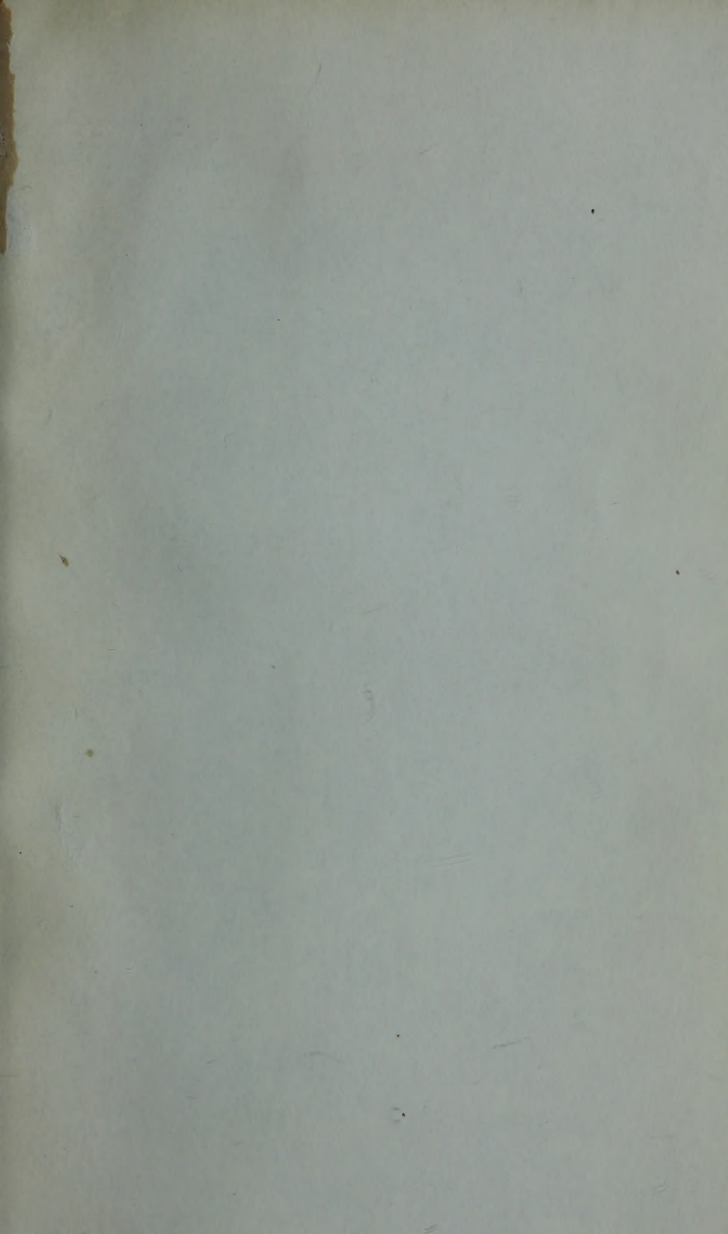
## TEATRO COMPLETO

I.—Catilina. La tumba del guerrero. La castellana de Ostrat.....	4,00
II.—La fiesta de Solhaug. Olaf Liliokrans. Los guerreros en Helgeland.....	4,00
III.—La comedia del amor. Los pretendientes de la corona.....	4,00
IV.—Brand.....	4,00
V.—Peer Gynt.....	4,00
VI.—La unión de la juventud. Las columnas de la sociedad.....	4,00
VII.—Emperador y Galileo.....	4,00
VIII.—Espectros. Una casa de muñeca.....	4,00
IX.—Un enemigo del pueblo. ....	4,00
X.—La casa de Rosmer. La dama del mar.....	4,00
XI.—El pato silvestre.....	4,00
XII.—El niño Eyolf. Edda Gabler.....	4,00
XIII.—Juan Gabriel Borkman.....	4,00

## JOSÉ FRANCES

El año artístico 1915.....	6,00
»    »    »    tela.....	8,00
»    »    1916 (con 250 grabados).....	10,00
»    »    »    »    »    tela.....	12,00
»    »    1917    »    »    .....	11,50
»    »    »    »    »    tela.....	13,00
»    »    1918    »    »    .....	11,50
»    »    »    »    »    tela.....	13,00
»    »    1919    »    »    .....	13,00
»    »    »    »    »    tela.....	15,00

266





357798  
Gomez Carrillo, Enrique  
El encanto de Buenos Aires.

LS  
G6331e

DATE.

**University of Toronto  
Library**

**DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET**

Acme Library Card Pocket  
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

